

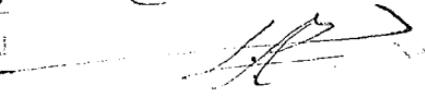
*Para la Biblioteca Nacional
de Quito*

Homenaje del autor

850-11366) VOL. 164

Quito 1929

Jan 21



OBRAS POETICAS

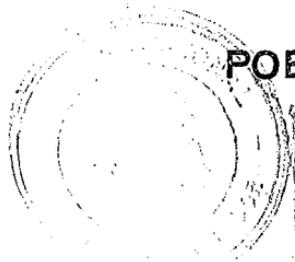
DE

LEONIDAS PALLARES ARTETA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española, del Ateneo y de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid; de las Academias de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla; de la Academia Hispano-Americana de Cádiz; de las Sociedades de Geografía de Lisboa y de Madrid; del Ateneo de Lima; de la Sociedad Guatemalteca de Ciencias; de las Academias Literarias de Honduras y del Salvador; de la Sociedad Histórica y Etnográfica de Grecia; de la Sociedad Literaria Histórica y Arqueológica de Lyon; del Instituto 19 de Setiembre de Lisboa; de la Asociación de Periodistas de Oporto; de la Unión Internacional de Derecho y Economía Política de Berlín.

TOMO I

POEMAS Y RIMAS



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
NO. 4262
1929
PRECIO DONACION

0002779 - J.

Quito.—Tlp. Editorial Gutenberg.—1929

— 6773000



POEMAS



LA CRUZ EN AMERICA (1)

Ruedan las olas de la mar bravía
Con salvaje armonía,
Como ondulante túnica del viento;
Y en la playa a morir vienen en calma,
Cual las olas del alma
Que levanta y aplaca el pensamiento.

II

El Oceano es la voz del Universo,
Cada tormenta un verso,
A través de los siglos repetido
En inmortal poema. ¿Quién no siente
Vibrar su eco rugiente
Cual maldición o súplica o gemido?

III

¡Fecundo mar, de Libertad emblema!
Su grandeza suprema
Espejo es del pensamiento humano:
Consigo mismo en guerra se engrandece,
Y su seno estremece
Con alas de borascas el arcano.

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el certamen internacional de Caracas propuesto por la Academia Venezolana de la Lengua, en 1886.

IV

Ambos desatan tempestades fieras,
 Que asuelan sus riberas;
 Ambos las ruinas en su fondo ocultau:
 Esperanzas, recuerdos, desvaríos,
 Como rotos navíos
 En sus abismos lóbregos sepultan.

V

El mar es blanco manto con que, ufana,
 La tierra se engalana
 De los astros sin número en presencia;
 Como es la Libertad lino celeste,
 Del pensamiento veste
 Y ropaje de luz de la conciencia.

VI

Hay naciones que llevan en su seno,
 De tempestades lleno,
 De nueva vida el manantial fecundo,
 Que en su interior a borbotones cunde
 Y en sus venas difunde
 La inagotable juventud del mundo.

VII

Crecen como la mar con la marea
 A impulsos de la idea;
 Hermosas mensajeras de la gloria,
 En ellas son alientos los reveses,
 Y cual del campo mieses,
 Son sus hechos las mieses de la Historia.

VIII

América, la patria del futuro,
 Tú eres el sacro muro
 Que lo divide de la edad pasada;
 Y sobre esa alta y poderosa meta
 Su canto alza el poeta,
 Saludando la luz de la alborada.

IX

Si del tiempo apartando los despojos,
Atrás vuelvo mis ojos,
Miro a Colón, que en frágil carabela
Va a buscar para el mundo otro hemisferio,
Y arrancar el misterio
Que con nieblas sin fin Atlante vela.

X

¿Quién le dirige, quién? Alza la diestra
Y a sus marinos muestra
Un punto que vacila en lontananza:
Y mientras temen asustados ellos,
Con vívidos destellos
A él le inunda la fe de la esperanza.

XI

Cuando indeciso reaparece el día,
"Tierra" grita el vigía;
Y el Tiempo que, entre ruinas, soñoliento
Cargando iba memorias en sus hombros,
Removió los escombros
Y el polvo de los siglos echó al viento.

XII

Y así dijo después: "Vengado quedo;
Colón, vuestro denuedo
Reanuda el porvenir de mi memoria
Y del eterno olvido me redime:
Venid, genio sublime,
Yo iré con vos cantando vuestra gloria".

XIII

"La Cruz de vuestra histórica bandera
Imperará do quiera
Que aliente un corazón americano;
¡Salve, divina Cruz, lazo del mundo,
En tí mi fuerza fundo,
Único asilo del dolor humano!"

XIV

El atrevido genovés, al frente
De su hueste valiente,
El suelo holló; y América, dormida
En ese nuevo Edén, de flores lleno,
Sintió arder en su seno
El poderoso germen de la vida.

XV

Alza el pendón de la ínclita Castilla,
Y dobla la rodilla
En ademán piadoso, cuando clava
En tierra el inspirado visionario
La enseña del Calvario,
Que redimió la humanidad esclava.

XVI

Iluminó la Cruz el Continente,
Y creció ignipotente
Como un árbol de luz que al cielo alcanza:
Los Andes reflejaron en sus cumbres
Sus místicas vislumbres,
Y las almas de Cristo la enseñanza.

XVII

Tendió sus alas de ópalo y de grana,
Más bella, la mañana,
Desató la cascada sus guedejas
Cual de corcel fogoso blancas crines,
Y alegres colorines
Dieron al viento deliciosas quejas.

XVIII

El Ande, gigantesco centinela,
Que sobre un mundo vela,
Rugió el «alerta» con su voz salvaje,
Al divisar las naves españolas
Meciéndose en las olas
Cual gaviotas que bañan su plumaje.

XIX

Los montes de la inmensa cordillera
De brumas la cimera
De su rugosa frente despojaron,
Y con voz de borrascas y huracanes
Los ciclópeos titanes
De la Cruz la venida saludaron;

XX

Y brotó de sus cráteres profundos,
Fragua inmensa de mundos,
El incendió entre rudas convulsiones,
Cual si herido el volcán, saltara afuera
La enrojecida hoguera,
Hecha sangre de luz, en borbotones.

XXI

Ecos de amor, murmullos peregrinos,
Y dulcísimos trinos,
Ondas de aromas, irisados lampos,
En el aire liviano se esparcieron;
Y los marinos vieron
De América los bosques y los campos.

XXII

De entonces ese mundo afortunado,
Por alta ley llamado
Del porvenir a inaugurar la historia,
Siente del genio el fecundante beso
Y marcha hacia el Progreso
Legándole por triunfo su memoria.

XXIII

Es la Cruz su estandarte de batalla,
Su fe, cota de malla;
Tiene por lazo físico Los Andes,
Por lazo de las almas la creencia,
Y por valiosa herencia
La Religión de las hazañas grandes.

XXIV

La Cruz es de su mente la armonía,
La Libertad su guía,
Y toda lumbre de su seno brota:
La tempestad que sin cesar soterra
Los ejes de la tierra,
Cede a sus plantas desmayada y rota.

XXV

En este inmenso mundo en que domina
De Cristo la doctrina,
Llevan los pueblos inmortal destino;
Y sus tierras de mágicos verdores
Son cual tazas de flores
Alzadas de la gloria en el camino.

XXVI

Desde el ártico polo solitario,
Que, envuelto en el sudario
De sus eternas nieves, se asemeja
A fantástica gruta de cristales
Do de las borreales
Auroras la hermosura se refleja;

XXVII

Hasta el remoto, proceloso Estrecho,
En donde el mar deshecho
Quiebra en las rocas olas y huracaues,
Y en bramidos monótonos retumba
Cabe la aislada tumba
Donde la sombra está de Magallanes;

XXVIII

Todos aman de Cristo la enseñanza:
Religión de esperanza,
Que nos nutre de místicos consuelos,
Enjuga nuestras lágrimas ardientes
Y cerca nuestras frentes
Con aureola de lumbre de los cielos

XXIX

Del Norte la nación, ayer nacida,
 Presta hoy germen de vida
 Al carcomido Continente anciano,
 Y labra del taller en el encierro
 El gran cetro de hierro
 Que ha de ostentar América en su mano.

XXX

Sus máquinas, famélicos Saturnos,
 En incansables turnos
 Los siglos y los ámbitos devoran:
 Vuela el humo de negras chimeneas,
 Y hechos son las ideas
 Apenas en la mente se elaboran.

XXXI

Roba la chispa eléctrica a la nube
 Que alborotada sube,
 Y dueño es ya de su poder fecundo:
 ¡Pueblo gigante, de inmortal destino,
 Le marca su camino
 LA LIBERTAD ILUMINANDO AL MUNDO! (2)

XXXII

Del golfo Azteca en la pomposa orilla,
 En que el sol arde y brilla
 Con el poder de su imperial decoro
 Entre el cendal de la rizada espuma,
 Donde alzó Moctezuma,
 ¡Hijo del astro rey, su trono de oro;

(2) Debe tenerse en cuenta que esta composición se escribió algunos años antes de la guerra contra España, de la separación de Panamá y de la intervención de Estados Unidos en varias naciones americanas.



XXXIII

Méjico está, de histórica pujanza,
 Que empuña fuerte lanza,
 Fabricada de un rey con la diadema;
 Lleno de orgullo y majestad camina,
 Y si la frente inclina
 Sólo es del pueblo a la razón suprema:

XXXIV

Cual grupo de palomas desbandadas,
 Que vuelven sus miradas
 Al bosque secular do está su cuna,
 Se estrechan temerosas las Antillas,
 Demandando sencillas
 A los vientos su amor y su fortuna:

XXXV

Pero ellas tornarán al nido tierno
 Del cariño paterno
 Con las doradas alas de la idea:
 De la Cruz la verdad su monte alumbrá,
 Y atrás de la penumbra
 La bandera de Céspedes ondea. (3)

XXXVI

La Patria de Bolívar, do germina
 La semilla divina
 De las fecundas palmas de la Gloria,
 Entre reflejos de inmortal grandeza,
 Levanta la cabeza
 Para imponer sus hechos a la historia.

(3) La predicción se ha realizado en cuanto a Cuba, pero Puerto Rico ha sido anexado a los Estados Unidos.

XXXVII

Allá van sus indómitos llaneros
Sobre potros ligeros,
Del León del Apure bajo el mando,
Destruyendo las huestes españolas,
Como irritadas olas
Que turbión de huracanes va arrollando.

XXXVIII

Todo en élla es gigante: sus llanuras,
Sun nevadas alturas;
E imagen es de su poder su río,
Pues cual titán enfurecido y loco
Disputa el Orinoco
Al mismo mar su inmenso poderío.

XXXIX

Colombia la orgullosa lanza al viento
Su profético acento;
Y cual corriente eléctrica desata
El iris luminoso de la idea,
Que audaz relampaguea
Del siglo en la espumosa catarata:

XL

Mártir perpetua de infinito anhelo,
Recorre en su desvelo
De su Calvario la sangrienta ruta:
En los rudos combates espartana,
En el foro romana,
Antes que deshonor, pide cicuta.

XLI

Allí Lesseps, reformador del mundo,
En trabajo fecundo
Con portentosas dragas cava el Itsmo,
Y al mando de su genio soberano
Uno y otro océano
Sus aguas mezclarán en el abismo.

XLII

El puente entre dos mundos extendido
 Caerá en el agua hundido
 Con rudo empuje y con fragor violento;
 Y el rebosante, al fin, cauce profundo,
 Del progreso en el mundo
 Será eterno canal del pensamiento. (4)

XLIII

El Ecuador, de Sciry's alta cuna,
 Sobre su frente aduna
 La oliva y el laurel; suelo bendito
 Que galvaniza el sol y el Guayas riega,
 De sus hijos la brega
 Con pluma de oro Libertad ha escrito.

XLIV

De la naciente América en la Historia,
 Primer lampo de gloria
 Fué, que anunció de redención el alba;
 Y para el monumento inconvencible
 De Sucre el invencible
 Guardó la base del Pichincha calva.

XLV

Besan sus nieves la azulada esfera;
 Tropical primavera
 Su seno inunda; entre las flores ledo
 El viento mece su dosel de palmas,
 Y suenan en las almas
 Montalvo su clarín, su lira Olmedo.

XLVI

El coro de gemelas, cuyos lares
 Se alzan sobre dos mares,
 Ya en la profficua paz ya en la contienda,
 Buscan la unión que a la grandeza guía;
 Y en no remoto día
 Bajo un sólo pendón harán su tienda.

(4) La grande obra de Lesseps ha sido terminada por los Estados Unidos, pero Colombia no es ya dueña del Istmo de Panamá.

XLVII

Adelante, Repúblicas hermosas:
 La corona de rosas
Del progreso ornará vuestra cabeza
Después del sacrificio y la batalla:
 Gloria en la guerra se halla
Pero en la paz virtudes y grandeza:

XLVIII

¡Sombras de Morazán y de Cabañas;
 Que en las altas montañas
De la patria velais por la ventura,
Y mantenéis de Libertad la idea:
 Centro-América vea
Nacer la luz de la tiniebla oscura!

XLIX

Roto el Perú por destructora guerra,
 Su porvenir encierra
De la paz y la ciencia en las campañas,
Y del trabajo activo bajo el peso
 Convertirá en progreso
Los frutos de sus valles y montañas.

L

Grandes son sus riquísimas comarcas,
 Sueño de los monarcas;
De oro es la savia que en su suelo fluye;
Y se alzaré más poderoso un día,
 Porque la guerra impía
Si quebranta el valor, no lo destruye.

LI

Como cedro del Líbano, orgulloso,
 Que el ábrego furioso
No arrancará de su soberbio asiento,
Inconmovible Chile desafia
 La tempestad bravía
Que desata su mismo pensamiento.

LII

Surcan sus naves, apartados climas;
 Vence el vapor sus cimas;
 Ondean confundidos en sus valles
 Los pámpanos, las mieses y las rosas,
 Y turbas laboriosas
 Invaden en tropel plazas y calles.

LIII

Sueña Bolivia en el glorioso puesto
 Que ocupar debe presto
 En el festín de América; y osada,
 A impulso de pacíficas labores,
 Busca triunfos mejores,
 De las luchas de Marte escarmentada.

LIV

Allá el Brasil, fantástico coloso,
 Que ondear hace orgulloso
 La púrpura imperial sobre su espalda,
 Y alza su cetro de oro sobre ríos
 Cuanto inmensos, bravíos,
 Montes de plata y campos de esmeralda;

LV

Siente agitarse en su indomable pecho
 El germen del Derecho
 Que anuncia Libertad en su camillo:
 Y será libre como grande un día.....
 Tiene griega hidalguía,
 Alma cristiana y corazón latino. (5)

LVI

Altivo el Paragua y cuyo coraje,
 Cual roca el oleaje,
 La fuerza resistió de otras naciones,
 Alza orgulloso la potente diestra
 Y asoma en la palestra
 Con áureo escudo y límpidos blasones.

(5) Poco tiempo después se verificó la proclamación de la República. Don Pedro II fué expatriado, pero los brasileros veneran su noble memoria como la del precursor de la Democracia.

LVII

El Uruguay cantando se adelanta
 Y dirige su planta
 Del progreso al alcázar soberano:
 Todo cede a su paso y no hay barrera
 Que detener pudiera
 El vuelo de su genio sobrehumano.

LVIII

Y la región feraz, hija del Plata,
 Cual torrente desata
 Las inmensas riquezas de su seno
 Que brinda al extranjero generosa:
 República gloriosa,
 De grandes hechos liberal terreno.

LIX

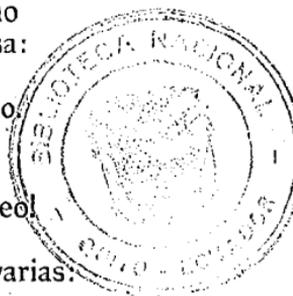
¡Oh Patria del cantor de Prometeo!
 Donde toma el deseo
 De inagotable amor las formas varias.
 El alma de sus hijos, la grandeza
 Ostenta y la belleza
 De sus feraces pampas solitarias!

LX

Vuela el gaucho en su potro sudoriento
 Como heraldo del viento
 Que azota la extensión del mar de arena;
 Y cual rugir de roncadas tempestades
 La voz de las ciudades
 Sus oídos atónitos atruena.

LXI

¡Trasmigración feliz del viejo mundo!
 —América—, el fecundo
 Soplo de tu poder fitanes crea:
 Tu alma es el alma del progreso humano,
 Tu voz el oceano,
 Tu fuego tu corazón, lumbre tu idea.



LXII

Tu cabeza es el polo encanecido,
Entre brumas erguido;
Tus venas Misisípi y Amazonas;
Tus vértebras los Andes, y tu brazo
Soberbio el Chimborazo,
Que señala a tu afán todas las zonas.

LXIII

Y tu gloria inmortal, nunca empañada,
Está en la Cruz cifrada,
Que con sus brazos místicos abiertos
Se alza sobre tus viejas catedrales,
En tus arcos triunfales
Y en la mansión callada de los muertos.

LXIV

Su doctrina de amor, de Dios en nombre
Dictó el Hijo del Hombre
Y redimió con ella la conciencia;
Dió a la muerte la luz de la esperanza,
Al dolor la confianza,
Alas a la mujer, alma a la ciencia.

LXV

Y su enseñanza de perdón y gracia
Fundó la Democracia
Sobre inmóvil, granítico cimiento:
Hizo del hombre libre nuestro hermano,
Y puso con su mano
La corona de rey al pensamiento.

LXVI

Esa ley de justicia soberana,
Que la conciencia humana
A través de los tiempos deletrea,
Son las Tablas de América inmutables,
Que alumbran perdurables
El Sinaí de la moderna idea.

LXVII

A élla debe la América gloriosa
La lumbre que rebosa
Del progreso en sus múltiples creaciones,
El asombroso vuelo de su ciencia,
Del arte la eminencia
Y de su genio audaz las concepciones.

LXVIII

Como vuelan las aves a la enhiesta
Palma de la floresta,
Van a los pies del místico madero
A beber luz el vate americano,
Virtud el ciudadano,
El tribuno verdad, fe el misionero:

LXIX

Que en raudales de vida se difunde,
Y cual torrente cunde,
Transformando en vergeles los desiertos,
Esa amorosa y célica enseñanza
Que siembra la esperanza
Sobre el helado mármol de los muertos.

LXX

¡Salve, divina Cruz! Bajo tus brazos
Rompiéronse los lazos
Que el tenebroso error perpetuos finge:
Prometeo el Olimpo audaz destruye,
Brahma del Ganges huye
Y vencida, al morir, ruge la Esfinge.

LXXI

¡Salve, Cruz, de dolores redentora!
Tu sombra bienhechora
El cielo de la América guarece;
La Libertad bajo ella se levanta
Y el hombre se agiganta
Como la misma Patria que engrandece.

LXXII

¡Salve, Cruz, de la América diadema!
 Tú eres el solo lema
 Que fulgura en su escudo de diamante,
 Porque sólo por tí se alza potente
 La hija del Occidente
 Que disputó al olvido el Almirante.

LXXIII

Como promesa de oro de la Historia
 Y prenda de la Gloria
 Nació a la vida.....Y su poder fecundo,
 Al amor de la Cruz vigorizado,
 En su cielo ha fijado
 El nuevo sol de Libertad del mundo.

LXXIV

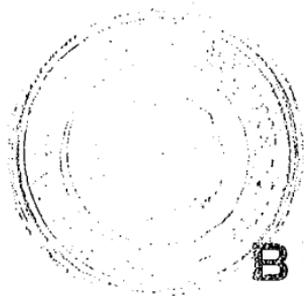
Genio del porvenir, tras de tu huella
 Tu desposada bella
 Va al pórtico de luz de tu santuario:
 La democracia universal proclama,
 Y a orar a todos llama
 Bajo la santa enseña del Calvario.

LXXV

¡América y la Cruz! Sonoro acento
 Y eterno pensamiento;
 Sois de esperanzas manantial fecundo,
 Porque es la Cruz la aurora de la muerte,
 Y la América vierte
 La clara luz del porvenir del mundo:

LXXVI

¡Salve, reina del mar, virgen cristiana!
 ¡Salve, Cruz soberana!
 Representáis cual símbolo bendito,
 Al cortaros en fúlgido coluro,
 América el futuro
 Y la Cruz lo inmortal y lo infinito.



BUONARROTI

I

Su alma llenó la luz de sus visiones,
E inmortales creaciones
Brotaron de la mente del artista,
Que la cuna ilustró donde naciera
Y del arte en la esfera
Fijó una estrella do fijó su vista.

II

Tomó el pincel, bañado de la esencia
De rosas de Florencia,
Y al lienzo trasladó su pensamiento
Del Apenino el pedregal oscuro,
De Italia el cielo puro
Y las cerúleas ondas de Sorrento.

III

La antorcha le alumbró de Prometeo,
Y en febril devaneo
Trazó, más que su mano, su conciencia,
Con luz de lo alto y sombras del averno,
El juicio del Eterno,
Del réprobo y del bueno la sentencia.

IV

Del sucesor de Pedro la morada,
A su mano confiada,
Se alzó sobre gigantícos pilares,
Que las bóvedas sufren de granito,
Donde se estrella el grito
Que al hombre arrancan dudas y pesares.

V

Con su cincel creador el mármol toca,
 Como Moisés la roca
 Que el agua vierte de la entraña escueta;
 El Sinaí de nuevo resplandece,
 Y, evocada, aparece
 La sublime figura del Profeta.

VI

Amor ideal su corazón enciende,
 Y en su cerebro prende
 La semilla de luz que al genio inspira:
 Y versos, como el aura gemidores,
 Las alas de colores
 Abren, y se desprenden de su lira.

VII

Mas ¿por qué de su voz las vagas notas,
 Incoherentes y rotas,
 Espiran en sus labios con enojos,
 Y en ellos el desdén un surco labra?
 Es triste su palabra
 Y tristes las miradas de sus ojos.

VIII

El mundo fija impávido la vista
 En el extraño artista,
 Y compasión irónica le muestra;
 Porque, amando la frívola hermosura,
 No puede su ley dura
 Parias rendir a la fealdad siniestra.

IX

En cuerpo innoble, espíritu brillante,
 Parece su semblante
 Como la humilde cántara de arcilla
 Que guarda de la flor la rica esencia;
 Luz muerta en apariencia,
 Que en lo profundo se produce y brilla.



X

A cuestras lleva en soledad amarga
De su vida la carga,
Y nadie compadece su agonía;
Con la memoria y pensamiento a solas,
Romperse ve las olas
Del mundo ante sus pies, cual mar bravía,

XI

Su rostro horrible, desdeñoso y frío,
Su carácter sombrío,
Le alejaban de humanas ilusiones;
Y, como leonas de furor rendidas,
Se ocultaban dormidas
En las grietas del alma sus pasiones.

XII

Los hombres le vejaban y temían,
Las mujeres le huían,
Aunque amaban las obras de su mano;
Y en esa faz, por el dolor ajada,
Sangrienta bofetada
Sentó el brazo feroz de Torrijano.

XIII

Aquél, a quien el mármol se rindiera
Cual si fuese de cera,
A la amistad llamó, sin que acudiese;
Después, de la mujer a la ternura,
Y la encontró más dura
Que si de mármol de Carrara fuese.

XIV

De Lorenzo de Médicis alcanza
Apoyo, no confianza,
Porque repugna su exterior aliño;
En solitario claustro aislado vaga;
La admiración le halaga,
Mas le hace falta el fuego del cariño

XV

¡Qué triste gime en soledad el alma!
 ¡Qué angustiada es la calma
 Del que no encuentra un sér que le comprenda
 Ni sienta los latidos de su pecho,
 Y aun le niegue el derecho
 De llevar al amor su humilde ofrenda!

XVI

Invierno de las almas, el hastío,
 Le mata con su frío;
 Y es cada débil ilusión que vuela,
 Llanto que en lo interior se cristaliza,
 Cubierto de ceniza,
 Y el corazón y el pensamiento huela.

XVII

Del que, apartado y en silencio gime,
 Nadie el dolor redime;
 Yedra que arraigaba en árbol carcomido;
 Sólo es placer, placer que se unifica,
 Cuando a dos comunica,
 Y a veces dulce el llanto compartido.

XVIII

Si muere un infeliz, tendrá una losa
 Y una oración piadosa.....
 ¡Ay! en las sordas luchas de la vida,
 No hay un lugar recóndito y tranquilo
 Donde pedir asilo
 Para enterrar una ilusión perdida.

XIX

De Roma el pueblo, en grupo numeroso,
 Se apiñaba curioso
 De Pedro en la Basílica, una tarde:
 Una obra Buonarrofti inauguraba,
 Que él mismo colocaba,
 Sin vana ostentación ni vano alarde.

XX

Débilmente alumbraba el sol de ocaso
Del templo el cielo raso;
En silencio la gente dirigía
Hondas miradas, de impaciencia llenas,
A la estatua que, apenas
Cubierta con un velo, se veía.

XXI

Se presentó el artista en el recinto,
Y del grupo indistinto
El velo al descorrer, hirió los ojos
De aquella multitud, que en él los fija,
La *Piedad*, de Dios hija,
Y que Roma aclamó puesta de hinojos.

XXII

La *Piedad*, que el artífice inspirado
En el grupo ha fijado:
Es la madre inmortal, que en santa calma,
Al estrechar del hijo los despojos,
Cierra esquivando los ojos,
Para verlo mejor dentro del alma.

XXIII

La celestial dulzura de María,
Cuyo llanto rocía
Las pálidas mejillas de alabastro,
Parece preguntar al Cristo muerto
Cómo puede ser cierto
Que se haya hundido para siempre un astro.

XXIV

Ante ese emblema de la madre triste,
Que del dolor reviste
La majestad suprema, y del bendito
Despojo cruel del hijo inanimado,
El pueblo electrizado,
De admiración y aplauso lanza un grito.....

XXV

La *Piedad*, de las almas mensajera,
 Que nunca dirigiera
 Una sonrisa al infeliz artista
 De huraño aspecto, de hórrido semblante,
 Sobre el genio triunfante
 Al fin, vencida, le clavó la vista.

XXVI

Esa *Piedad*, del mármol trasmitida
 Como una onda de vida,
 Nimbó al autor con esplendor de gloria.....
 Agradecido al pueblo que le ensalza,
 Miguel los ojos alza,
 Y le hieren los ojos de Victoria.

XXVII

De Victoria Colonna, que veía
 Con curiosa porfía
 Al genio que esa estatua levantara,
 Y que, admirando el numen de su mente,
 Conmovida se siente
 Al observar los rasgos de su cara.

XXVIII

¿Por qué en su rostro con tesón se fija
 La poderosa hija
 Del rico Condestable de Colonna?
 ¿Siente también del arte los reflejos
 Herirle desde lejos;
 O ama al artista y su fealdad perdona?

XXIX

¿Quién mide las internas afecciones?
 Sus tramas las pasiones
 En el fondo del alma desenredan:
 Si hay amores que viven de su dicha,
 Existen, por dicha,
 Otros que ocultos y sufriendo quedan.

XXX

El corazón de la mujer es rosa,
Cuya esencia preciosa
En invisible cáliz deposita:
¿Quién sabe el aura o mariposa blanca
Que aquel aroma arranca
Y de la virgen flor el seno agita?

XXXI

De Buonarroti el alma se ilumina
Con la lumbre divina
Que la mirada de Victoria vierte,
Y, débil como un niño, tiembla inquieto
Bajo un afán secreto,
Más que su mismo pensamiento, fuerte.

XXXII

Tímida se refleja en su memoria
La imagen de Victoria,
Como la luna que la noche alumbraba,
Y en fulgor melancólico bañada,
Parece su mirada
Relámpago fugaz en la penumbra.

XXXIII

Del Marqués de Pescara era la esposa
Esa mujer hermosa,
Que ahuyentaba las sombras a su paso:
De la artística Roma orgullo y gala,
¿Qué otra en beldad la iguala,
De la cuna del sol hasta el ocaso?

XXXIV

Se levantaba erguida su hermosura
Como griega escultura
De mármol del Pentélico labrada;
Y eran sus ojos ángeles gemelos,
Que guardaban los cielos
Con penetrante, luminosa espada.

XXXV

La majestad serena de su frente,
 Teñida suavemente
 Del blanco de los rayos de la luna,
 Con sus cabellos de ébano contrasta,
 Y en su figura casta
 La gracia, el genio y la belleza aduna.

XXXVI

Es su voz el murmullo de las flores
 Que al aura hablan de amores;
 Música de las almas su mirada;
 Su sonrisa, perdón de la amargura;
 Y su canto figura
 La voz del ruiseñor en la enramada.

XXXVII

¿Quién puede verla sin amarla? El hombre
 Siente el imán sin nombre
 Con que las almas su poder atrae,
 Y al beber de sus ojos el veneno,
 Del corazón al seno
 Brillante lluvia de esperanzas cae:

XXXVIII

Oyó Miguel el súbito aleteo
 Del dormido deseo
 Combatir su cabeza soñadora.....
 Y a cada paso que en la vida avanza
 Le dice la esperanza,
 Alejándose de él: "padece y llora".

XXXIX

Por arte del fotógrafo divino,
 El rostro peregrino
 De Victoria en su espíritu se graba;
 Y aunque a solas concentra el pensamiento,
 Surge a cada momento,
 Como del fondo del volcán la lava.

XL

Flotaba sobre su alma aquel reflejo,
 Como en límpido espejo
La imagen que él no logra cautivarla;
Como en la tarde, en lánguido desmayo,
 El luminoso rayo
Dora la blanca espuma sin tocarla.

XLI

¿Y Victoria? ¿Y Victoria? Nadie sabe
 Lo que en su pecho cabe:
Amor o compasión o indiferencia.....
Sólo es verdad que en ocasiones mira
 Al artista que admira
Como ve a los deseos la conciencia.

XLII

Fraternidad del alma! ¿Quién te sigue
 Cuando tu afán persigue
La vaga indecisión de un sentimiento?
A veces la pasión cubierta se halla
 Y es su cota de malla,
De la vida en la lucha, el pensamiento.

XLIII

Las almas de Miguel y de Victoria,
 Gemelas de la gloria,
Con inspirado espíritu soñaban
Del arte en las creaciones luminosas,
 Y con lazo de rosas
De los dos las ideas se enlazaban.

XLIV

El *hada de Florencia* era, en resumen,
 De Buonarroti el numen
Que en su cerebro audaz relampaguea;
Y hay en sus obras algo de Victoria,
 Porque está su memoria
De su beldad vestida con la idea.

XLV

¿Era amor o entusiasmo aquella llama?
 Respóndalo quien ama
 Sin premio, ni esperanza ni deseo.
 ¿Era ilusión desesperada, acaso,
 Que conmovió a su paso
 Dos almas con un mismo devaneo?.

XLVI

Dentro del alma de Miguel desata,
 Cual rauda catarata,
 Una pasión sin nombre, sus furoros:
 Ahogarla quiere valeroso él mismo.....
 Y rueda en el abismo
 Que cavaron sus propios sinsabores.

XLVII

Consigo se halla el corazón humano
 Luchando siempre en vano:
 Es la guerra perenne de la cima
 Do combate la sombra con la lumbre:
 Crepúsculo en su cumbre,
 Y más denso crepúsculo en su sima.

XLVIII

Victoria las creaciones inspiraba
 Del artista, y amaba
 El admirable genio de aquel hombre;
 Extático Miguel la contemplaba,
 Y su pecho acosaba
 Anhelos ignoto, aspiración sin nombre.

XLIX

Así la brisa de floridas lomas,
 Empapada de aromas,
 Volando por la noche al cementerio,
 Estremece a las tristes siemprevivas,
 De la muerte cautivas,
 Que esconden en su cáliz el misterio.

L

Y tristes corren de Miguel los días,
 Como las hojas frías
Que va arrastrando el soplo del invierno;
Sin que venga la luz de una esperanza
 A infundirle confianza
Ni a reanimar su abatimiento eterno.

LI

Cuando la luna entre las sombras gira
 Y el corazón suspira
Soñando con quimeras inmortales;
En esas horas de infinita calma,
 En que percibe el alma
El olor de las flores celestiales;

LII

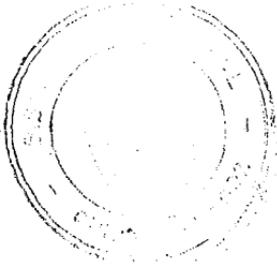
O cuando el sol reclina en Occidente
 La majestuosa frente,
De fuego y luz entre bullentes olas;
Lejos de la ciudad sin rumbo vaga,
 Porque al dolor halaga
En su martirio deleitarse a solas.

LIII

Del alma en la nostalgia taciturna,
 Como la flor nocturna
Que marchita y abrasa el sol de estío,
Del amor vivió siempre desterrado
 Y un pesar concentrado
Llevó hasta el borde del sepulcro frío.

LIV

El que pintó las ansias y torturas
 Que en las simas oscuras
Sufren los condenados del averno;
Y alumbró con la cólera divina
 La Capilla Sixtina,
Donde vibra el acento del Eterno:



MUJER Y MADRE

I

Niña de alma inocente,
Que los umbrales de la vida pisas,
Sin que empañe una sombra tu alba frente
Ni se esconda el pesar en tus sonrisas;
Escúchame la historia
De una madre amorosa y desgraciada,
Y consévala siempre en tu memoria;
Y cuando ames después y seas amada,
En el hogar bendito,
De tus hijos rodeada,
Sabrás que el alma de una madre pura
Es raudal insondable de ternura
Donde se transparenta lo infinito.

II

Sinforosa es mujer humilde y pobre,
Que cree en la santidad de la desgracia
Cuando en el alma sobre
Un reflejo siquiera de la gracia.
Hace y deshace con afán prolijo
Castillos de ilusiones moderadas,
Y ve correr las horas sosegadas,
Feliz con sus recuerdos y con su hijo;
Que es lenta la paciencia
Donde quiebra sus rayos la esperanza,
Y con el cual a vislumbrar se alcanza
Átomos de oro y luz en la existencia.

Es tanta de su albergue la miseria,
Tan negra la pared y pobre el suelo,
Como para inspirar una obra seria
A un excéntrico inglés, de aquellos Lores
Que estudian la moral en el Otelo
Y viajan por recreo en la Siberia.
Mas Sinforosa, de virtud modelo,
Y también de beldad, aunque lo ignora,
Pensaba, (con escándalo del diablo,
Y con perdón de la gentil lectora
Para quien esto escribo y con quien hablo,
Que es culpable el que llora
Porque no tiene espléndido palacio
Ni cuenta las riquezas que atesora;
Porque Dios, que es más sabio que los sabios,
En todo corazón deja un espacio
Donde la dicha alcanza,
Y es fácil de llenar con cualquier cosa,
Si quedan el amor y la esperanza,
Paz en el alma y risas en los labios.
Nada tiene en el mundo Sinforosa,
Pero es creadora la virtud humana,
Y se cree la mujer más venturosa
Cuando alegre despierta en la mañana
O se duerme tranquila por la noche.
No la opulencia en su mirada brilla
Ni de mujer su vanidad pasea
Por populosa villa
En blasonado coche,
Ni riega el vino su modesta mesa;
Pero tiene de Dios el santuario,
Donde siempre la espera una promesa
De la esperanza, pan del proletario,
Un valle extenso, de alamedas lleno,
Donde correr de su hijo en compañía,
Y además toda el agua de la aldea
Para aplacar su sed al medio día,
Y las manzanas del cercado ageno
Que se caen del lado del camino,

Y ha decretado el cura, que es tan bueno,
Ser todas usufructo del vecino.

III

Del maternal amor bajo las alas
En su cuna reía
El desvalido Jaime, que tenía
Harapos de algodón por todas galas.
Sinforosa veía
Del niño las facciones,
Buscando ansiosa en ellas semejanzas
Con las del padre muerto,
Que en el fondo del alma lleva impresadas;
Y en íntimas y dulces expansiones
Rosas sobre la falda le ponía,
Tomadas del rosal, que llama huerto,
Para el humilde niño,
Despótico sultán de su cariño.

IV

Ese hermoso chiquillo,
Que parece robado
De un cuadro de la Virgen de Murillo,
Jugaba embelesado
Con una rosa blanca, que su madre
Trajo devotamente para adorno
De un Cristo, entre tallado y esculpido,
Que cayéndose está de puro viejo.
El niño, poco a poco adormecido
Con el aroma de la flor temprana,
Sintió revolotear en su contorno
Un enjambre de ensueños delirante
Y de flotantes hadas el cortejo,
De túnicas azules y alas de oro;
Y se quedó dormido,
Mientras le llama "mi único tesoro"
Su madre cariñosa.
De repente, cual ráfaga de fuego
La mente iluminó de Sinforosa
La fiel imagen del perdido esposo,

Y a su memoria se agruparon luego
De todos sus recuerdos los despojos;
Pues, besando a su Jaime, que dormía
Abrazado a la flor como un celoso,
Tristes rodaron por su faz hermosa
Dos lágrimas brillantes:
Una, del niño resbaló a los ojos,
Y la segunda al cáliz de la rosa.

V

Pronto pasa la edad de la inocencia,
Y al alborear la juventud lejana
El amor, como sol de la existencia,
Forma en el alma la primer mañana.
Rosa una rubia es, de gracia llena,
Bella como las flores de su nombre,
Y cuando mira a un hombre
Con los ojos el alma le envenena;
Una de esas mujeres
Que, vistas una vez, nunca se olvida,
Y que en su amor compendían una vida
Con todos sus dolores y placeres.
Jaime idolatra a Rosa desde niño,
Y Rosa le confiesa
Que paga de igual modo su cariño;
Jamás esos amores
Parece que destruir podrá el olvido,
Que cría cual gusano entre sus flores.
A Jaime mira Rosa, y él la mira,
Como se ven chiquillos y chiquillas,
Jugando al escondite con sus ojos,
En donde arde una pira
Que refleja sus llamas en sonrojos
De la gentil pareja en las mejillas.
¡Cuántas veces unidos,
Frutas cogiendo o deshojando flores
En el frondoso huerto,
Se quedaron dormidos
En íntimo concierto
Cual dos enamorados ruiseñores!

¡Cuántas, al despuntar, el sol de oriente
 Los ha visto veloces
 Con pies descalzos traspasar la fuente,
 A caza de algún ánade salvaje,
 Que se alejaba con chillonas voces
 Luciendo su fantástico plumaje!
 ¡Escenas de cariño y de ternura,
 Que sólo las comprende el que las siente
 Y forman un poema de ventura!

VI

Diez años se han amado, y es preciso
 Que al fin les dé su pasaporte el cura
 Para ir al Paraíso;
 Cuando vino el demonio,
 En forma de un alférez muy apuesto
 Que llegó de la villa,
 Un óbice a poner al matrimonio,
 Pues asaltó de pronto el alto puesto
 Que en el amor de la mujer sencilla
 Siempre Jaime ocupó. ¿Por qué tan presto
 Rosa olvidó a su amante,
 Y destrozó sus encantados lazos,
 Yendo a buscar traidora en un instante
 De advenedizo alférez los abrazos?
 ¿Qué es la pasión de la mujer, en suma,
 Si así viola la fe de un juramento?
 Es de la noche bruma,
 Que, al despertar la luz, se lleva el viento,
 Bruma el recuerdo y bruma el pensamiento.
 Lloró Jaime su olvido
 Del dolor en las largas agonías;
 Y pasaron las noches y los días,
 Mas no su amor querido.
 Si alguna vez de Rosa se encontraba,
 Acaso por su mal, en la presencia,
 La chica le miraba
 Con ojos que perdieron la inocencia,
 Pues cuando amor acaba
 Ya las miradas son remordimientos

Y tiñe la conciencia
 De negro hasta los mismos pensamientos.
 El la miraba apenas,
 Por no mostrar a la mujer ingrata
 El abismo profundo de sus penas:
 Que sufrir sabe con firmeza el hombre
 Y de la hermosa alevé que le mata
 La ofensa olvida al recordar su nombre.
 El alférez con Rosa huyóse, al cabo,
 A disfrutar en libertad del premio
 Debido a su valor y su fortuna.
 Del cuartel huyó el bravo,
 Que en el glorioso campo de batalla
 Grande su nombre hizo
 Porque escaló el primero una muralla;
 Pues logran las mujeres
 Transformar a un valiente con su hechizo
 En siervo sin valor de los placeres.

VII

¡Ay! también alejose en raudó vuelo
 Del corazón de Jaime la esperanza.....
 Y se pasa las noches viendo al cielo
 Como buscando a Rosa en lontananza.
 Luégo la fiebre su cabeza doma
 Y se agobia su pecho
 Como flor cuyo aroma
 En alas de la brisa va deshecho.
 Jaime se va a morir..... Su madre amada
 Vigila su tormento,
 Mientras él besa con ternura loca
 Un seco pensamiento,
 Que le dió la mujer idolatrada
 Y humedece el aliento de su boca.
 Es el recuerdo de su amor, postrero,
 Que enterrará consigo
 Quien amó con delirio verdadero
 Y del amor es náufrago y mendigo.
 La pobre Sinforosa darle quiere
 La vida que le falta,

A costa de la suya, pero en vano,
 Porque él se agobia, desfallece y muere;
 Ella sicnte que salta
 Amargo llanto a sus hinchados ojos.....
 Las perlas del materno sentimiento,
 Que del alma empaparon los abrojos,
 Rodaron tristemente:
 Una sobre el marchito pensamiento
 Y otra, de Jaime muerto en la alba frente.

VIII

Al fulgor indeciso del ocaso
 De una tarde de otoño nebulosa,
 La pobre Sinforosa
 Dirige al cementerio de la aldea
 Su vacilante paso.
 Helado viento la llanura orea,
 Y gimen tristemente
 Las aves en los nidos,
 Las ondas en la fuente,
 Las hojas en las palmas,
 Y se mezclan suspiros y latidos
 De las cosas, los seres y las almas.
 Inspira al corazón recogimiento
 Y fervor al espíritu, esa cita
 De la tarde en las puertas de occidente
 A despedir al sol que pasa triste.
 Entonces el humano pensamiento
 De ese color crepuscular se viste,
 Y el corazón como natura siente.
 Sobre la tumba de su Jaime reza
 La amante Sinforosa
 Con la unción, la ternura y la tristeza
 De una madre afligida
 Que marchitarse vió la única rosa
 Que coronó sus sienes en la vida.
 ¡Cuántas fiernas memorias
 En torbellino vienen a su mente,
 En sudarios de amores y de glorias,
 Como se agolpan cuando el mar desmaya

De un navío los restos destrozados,
Que llegan a la playa
De espuma coronados!
El sepulcro de Jaime, como todos,
Marca una cruz sobre el humilde suelo;
Pues la campestres sencillez no ostenta
Orgullo y vanidad de varios modos
Con loco desnivel: los muertos cuenta,
Pide por todos bendición al cielo,
Pero jamás los nombres clasifica
Donde todo es igual y se unifica.
Miradas melancólicas dirige
A la fosa que guarda las cenizas
Del hijo de su amor, y más se aflige
Mientras consuelo busca.

IX

Tímida siempreviva
En la tumba ha crecido,
Como el alma de Jaime que brotara
A consolar el duelo y el olvido
De esa madre infeliz a quien amara.
La flor modesta Sinforosa observa
Con maternal ternura.....
Cuando unos pasos suenan en la yerba,
Y al alférez y a Rosa
Alegres mira caminar cantando.....
Sintió arder su cabeza Sinforosa,
Y una lágrima suya, resbalando
Al seno de la humilde siempreviva,
Cerrarse hizo a la flor, cual si quisiera,
Como alma, aquella lágrima
Guardar dentro su cáliz prisionera.
Estremeció a la madre con su viva
Convulsión el dolor; dobló la frente,
Y del hijo en la tumba
Cayó para no alzarse, de repente.
Luégo ocultóse el día,
Y de esa noche la siniestra calma
El báquico cantar interrumpía

Del alférez y Rosa en una orgía,
Donde la eterna agitación del alma
Ahogaban en el hondo torbellino
De la embriaguez de la pasión y el vino.

X

Ya conoces la historia,
Que a tus hijos mañana
Les harás conservar en la memoria.
Si ingratitud liviana
El femenino corazón esconde,
La misma madre a la mujer redime
Porque a cualquier acusación responde
Con la epopeya de su amor sublime.
Si, de su fe perjura,
Olvida la mujer a quien la quiere,
La madre va al Calvario, y allí muere,
Víctima de su amor y su ternura.

1889

FLAQUEZAS DEL CORAZON

I

Me dicen que en amor hay una escuela
Donde aprenden las niñas
Las difíciles artes de Cupido,
Que en confidencias íntimas revela:
Lo que dice a las almas un gemido
De otra alma enamorada,
Lo que cuenta al pasar una mirada
Cual de una flor el vaporoso aroma,
El expresivo idioma
Que dizque hablan los ojos,
Las amorosas riñas,
Los inocentes, tímidos enojos,
La ingenuidad veraz de la paloma
Unida de la sierpe a la malicia,
Los encubiertos y traidores tiros,
Y la magia infernal de una caricia;
La música divina de un lamento
En notas de suspiros;
Lo que expresa un acento
Y aquello que no expresa;
Lo que pide una lágrima furtiva,
Lo que abrasa el aliento
Del misterioso sér que nos cautiva,
Cuando en oleadas impalpables besa
Las riberas del alma que ama inquieta;
Todo, me dicen, que se aprende en la aula
Del amor, que al espíritu sujeta
Como avecilla en su dorada jaula;

Y enseña sin teorías
Y explica sin lecciones,
Con dulces aflicciones
Y tristes alegrías,
Lo que nadie demuestra con razones.

II

Afirman que es la escuela do se educan
Para su mal, acaso, las mujeres:
Pues todos los principios de la ciencia,
Que los principios íntimos trabucan
Que nacen en la infancia,
Agotan la ternura y la paciencia
Y ¿qué nos dan después? Sólo experiencia.
Lo que se gana en fútiles placeres,
En desdén y arrogancia,
Se pierde en sentimiento, en inocencia.
Si respetas, lector, mis pareceres;
Si al lujo y la opulencia prefirieres
De un valle la hermosura y la fragancia,
Al vértigo el reposo,
Y a ese saber que adula las pasiones,
El saber ser dichoso,
Que hace del alma nido de ilusiones,
Me dirás que son justas mis razones
Y que es un bién a veces la ignorancia.

III

Perdón, si no respeto a los autores
Que han escrito atrevidos del asunto,
Porque en ciencia de amores
Estoy seguro yo completamente
Que no ha dicho ninguno como siente
Ni ha sentido jamás como lo ha dicho.
Y sostengo, lectores,
Conforme a la opinión de mi conciencia,
Es decir, por capricho,
Contra mil poderosas opiniones,
Que la importante ciencia
Del amor, pues instruye corazones,

Y principios rehusa,
 Como la reina que es de las pasiones:
 Sostengo que el amor es ciencia infusa.

IV

Raquel tiene doce años. Es hermosa
 Cual la ilusión primera de la vida.
 Y es buena y recogida,
 Modesta y candorosa,
 Como las niñas todas
 Que hablan poco de bailes y de modas.
 Mas ya comienza a despertarse su alma
 De aquel rosado sueño
 De los años mejores,
 Con menos unos átomos de calma
 Y con algunos más de humilde orgullo;
 Y en un día feliz, nunca pensado,
 Advierte que su rostro es tan risueño
 Y bello cual las flores
 Al entreabrir al alba su capullo;
 Que es ya de las mujeres envidiado
 Y de muchos galanes celebrado;
 Mas que sólo su dueño
 En dichosa ignorancia ha descuidado.

V

Desde entonces miró más cuidadosa
 Sus negros ojos y su tez de rosa,
 Y los muchos encantos de su cara.
 A veces distraída,
 Sin comprender la causa,
 Ve que tiene en sus manos un espejo.
 Así encontróse un día, de repente,
 De una brillante luna frente a frente.....
 Después de inquieta pausa
 Y de observar turbada,
 Como novel ladrón, a todas partes,
 Si resuelto, perplejo,
 Se mira sin disgusto retratada
 En luminoso, encantador reflejo;

Y aun se atreve a ensayar ¿quién lo creyera?
Muy de prisa, por cierto, muy de prisa,
Algunas de las artes
Que nadie le ha enseñado: una sonrisa
Picaresca, en verdad, pero hechicera
Y una expresiva y lánguida mirada,
Que deberá gustar seguramente.
Pero deja asustada
Su espejo confidente,
Porque cree que un rüido
De pasos ha sentido;
Y corre, temerosa de que alguno
Se acercara indiscreto,
Y supiera y contara su secreto.
Pero a veces sentía
Algo como fugaz remordimiento,
Pues muy bien comprendía,
Sin ayuda de nadie,
Que el revelar tan frívolo contento
Cuando admira las gracias de su cara,
Es culpa que el Señor no perdonara
Si tan bueno no fuera.
Luégo calmó su corazón un tanto,
Pues con piedad sincera
Se acusó de su culpa, con un fraile
Que todos dicen, y en verdad, es santo,
Pues no entiende de teatro ni de baile
Ni de otras vanidades de este mundo,
El bueno y bonachón de Fray Raymundo.
Al fin quedó tranquila. Poco a poco
Fué al espejo menor su antipatía,
Porque el tiempo lo va todo borrando;
Y como es el demonio tan nefando
Y el corazón tan loco,
Me dijo una mujer, que lo sabía,
No sé cómo ni cuándo,
Que Raquel en su culpa reincidía.

VII

Cumplidos los trece años,
Raquel ya no es muy buena.....con tendencias
De gustar a los hombres un poquito,
Y sin modos huraños,
Va adquiriendo la creencia
De que ninguno de ellos es demonio,
Ni pecado tan grande el matrimonio,
Como algunas muy santas lo han escrito.
Si un rapaz la saluda con cariño,
Se pone en ocasiones encarnada
Y pálida otras veces como armiño,
Y aun esquivada de algunos la mirada,
No por odio, en verdad, sino turbada.

VIII

Rezaba a los catorce muy piadosa
En su devocionario,
Cuando una vez lo arroja irrespetuosa
Para mirar, como mujer, curiosa
Las páginas de un viejo diccionario;
Y, sin saberlo cómo, por supuesto,
Vino a saber qué cosa
Expresaban *amor y enamorado*;
Pero cerró aquel libro, presto, presto,
Llena de inquietud viva.....
Y pensando otra vez en su pecado
Se pasó muchos días pensativa.

IX

Quando a los pies del santo religioso
A confesar sus culpas se arrodilla,
Observa Fray Raymundo, escrupuloso,
Que tiene muchas faltas la chiquilla;
Porque además de aquella
Cosa del *diccionario*, que la humilla,
Sabe que no es sencilla
La que quiere ser bella
Y le gustan las sedas y las flores,

Y ha leído de amores
Varias definiciones muy difusas,
Que sabe que París está en Europa
Y en el Parnaso, Apolo con las Musas
Que en música prefiere
A la mística, siempre la profana,
Y mucho menos quiere
Los salmos de David que una galopa;
Que sale a la ventana
Sus flores a regar tarde y mañana,
Y en ciertas ocasiones
Meditabunda allí la ve la luna;
Y que cumple mejor con el precepto
De adorar a sus prójimos que a Cristo,
Porque a Dios, está visto,
Del pobre de Raymundo en el concepto,
Que ella con atrición ama tan sólo,
Cuando adora a sus prójimos sin dolo,
Con contrición perfecta y sentimiento;
Y cada vez mayores son sus culpas
Y encuentra en su conciencia más disculpas,
Que es en el pecador, cada momento
Más débil el feroz remordimiento.

X

Como pasa en el mundo, y no es extraño,
Suelen tener a veces
Las niñas algún primo nada huraño,
Que, dócil al impulso irresistible
De la sangre, del alma y del cariño,
Los encantos adora
Que la prima simpática atesora;
Y no siendo posible
Pagar con esquiveces
A quien nos da su corazón entero,
Y el amor, como niño,
A veces suele ser tan verdadero,
Raquel y Juan se llaman
"Mi vida, mi tesoro, mi lucero",
Y otras cosas muy bellas.....y se aman.

XI

Y aquí de los enormes,
Aquí de los diversos
Pecados de Raquel, que cree deformes
Ella en su pensamiento, y sin embargo
No le es dado dejar de ejecutarlos,
Si bien con intención de confesarlos;
Y así supo una vez, después de un largo
Coloquio, el religioso
A quien sus culpas con temor confiesa,
Que los amores privan del reposo
Y merecen de frívolos el nombre,
Pues el amor de Dios poco interesa
A la que alienta del amor de un hombre;
Porque no muestra vocación de monja
Raquel, que tiene pensamiento humano
Y guarda un corazón como una esponja
Que ya se empapa del amor mundano:
Pues ella cree que, apenas
Son cortísimos ratos
Las largas horas que con Juan se pasa,
Y le palpita el pecho al ver su casa,
Y hasta besa en la ausencia su retrato;
Que piensa distraída,
Cuando su madre lee el *Año Cristiano*,
En que si Juan vendrá tarde o temprano,
Y prefiere ¡cinismo extraordinario!
A las devotas rejas
De aquel consolador confesionario,
Las que dan a la calle del vecino,
Y los bailes a misa,
La tertulia al rosario
Y el teatro a la oración. ¡Pobre destino
El de esa frágil terrenal criatura,
Que en vez de alzar sus alas a la altura,
Las ensucia en el polvo del camino!
Al escuchar sus faltas Fray Raymundo,
Piensa con amargura
En que es ajena la virtud, del mundo.....

XII

Luégo, como es muy obvio,
Y nada tiene el caso de curioso,
La niña tuvo quince,
Y nuestro Juan dichoso,
Que en materias de amor es algo lince,
Pasó de amante a novio,
Con probabilidad de ser esposo.....
No logró Fray Raymundo,
Por más que blasonaba de elocuente
Y que el Espíritu Santo,
Sobre él, hecho paloma, descendía,
Que dejara Raquel su amor del mundo,
Consagrándose a Dios perpetuamente;
Pues el cambio muy bien lo merecía,
Como él la aconsejaba,
Y ella no le escuchaba,
Porque no era, como antes, inocente.

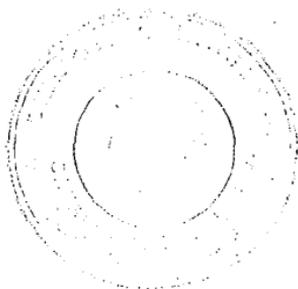
XIII

El fraile, que alcanzaba vagamente
A ilustrar sus sermones,
Con el solo argumento contundente
De la inmutable *fe del carbonero*;
No llegaba a encontrar otras razones
En su cerebro huero,
Para explicar aquellas calenturas,
Que la impulsaban ciega al matrimonio,
Sino las sugerencias prematuras
De la carne y el mundo y el demonio,
De esos libros modernos
Cuya edición se tira en los infiernos.
Nunca su artificial psicología
Acertó a disculpar el desatino
Del sexo femenino, que prefería
Un esposo mortal a otro divino.

XIV

Pero. al fin, llegó el día
En que Raquel y Juan con alegría,
Al pie del altar santo,
Se hallaban inebriados de un encanto
Que el pobre Fray Raymundo,
Talvez para su bien, no conocía.
El destino de entrambos enlazaba
Con afán religioso y muy profundo,
Mas sin ninguna envidia los miraba,
Y a la pobre Raquel compadecía.
Y mientras ellos con amor inmenso
Soñaban en placeres de otro mundo
Que inundaban de luz sus corazones,
Sujetos sin esfuerzo a su atractivo;
Cuando llegaba al cielo el santo incienso
De amantes oraciones,
El fraile cabizbajo y pensativo
Iba haciéndose amargas reflexiones.

1882.



PAGINA DE UN POEMA

I

La luna, de luceros coronada,
Brilla apacible en el azul del cielo,
Cual sonríe la virgen desposada
Bajo el cendal del vaporoso velo.

En el silencio y soledad sublime
La ciudad populosa duerme en calma;
Todo busca reposo, y sólo gime
En el insomnio de su pena el alma.

¡Cuánta poesía en el espacio inmenso,
Y cuánta lobreguez en mi pasión!
Es mi cerebro tempestad, si pienso,
Y es calvario, si siento, el corazón.

¡Sombras de desdichados trovadores,
Que descansais el sueño de la muerte,
Y en la tumba guardais vuestros amores,
Que vencieron al tiempo y a la suerte!

Dejad vuestras marmóreas sepulturas,
Donde todo es feliz, pues nada siente,
Y a contarme venid vuestras tristuras;
Yo seré vuestro amigo y confidente.

Todos llorais ingratitud y olvido
De la vida en la fúnebre armonía,
Porque fué, y ha de ser, el bien perdido
Perpetuo manantial de la poesía.

Y tiene el alma en su delirio loco
Relámpagos de vivo resplandor;
Y fué el dolor de inspiración el foco,
Y la mujer la fuente del dolor.

Este pesar que me devora inquieto,
Y en el fondo del pecho guardo yo,
Quiero contar en íntimo secreto
A las sombras del tiempo que pasó.

II

Cual ave que despierta en la enramada,
Del sol de Julio a los efluvios rojos,
Así despertó mi alma enamorada
Al rayo fulgurante de tus ojos.

¿Qué era la vida para mí? Gozarme
En la cadena de tus brazos preso,
Y de dicha y amor galvanizarme
Con la corriente eléctrica de un beso.

¿Y qué era el mundo para mí? La cumbre
Que soñó la exaltada fantasía,
Siempre bañada en esplendente lumbre,
Siempre vibrante en mágica armonía.

¡Cuán bello presentábase y florido
De la vida el inmenso panorama,
En esa edad risueña en que el olvido
Aun no envenena el corazón que ama!

¿Recuerdas cómo hervían y azotaban
De la pasión las olas nuestro pecho,
Y en él al estrellarse, cómo hallaban
Pequeña el alma, el corazón estrecho?

Cuando en la tarde, a orillas del torrente,
Que decora la rústica campiña,
De lilas coronaba tu alba frente
Y de placer tu corazón de niña;

Cuando en el aire tenue, cual de plata
Tropel de mariposas, se esparcían
Las notas de la dulce serenata
Que el calor de tu seno requerían?

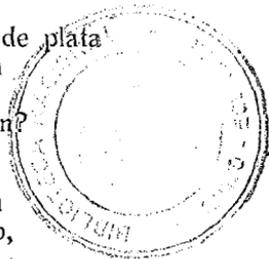
En tus ojos mis ojos, reclinada
En el hogar de mi abrasado seno,
Me dabas a beber enamorada
De tu boca en el cáliz el veneno.

Deja, deja que goce en mi tormento,
Formándome quimeras venturosas,
Ya que tiene poder el pensamiento
Para torcer el curso de las cosas.

Tengo sed de sufrir, porque este infierno
Guarda un mar de deleite irresistible;
Tiene mi amor para durar eterno
La infinita atracción de lo imposible.

III

Con la queja amarguísima en los labios
Y velados con lágrimas los ojos,
A recordarte viene tus agravios
El ídolo de ayer, puesto de hinojos.



Mas no pienses que llega cual mendigo,
Agobiado de angustia y sin vigor,
Para su invierno a demandar abrigo,
Para su sed, las heces de tu amor.

Bien sé que en el altar de tu hermosura
De mi fe debo hacerte el sacrificio,
Porque tu pecho, como roca dura,
Nunca hallaré para mi amor propicio.

Pero me lleva a verte y adorarte
La atracción invencible del destino;
¿Cómo vencer a Dios para olvidarte
Y trazar a mi vida otro camino?

En tus ojos el alma se detiene
Porque en su fondo la ilusión rutila,
Y el dulce imán de la esperanza tiene
El hermoso cristal de tu pupila.

Ilusión, cuanto ingrata más querida,
Tu indiferencia a comprender no alcanza
Que es el dolor la fuente de la vida,
Y que crece el amor sin la esperanza.

¿Por qué aconsejas a mi mal inmenso
El amargo consuelo del olvido?
Deja que acrezca mi dolor intenso
La propia sombra de mi bien perdido.

Quien ama como yo, sin egoismo,
No mendiga a su amor correspondencia;
Le basta la ilusión que está en sí mismo
Para cubrir de flores la existencia.

¿Qué puedo ambicionar, si a toda hora
Dentro su seno el corazón te siente,
Si la luz de tus ojos, como aurora,
Disipa las tinieblas de mi mente?

No mereces mi amor, y te amo ciego,
Tu víctima yo soy, y a tí me postro,
Porque es mi alma, abrasada de tu fuego,
Tornasol siempre vuelto hacia tu rostro.

No puede sitio haber para el encono
En la alma misma que tu fe guardara;
Tu beldad es un rey que está en su trono,
Y mi amor es un Dios que está en el ara.

IV

Vengo tu nombre a pronunciar amado,
Tu nombre, tantas veces repetido,
Y aljarme cual pobre desterrado
Al Ponto solitario del olvido.

El mundo para tí pomposo brilla
Y te abre el porvenir sus áureas puertas;
Yo oculto el fuego de mi fe sencilla
En las cenizas del hogar desiertas.

Y yo soy más feliz.....Tu pensamiento
Es una nube del ocaso fría;
Muerde tu corazón remordimiento.....
Mas yo amo con el alma todavía.

Sé que la enfermedad de mis dolores
Consume hora por hora el pecho mío,
Y pronto dormiré bajo unas flores
Que no tendrán de lágrimas rocío.

Pero llevo, aunque muerta, la esperanza
Hasta el confin oscuro de la vida,
Y calmaré la sed de mi venganza
Bendiciendo tu nombre en la partida.

Quiero decirte adiós, y en vano intento
Arrancar a pedazos mi pasión,
Pues si quiere arrojarte el pensamiento,
Siempre asilo te guarda el corazón.

Más que mi mismo pensamiento, fuerte,
Soy el suicida fiel de su cariño,
Y tan sólo apagar podrá la muerte
El ideal del trovador y el niño

Como el indio salvaje en la espesura
Al astro rinde temeroso culto,
En el silencio y soledad oscura
La pira del amor cuidaré oculto.

Adiós, adiós; el alma dolorida
Se rinde bajo el peso del destino;
¡Qué triste es la jornada de la vida,
Sin luz, ni amor, ni guía en el camino!

EL OBRERO

I

Del siglo del trabajo rudo atleta,
Es el mundo su inmenso campamento;
De la ciencia el oráculo interpreta
Y es brazo ejecutor del pensamiento.

Ya cayeron las vallas seculares
Que del orgullo alzó la pertinacia,
Y al trabajo y la ley levanta altares
La joven y robusta Democracia.

Ya es bendito el arado, que remueve
El corazón fecundo de la tierra;
Ya es el martillo el cetro de la plebe,
Ya es un himno el chirrido de la sierra.

Ya es la blusa listada del obrero
Manto flordelisado de un monarca,
Cuyo poder el universo entero
Como un anillo de Saturno abarca.

De la grávida tierra en las entrañas
Lucha por el deber y la existencia;
Y brilla como estrella en las cabañas
La bienhechora paz de la conciencia.

¡Bendito sea el taller, de donde brotan
La libertad, la industria y la abundancia,
Y cuyos muros sólidos no azotan
Tempestades de orgullo y de arrogancia!

¡Bendito sea el taller donde, sin fausto,
Sacerdote de paz y de alegría,
A Dios manda el obrero en holocausto
Del trabajo el incienso cada día!

El carro del progreso raudo llega
Por las ruinas antiguas del sendero,
Y allí el pendón del porvenir despliega
Cual vencedor soldado el jornalero.

Sólo el trabajo y la virtud elevan
Al cenit de su gloria a las naciones,
Porque en su seno fecundante llevan
La luz del genio y de la paz los dones.

Para volcar los mares, y el planeta
Romper como un titán con rudo tajo,
Para hundir toda valla y toda meta,
Sólo existe un poder: el del trabajo.

Para el rayo arrancar con que el Tonante
Fustiga el tenebroso firmamento,
Para ir vivo a lo eterno como Dante,
Sólo existe un fuerza: el pensamiento.

¡Gloria al trabajo en minas y cabañas,
Y en la honrada curul del magistrado;
Gloria del pensamiento a las campañas
Do se levanta el genio coronado!

Inteligencia audaz que centellea,
Frente que riega con sudor la ruta.....
¡Gloria al cerebro que brotó la idea
Y al brazo varonil que la ejecuta!

Te respeto y te admiro, obrero rudo,
De atlético vigor, de alma sencilla,
Y en nombre del progreso te saludo
Doblando ante tu paso mi rodilla.

Atrás, magnates, cuyo orgullo necio
Tiene por fuente la ruindad o el crimen,
Y que miráis con cínico desprecio
A los humildes que en silencio gimen.

Vuestro imperio acabó. Ceded el paso
Del porvenir al labrador valiente,
Vosotros sois la sombra del ocaso
Y el obrero es heraldo del Oriente.

II

Gloria al noble trabajo, verbo alado,
Del genio, del progreso y de la ciencia,
Que al paria y al esclavo ha libertado,
Y ha dado al proletario fe y conciencia.

Las armas del trabajo engrandecidas
Hundieron para siempre en el abismo
Barreras y murallas, construídas
Por siglos de ignorancia y fanatismo.

Puede el obrero proclamarse libre,
De las clases sociales ante el coro,
Y en el mundial concierto hacer que vibre
Como un himno de paz su eco sonoro.

Nada más bello que encontrarse abajo,
Sentirse digno de escalar la cima.....
Y, a fuerza de virtud y de trabajo,
De los demás, al fin, mirarse encima:

Por el trabajo redentor, que es norma
De progreso y de paz, el sér perdura;
Y en vida y luz y bienestar transforma
Las recónditas fuerzas de natura.

Mas no tiene derecho a entrar en liza
El jornalero anárquico y estulto,
Que las luchas de clases preconiza
Y fomenta el desorden y el tumulto.

Porque no es hijo del trabajo diario
Quien del trabajo el fruto ataca necio,
Combatiendo al honrado propietario
Que labró su fortuna al mismo precio.

Si es del trabajo la semilla buena,
Es noble la fortuna, que es su fruto;
Y si es la clase obrera una colmena,
No de su miel dañemos el tributo.

No es del obrero, no, representante
Quien acecha falaz el bién ajeno,
Y en el cerebro erial del ignorante
Vierte de sus doctrinas el veneno,

No es obrero el sectario que envidioso
A otro la senda del deber obstruye,
Quien no gana su pan y su reposo,
Quien no aprende, no enseña y no construye.

No es hijo del trabajo el que estimula
Contra el orden social la lucha aleve,
Y por viciados móviles adula
Los perversos instintos de la plebe.

No es digno de tal nombre el jornalero
Que pasa del taller a la taberna,
Do pierde su salud y su dinero,
Y su razón en la embriaguez eterna;

Que llega al triste hogar, donde la esposa
Pálida y muda ante el fogón vacío,
Estrecha a sus pequeños, temblorosa,
Que lloran de hambre, de terror y frío.

Aquel abyecto sér, que el mal derrama,
Por el alcohol y el vicio embrutecido,
Bestia vil, que no siente y que no ama,
Sea por el mismo obrero maldecido.

Es el obrero en la mundial batalla
Factor de luz, de bién y de cultura;
Contra el ocio y la fuerza, una muralla,
Y de progreso y paz, fuente segura.

Del social organismo núcleo y guía,
De la patria columna soberana,
Baluarte contra toda tiranía,
Y leña y pan de la familia humana.

Recuerde siempre la inmortal doctrina
Que *el Hijo* predicó, *del Carpintero*,
Y que hizo, del amor por ley divina,
Al poderoso, hermano del obrero.

Nunca tuerza su fúlgido destino
Convirtiéndose en bruto y en sicario;
Vanguardia valerosa del camino,
No anarquista feroz ni victimario.

Por la labor y la virtud, ¡arriba!
Por la ambición y el bolchevismo, ¡abajo!
¡Para la huelga injusta la invectiva;
Y gloria y bendición para el trabajo!

1920.





CULPAS DE UN ANGEL

I

En el arroyo límpido de plata,
Que agita, como al rostro la sonrisa,
Con perfumadas alas rauda brisa,
Y cuando duerme el cielo se retrata;
María contemplábase una tarde,
Con la inquietud cobarde
Que la muchacha de doce años siente
Cuando le ha dicho *hermosa*, dulcemente,
Por la ocasión primera un guapo mozo,
Cubrir haciendo de rubor su frente
Pero inundando el alma de alborozo.
Mira absorta sus ojos
Donde brilla chispeante una mirada
Que a la luz de la aurora causa enojos;
Ojos que velan lánguidas pestañas,
Que sus mejillas pálidas sombrean
Como al humilde valle las montañas,
Y son como las rejas que rodean
Jardines prohibidos;
Y sus labios, más bellos que las rosas,
Imán de las inquietas mariposas;
Su cutis delicado donde brotan
Las flores del pudor con sus hechizos,
Y sus cabellos de ébano que flotan
Sobre la espalda en caprichosos rizos.
Juega en sus labios infantil sonrisa
Al verse reflejada

En la fuente, que obsérvala indecisa
Y en lenguaje sencillo cual ninguno
Sus encantos le cuenta, uno por uno;
Y exclama: *soy hermosa*.....
Cuando toda asustada, de repente,
En el mismo cristal mira el reflejo
De un rapaz de quince años, atrevido,
A quien la niña no es indiferente.
Turbada y muda se quedó María,
Cual pajarillo tímido en su nido
Al que astuto muchacho ha deslumbrado
De noche con la luz de una bujía.....
Mas recobra el valor abandonado,
Y echa a correr diciéndole: "¡indiscreto!
Si quieres mi perdón, no digas nada".
Pero de su alma reveló el secreto
Una elocuente, aunque fugaz mirada,
Que cualquier otro que Miguel no fuera
Y el arte de Cupido no ignorara,
Por turbación de amor la comprendiera,
Por cariñoso enojo la tomara.

II

Mientras la noche con su soplo huela
Las flores de la pampa desolada
Y sacude los árboles el viento;
En humilde aposento
Que, aun cuando limpio, la escasez revela,
A la luz soñolienta de una vela
Que, a la vez que ilumina esa morada,
Arde como la ofrenda consagrada
A un cuadro de la Virgen Dolorosa
A quien allí los sábados se reza;
De María la abuela cariñosa,
Mujer de gafas verdes, nariz cacho,
Frente que no se sabe donde empieza,
Cutis de nuez y boca de canasta,
Donde dicen las gentes
Que salieron há mucho algunos dientes;
Pero que tiene el alma de un muchacho,

Corazón de paloma,
 Carácter muy jovial y buena pasta,
 Y que si en brujas cree y hechicerías,
 Es fácil que no coma,
 Por socorrer a un pobre, cuatro días;
 Digo, pues, que la abuela cariñosa
 Con santa unción leía
 A su preciosa nieta
 Las virtudes y vida milagrosa
 Del seráfico Padre San Francisco;
 Mas la niña distraída no le oía,
 Pues dejaba vagar sus pensamientos
 Cual corderos que saltan del aprisco;
 Y volaban sin duda en su memoria
 Los recuerdos de vivos sufrimientos
 Porque una amarga lágrima, de aquellas
 Lágrimas que compendían una historia,
 Surcó furtiva sus mejillas bellas.
 Lo vió la abuela, y compasión sintiendo
 Al notar que lloraba,
 Cierra el libro, creyendo
 Que la lectura de él la impresionaba;
 No recordó un momento
 Lo que causa a las niñas sufrimiento;
 Pero ¿cómo saber, si no sabía
 Ni la misma María?
 Lloró como el rocío entre las flores,
 Mas reflejó su lágrima primera
 La imagen del cristal de la pradera.

III

Sin saber el por qué de los enojos
 De la gentil María,
 Volvió meditando a su alquería
 Miguel, que la adoraba
 Como a las mismas niñas de sus ojos,
 Y era el joven más guapo y más risueño
 Que en ese humilde pueblo se encontraba,
 Codicia de las mozas hechiceras
 Y envidia de los mozos calaveras;

De sus ojos huyó furtivo el sueño,
Porque el amor la puerta
Del reposo y la calma deja abierta,
Y su lugar ocupan
Desvelos mil que en lo interior se agrupan.
Miguel el sueño a conciliar no acierta,
Y sumido en letal melancolía
Le sorprendió la claridad del día,
Que es el dolor primero
El dolor más agudo y verdadero.

IV

Se encuentran fácilmente,
Aunque se hallen distantes
Y tampoco se busquen, dos amantes
Que hacer las paces con su dueño anhelan,
Porque el alma presente
Cosas que a la razón no se revelan.
A la sombra sutil de la enramada
Del huerto de la casa de María,
Ella, triste y turbada,
Con Miguel se halló sola al otro día;
Sus rostros se tiñeron
De aquel vivo encarnado
De un rosal por el sol iluminado;
Extáticos se vieron,
Pero ni una palabra se dijeron;
Porque a su edad no tiene el finjimiento
Que engañoso conspira,
Para encubrir sus faltas un acento,
Para llagar una alma una mentira.

V

Miguel llevaba airoso
Un lorito muy bello y bullicioso,
De aquellos matizados de colores,
Traviesos y habladores,
Que su pico ocultaba entre la boca
Del rapaz que, jugando,
Con un trozo de azúcar lo provoca.

¡Oh, cuán hermoso es! dijo, mirando
La muchacha sencilla
La gracia y la beldad de la avecilla.
¿Lo quieres? le responde
Miguel con timidez, mientras esconde
De las miradas de ella sus miradas;
"Yo descubrí su nido
De tu casa en los árboles, a donde
Con trabajo mil veces he subido
Para verte de allí sin que me veas;
Para tí con esmero lo he criado,
Y también le he enseñado
A pronunciar tu nombre,
Que lo ha aprendido pronto, porque es hombre".
¿De veras? exclamó con alegría
Y candor infinito
La tímida doncella;
Y al momento el lorito,
¡María, mi María!
Gritó regocijado,
Cual si hubiese su afán adivinado;
Y tendiendo sus alas de colores
Se posó sobre el hombro de la bella.
Entonces con cariño
Lo toma, y siente que el piquillo aun tiene
De azúcar el sabor, y acaso, acaso
El de los besos que Miguel le daba.
Latió con emoción su pecho niño
Como al gustar de tentación un vaso,
Y la mano tendiéndole impaciente
De Miguel despidióse. Mas él busca
La ocasión de explicarse claramente
Y así la dice: "Cuéntale esta noche,
Para que él me lo pase, tu secreto;
Yo también le he encargado que a una niña
A la cual tú conoces, le aconseje
Que a cierto amigo mío no le riña
Cuando vaya a la fuente.
El lorito es discreto
Y sólo ha de confarme lo que indiques"

Y dejándolo en manos de María
Se aleja con presteza,
Aunque volviendo a ratos la cabeza
Hasta perderse en la arboleda umbría.

VI

En cuanto llega la chiquilla a casa,
Mil y mil veces repetir le hacía
La palabra que sabe;
Y el lorito, muy grave,
¡María, mi María!
Cual balbuciente niño, repetía;
Mas la niña se pasa
La noche en un desvelo que le abrasa,
Y sonrosados sueños acaricia,
Porque oyendo su nombre se recrea
Y enseñarle también ella desea
El nombre de Miguel, como es justicia;
Y parece el lorito
Hombre de bién y un orador perito.

VII

Cual la espiga dorada,
Que del sol por los rayos halagada
Madura en la campiña,
Crece feliz la candorosa niña
En belleza y virtud privilegiada;
Con Miguel, que la quiere,
Con su abuelita que por ella muere
Y con su bello, charlador lorito
Ella vive en un júbilo infinito.
Del loro el pico, o más bien dicho, el labio,
Repite como loco
Los nombres de Miguel y de María,
Y sin duda es un sabio,
Porque medita mucho y habla poco,
Y aun cuando junta de los dos el nombre
Sabe cuál es la niña y cuál el hombre;
Así ella cuando le oye cualquier cosa
Se cree la más feliz de las mujeres;

¿Para qué más placeres
 Si tiene cuanto el alma hace dichosa?
 Ella mira cumplida su esperanza
 Porque cifra su dicha y su tesoro
 En Miguel, en su abuelta y en su loro.

VIII

Pero es tan pasajera la ventura
 Que halaga al corazón, que apenas dura
 Lo que la hirviente y bárbara metralla
 Que revienta en los campos de batalla;
 Veleta la Fortuna,
 Hace a veces sepulcro de una cuna.

IX

Una azul alborada,
 Cuando la luz a disipar empieza
 Las sombras de tristeza
 De la noche pasada,
 Sorprendida creyéndose del día,
 Ansiosa corre la gentil María
 A saludar ferviente
 Al loro, de sus cuitas confidente,
 Como siempre solía;
 De la pesada jaula ve la puerta,
 Sin duda por descuido, medio abierta,
 A su lorito llama y no responde;
 Lo busca, y sólo mira,
 Llena de susto, ensangrentadas plumas.
 Ni una palabra a balbucir acierta,
 Y sobre el pecho esconde,
 Llena de sobresalto, la cabeza;
 Del más frío dolor las negras brumas
 Oscurecen su pecho,
 Y como loca y trémula suspira;
 Cuando pasa a su lado, satisfecho,
 Rojo el hocico, torva la mirada,
 En ademán feroz la cola arqueada,
 Y fúlgidos los ojos,
 Un gato que saltando sobre el techo,

Le dejó a la infeliz horrorizada.
Y luego fué llorar..... En sus enojos
Acariciando planes de venganza
Al cuarto se dirige de la abuela.
Esta, un tanto sus lágrimas consuela,
Ofreciendo vengarla, con la muerte
De aquel gato antropófago y maldito,
Que no sé cómo tuvo la osadía
De comerse aquel ángel de lorito
Que a nadie mal hacía
Y tantas esperanzas prometía.

X

Y pasaron dos días. Abrumada
De honda melancolía,
No se acordó María
Una vez de Miguel. ¡Ay! nada, nada,
Puede a sus ansias procurar consuelo.
No salió de su casa, cual solía,
Para confiar sus cuifas, sin rebozo,
Orillas de la fuente, al rapazuelo
Que con ella divide en dulce halago
Sus penas y su gozo;
De su cariño en pago,
Dejóle en triste duelo
Dos largos días de tenaz desvelo.
La abuela, por calmar el pecho herido
De la sensible niña, le ha confiado
Que a cabo se ha llevado
La muerte de aquel gato fementido,
Cumpliéndose la ley de la Escritura,
Que a hierro muere el que con hierro mata.
Pero ¡ay! de la muchacha el alma pura
Hondo dolor maltrata,
Pues la acosa el tenaz remordimiento
De aquella enorme culpa
De haber dado la muerte a un semejante.
Y fijo a toda hora el pensamiento
En tan miedosa imagen, nada puede
Calmar su inmensa angustia,

Y al peso del dolor su fuerza cede,
 Como al soplo del viento
 Se inclina y muere la violeta mustia.
 De sus llorosos ojos huye el sueño
 Y tiene sus accesos de locura,
 Porque a veces también se le figura
 Que con amor le mira su lorito
 O el nombre de Miguel, dulce murmura,
 Y que el gato maldito
 La amenaza con áspera bravura.

XI

Llegó a pensar la cariñosa abuela,
 Que perseguir la pista
 De la chica, solícita procura,
 Aunque en cosas de niñas no es muy lista,
 Que a su nieta desvela
 La enfermedad que el médico no cura,
 Porque no puede un loro
 Arrancar de los ojos tanto lloro;
 Averiguó la cosa con talento
 Pero no supo nada, aunque hizo mucho,
 Pues no hay un sér tan ducho
 Que adivine en el rostro el pensamiento.
 En vano intenta descubrirlo, en vano;
 En todos piensa, a todos les inquiere,
 Sólo excluye a Miguel que, si la quiere,
 La quiere solamente como hermano.

XII

Era una noche de verano, hermosa,
 De aquellas noches de infinita calma
 En que volando el alma
 De mundo en mundo va cual mariposa.
 En su balcón María,
 Apoyada en las manos la alba frente,
 En el cielo veía
 Titilar las estrellas suavemente,
 De luz magnetizadas,
 Cual lágrimas brillantes derramadas

En el espacio azul del infinito.
En actitud tan triste se encontraba,
Figurándose acaso
Que al lorito en el cielo contemplaba,
Pues su afán le decía a cada paso
Que en el éter su espíritu volaba,
Cuando una luz la inmensidad cruzaba.
Su pensamiento, así, vagaba un rato
Por los mundos sin fin, desconocidos,
Cuando escucha medrosa,
Entre las sombras, lúgubres maullidos;
Y volviendo los ojos, temerosa,
Se encuentra frente a frente con un gato
Que con furor satánico la mira
Relámpagos echando, desprendidos
De sus ojos humeantes como pira.
¡Ay! Era el mismo que murió colgado,
A manos de su abuela, el otro día
Y el que dejó su corazón sin calma.
Era el mismo; era el mismo; era su alma
La que a tomarle cuentas se venía,
Desde la eternidad, de su pecado,
Y con ojos de fuego la veía,
Como ve la conciencia al acusado;
Su sangre helada siente,
La niña, de pavor, y su cabeza
Como volcán ardiente;
De sus pupilas apagóse el brillo,
Dió un grito de terror, gemido ahogado,
Y cayó anonada de repente.
En su auxilio acudieron al momento
Y al lecho la llevaron desmayada,
Sin vida, sin calor, sin movimiento,
Cual hoja de su tallo separada.

XIII

Pensó la pobre abuela que María,
Sin poderlo evitar, se moriría,
Y antes de que brillara la mañana,
Como buena cristiana,

Acude por el cura de la aldea,
Médico de las almas generoso,
A quien también la niña lo desea
Porque viene a su mente sin reposo,
De que se va a morir, la triste idea;
Y es natural que al trasmontar la tierra,
El corazón vacíe su secreto
En el seno de una alma bienhechora,
Digna de su confianza y su respeto.

XIV

Cuando el humilde cura
Piadoso la exhortaba,
Ella de sus flaquezas se acusaba
Con inmensa amargura;
Y contrita procura
Su pecado pintar con los colores
Más negros y sombríos.
Y al ver que la escuchaba sin espanto,
Le dice así: "ni a grandes pecadores
Oído habréis tan grandes extravíos,
Y sois sin duda un santo
Cuando escucháis impávido los míos,
Que me condenan tanto,
Pues la muerte de un gato yo he pedido
Que, si no era inocente
Y aflicción me causó, no era un bandido;
El párroco asombrado, aunque contento,
En su interior, alegre sonreía,
Pero ni una palabra contestaba
Porque ni una palabra halló en su labio;
Atónito a la niña le veía
En actitud de sabio
Y pensaba que en ella
Algún ángel del cielo se ocultaba
Porque eran sus pecados celestiales;
Y buscaba en sus hombros las señales
De alas que, a no dudar, tener debía.
Humilde la bendijo con respeto,
Y sin darle ninguna penitencia

Se retiró a su casa,
Guardando como avaro su secreto;
Aunque anhela, indiscreta,
Que le indague tenaz todo el que pasa
Porque un secreto, al fin, el pecho abraza.

XV

Cuando ya el sol nacía
En cuna de cristal en las montañas,
Y su luz igualmente reparía
Sobre templos, palacios y cabañas;
Y entreabrían sus cálices las flores,
Exhalando su aroma delicado
Como oración alzada sin rumores
Al Hacedor de todo lo creado;
Maria, dulcemente adormecida
En su lecho, soñaba
Con los primeros sueños de la vida;
Y llena de temor se figuraba
Que a su Miguel le daba
La postrimera, eterna despedida,
Cuando hambre de vivir la devoraba;
Mas despertando, de congoja llena,
Se encuentra con Miguel que la veía
Con mirar fascinante de sirena,
Y amante le decía:
¿"No me conoces ya? Yo soy; María".
Su mirada y su voz en el momento
Vertieron, de la niña moribunda,
Risa en los labios, luz en la mirada,
Fuego en el corazón y el pensamiento;
Y de vida y amor galvanizada,
De su pena profunda
Se olvidó y de sus males;
Y recordando que vivir debía
Porque a otro su vivir pertenecía,
A su Miguel tendió con embeleso
La cariñosa mano,
Y él, de su amor ufano,
Dejó en ella, atrevido, el primer beso.

1883.

ILUSIONES Y FLORES

I

Era el pobre Procopio
Un lego humilde, de virtud acopio,
Que jamás al placer rindió tributo,
Ignorando también en lo absoluto
La gula y la ambición y el amor propio.
Aunque sincero piensa
Que ha pisado del claustro los umbrales
Después de haber, ofensa tras ofensa,
Agotado con frívolas disculpas
Todos siete pecados capitales;
Son, no obstante, sus culpas
De aquellas que perdona nuestro rito
Con un golpe de pecho o pan bendito.

II

Es del convento el lego jardinero,
Y con mano solícita procura
Las flores cultivar, para con ellas
Revestir con esmero
Los altares de gòtica escultura
En donde el tiempo señaló sus huellas.

III

Cuando en las tibias noches del estío,
Como lágrima inmensa de desvelo,
Rueda la luna en el azul del cielo,
Cruza el lego los largos pasadizos

Del convento sombrío
Para ver de sus flores los hechizos.
Y escuchar indiscreto
Las cosas que se dicen en secreto;
Hasta que el astro pálido sepulta
En la sombra su frente pensativa,
Que es reloj de los tristes, que se oculta
Si el sol le baña en su mirada viva.
Allí medita, ageno de cuidado,
Dirigiendo su vista silenciosa
Al vergel azulado
Donde rosas de luz son las estrellas
Y hay un mundo escondido en cada rosa
Que del paso de Dios marca las huellas.

IV

Sus ideas vagar deja sencillas
Por regiones ignotas
Como rauda bandada de avecillas
Que van cantando en armoniosas notas;
Y a los primeros años de la vida
Convierte el pensamiento,
Como abeja en travieso movimiento
Que vuela por jardines y praderas,
Y torna con las mieles
De nardos azucenas y claveles
A formar en el alma envejecida,
Colmena de ilusiones y quimeras.
Al evocar los sueños de la infancia
En presencia de estrellas y de flores,
Piensan su inexperiencia y su ignorancia,
Como piensan los sabios soñadores,
Que las pobres mujeres
Son estrellas que miran
Y flores que suspiran
En sueños de placeres,
Que siembran esperanzas a millares
Y cosechan olvidos y pesares.

V

Era Elvira una virgen de quince años,
 Modelo de hermosura
 Perfecta y atrevida,
 Tentación encarnada
 En la voz, la sonrisa y la mirada;
 De esas mujeres que hacen de la vida
 Un Edén de ventura
 O un infierno de amargos desengaños.
 Era blanco su rostro de azucenas
 Cual la piel del armiño,
 Como el alma de un niño,
 Y rubios sus cabellos como el oro
 Que corre de Paruain dentro las venas;
 Sus ojos eran cielo por lo azules
 Y por que ocultan tras sus claros tules
 Rayos y tempestad, nubes y penas:
 Era un sueño, era una hada, era un tesoro,
 Era un beso viviente
 Que dió la vida una mirada ardiente.
 Cuando su blonda cabellera, suelta
 Por su espalda y su pecho descendía,
 Su blancura realzando extraordinaria,
 Al verla, parecía
 La luna solitaria
 Que en los rayos del sol brillaba envuelta.
 Como el ideal de Fidias, su belleza
 Rayaba en el exceso;
 Era de las que encienden la cabeza
 Y trastornan el seso;
 Talvez naturaleza
 Se olvidó cuando lo hizo
 De que en una obra humana no debía
 Encarnar de los cielos el hechizo:
 Porque un ángel Elvira parecía.

VI

Cuando joven, Procopio
 Sintió por ella amor extraordinario,

Y levantose en su alma
La ronca tempestad de las pasiones,
En cuyo rumbo vario
Zozobran las más bellas ilusiones.
Su corazón tranquilo
No era capaz del fuego
Que a Don Juan encendía,
Sino del dulce amor que busca asilo
En un pecho sensible y sosegado,
Y que a su propio bién tiene despegado
Y la dicha del que ama sólo ansía;
Procopio en sí sentía,
Ya desde entonces, vocación de lego;
Era su amor la fuente
Que corona de flores las riberas,
Que nunca crece pero nunca amengua;
No el hinchado torrente
Que se avalanza cual sedienta lengua
Las selvas a tragarse y las praderas.
En su pecho, guardado
Aquel amor estaba;
No cual la ardiente lava
Que esconden en su cráter los volcanes,
Sino como el aroma delicado
En el cáliz de blancos tulipanes.

VII

Era el alma de Elvira
Al verdadero amor inaccesible,
An tanto que la de él era una pira
En donde se quemaba un imposible:
Y de los labios de ella la mentira
Brotaba con tal magia y tal ternura
Que Procopio, olvidando sus agravios,
La adoraba rendido,
Porque era en esos labios lo mentido
Más bello que lo cierto en otros labios;
La preciosa coqueta,
Que jugaba feliz con corazones,
Tenía trastornada la chabeta

Del prendedor futuro de velones
E inalterable oyente de sermones.
Ora a sus ruegos con desdén esquivo
La caprichosa Elvira
Respondía con negra desconfianza,
Ora sus ojos con mirar altivo
Del alma desterraban la esperanza;
Ora, fingiendo amor inmensurable,
A la prestada luz de una mentira
Le pintaba un Edén irrealizable;
Y con dulces enojos,
Y fingidas caricias,
Y brillantes promesas de esos ojos,
El infeliz vivía
De un ensueño entregado a las delicias
Y esclavo de sus mínimos antojos.
El mundo, por su mal, no conocía
Y en su sencillo pecho no albergaba
Ni dudas, ni temores, ni malicias.
Su dulce devaneo,
Digno de una alma pura,
No llegó ni al deseo;
El sueño de su mente
Sospechaban sus ojos solamente;
Amaba con la cándida ternura
Que en su alma era instintiva,
Aunque nunca lució en su firmamento
Un rayo de esperanza fugitiva;
Que era su llama viva
La lumbre de su mismo pensamiento.
No llegó a profanar la fe de su alma,
Amoroso un acento,
Aunque bien revelaban su cariño
Suspiros sin consuelos y sin calma;
Guardaba intacta su pasión de niño.
Pasión de una paloma,
Como guarda el azahar su rico aroma;
Porque son las palabras de la boca,
Para un amor ideal que al cielo toca,
Cual fugitivo bando

De raudas mariposas,
Que aléjense robando
El néctar de los labios de las rosas,
Que luégo se marchitan silenciosas.

VIII

Elvira, entre las nubes hechiceras
De sueños de placeres,
Idolatró del oro las quimeras,
Desmentir no queriendo a las mujeres
Que en él cifran sus glorias verdaderas.
Y fijo en esta idea el pensamiento,
Juntó después la suerte de su vida
A la suerte de un necio, aunque opulento,
Sin acordarse que dejaba herida
Del más grande dolor que el hombre siente
El alma de Procopio eternamente.
¡Ay! la mujer no sabe
Que en el alma que mata
Un mar inmenso de amargura cabe
Y un desierto de hasfío.
Sintió Procopio triste, al separarse
De la mujer querida, cuanto ingrata,
El pecho inerte, el corazón vacío,
Morirse de dolor, temblar de frío,
Y la tierra y el cielo disiparse.
Aquel que se despide,
A cada paso que en la vida avanza,
Su corazón divide
Y lejos va dejando la esperanza.

IX

Mientras en salón espléndido bullía
Colmena de falaces cortesanos
Que de Elvira a las bodas acudía;
Cuando mareaba el vértigo del baile
El alma de la bella desposada:
Procopio, sin dudar, se dirigía
Pálido el rostro, trémulas las manos,
A recibir el hábito de fraile,

Gimiendo, aunque tranquilo,
En la lejana y tétrica morada
En donde busca el desengaño asilo.
Pensaba el inocente,
A quien horrible decepción hería,
Que ya su amor ardiente
A Dios tan sólo dirigir podría
En las alas de mística plegaría
Y en secreto profundo,
Pues encerraba la ilusión del mundo
En la tumba del alma solitaria.
Dios en el cielo y en el mundo Elvira,
Soñó su amor; y se acogió en el seno
Del Dios, de amores lleno,
Cuando palpó del mundo la mentira.
La grandeza ignoraba
Que da el amor al corazón del hombre;
Sin esperanza y sin medida amaba,
Y apenas sospechaba
Del amor otra cosa que su nombre.
Así, cuando insensato
Buscar la calma en el convento quiso,
Pensó encontrar en su morada oscura,
Lejos del bien perdido,
La tranquila aunque estéril hermosura
Que ostentó el Paraíso
Cuando aún la mujer no hubo nacido.
Mas ¿cómo hallar la ambicionada calma,
Si hace siempre el olvido
Un infierno de males en el alma?
Al convento llevó, de aquel cariño
Que fué la luz de sus primeros años,
Su esperanza de niño,
El recuerdo tenaz en la memoria:
Recuerdo que encerraba
De un infierno horroroso los dolores
Y toda la belleza de la gloria.
Pero al llorar del hado los rigores
Que a eterna soledad le condenaba,
Generoso olvidaba

Ingratitudes dudas, desengaños;
A las puertas llegó de aquel convento,
Llevando el corazón y el pensamiento
Cual de su vida en los primeros años.

X

Las bellas ilusiones,
Del espíritu flores delicadas,
De Procopio en el pecho se agostaron
Cuando faltó el calor de las miradas
Y la lluvia de dulces sensaciones
De la que fué de su alma jardinera
Y despertó a la luz sus ilusiones.
Pero en cambio brotaron
Del convento en el huerto,
Nardos, azahares, rosas y alelíos
En hermoso concierto,
Como grupo de huríes;
En cambio de las rosas
Que amor hizo nacer en su existencia
Y del pesar rompieron los aludes,
Brotan en su conciencia
Más puras, más hermosas,
Las flores de la paz y las virtudes.
Pero el lego inocente
Siempre en las flores mira
La belleza de Elvira,
En su aroma su aliento,
En su rumor su acento,
En su vaivén los cambios de su mente,
Y en su cáliz también su pensamiento:
Y son aquellas flores
Sólo transmigración de sus amores.

XI

Cuando llega la idea
De una imagen querida
A encarnarse en el alma enamorada:
¿A dó podrá volver, que no la vea,
El hombre su mirada,

Si es el amor la tea
Que ilumina las cosas de la vida?
De la razón la lógica severa
Con su risa responde
A la que llama, sin razón, friolera:
¿Mas dónde hallar, en dónde
Un corazón formado a su capricho
Que sin sentir viviera?
La mujer es un mal, todos han dicho,
Sólo es feliz el que su lazo esquivo:
Y de todos, de todos,
Los que maldicen de ella de mil modos,
No hay una alma siquiera que cautiva
De la mujer no viva.
¿Qué saben de razones,
Hijas de la locura, las pasiones?
De carácter sencillo,
Y de humildad dechado
Era el pobre Procopio; de amor lleno,
Sin hiel y sin doblez, como un chiquillo;
En las cosas eternas preocupado,
Desdeñaba del mundo el falso brillo:
Pero nunca sereno
Tuvo jamás el pecho y sin cuidado.
Un sentimiento mundanal encierra
Su corazón profano,
Que en vano intenta desterrar, en vano,
Pues si el alma a los cielos se levanta,
Formó el cuerpo de tierra
El que hace brotar mundos a su planta.

XII

Cuando Procopio piensa
En Dios y en las venturas celestiales,
Surge, cual nube densa,
Humano pensamiento de su frente,
Que apaga los destellos de la mente
Con alas terrenales.
El recuerdo de Elvira
En su memoria queda

Como la espuma frémula que rueda
Sobre el cristal del río,
Como el eco en las cuerdas de la lira,
Como en la flor la gota de rocío.
¡Ay! ¡cuántas, cuántas veces
Sale el nombre de Elvira de su boca
Entre un *Dios* y entre un *mío*,
Cuando eleva al Señor humildes preces
Y el pavimento con su frente toca!
Engendra tan constante desvarío
Visiones sin color en su cabeza:
De luz tienen las alas,
De Elvira la belleza,
De un ángel la pureza
Y del amor las impalpables galas:
Y por do quiera vagan
Tímidas y secretas
Cual estrellas que tiemblan y se apagan,
Cual velan y se duermen las violetas.
De los cuadros de vírgenes cristianas,
Que la capilla adornan del convento,
Sus memorias profanas
Inobediente arranca el pensamiento:
Que, en ellas al fijarse una por una
Con atención osada,
Observa que hay alguna
Que tiene de su Elvira la mirada,
Y sus ojos de cielo de la tarde
Y sus labios de rosa perfumada,
Y la pálida tez de los jazmines.
Y su vista importuna
En ella fija el pecador cobarde,
Pues piensa adivinar en las desnudas
Formas de aquella Virgen tentadora
Las formas de su Elvira que él no ha visto;
Mas huye luégo y en silencio llora,
Pues cree que de la Cruz se lanza Cristo
Y apresta su legión de serafines
A castigar sus pensamientos ruines.

XIII

Lée su nombre en las hojas del breviario,
Su voz oye en las quejas de la brisa
Y en el canto del ronco Miserere;
La ve flotar entre la luz del cielo
Y de sus ojos el fulgor le hiere;
En ella piensa en misa,
En coro, en el sermón y en el rosario.
Percibe sus palabras de cariño,
Regadas en el viento,
Vagando en pos del corazón del niño;
Distingue claramente
Su mágica sonrisa
En las ondas del éter azulado
Y en el cristal rizado
De la canora fuente;
Y palpita su amor, cual sueño alado,
En el mundo, en el cielo y en su mente.
Llena Elvira de luz, llena de fuego
El pensamiento y corazón del lego.
Así corren sus días
De inquieta calma y lánguido delirio,
Entre sombras y afanes y agonías,
Sin que nadie conozca su martirio.

XIV

Una noche velando
El sueño de aquel bando
De flores de su huerto
Procopio estaba en actitud tranquila,
Y soñaba despierto
Con estrellas y flores,
Ya poniendo el oído en la pupila
Ya la lengua en los ojos,
Pues escuchar quería
El cántico de amores
De aves y estrellas que dispersa el viento,
O también expresar con su mirada
Esas cosas que cuaja el pensamiento

Y no puede expresar humano acento..
Creyó escuchar su nombre claramente
Y sentir a su lado
El rumor de unas alas vagarosas,
Que vertían aromas en su frente
Y al alma hablaban con rumor callado
De promesas y quejas misteriosas.
El gemebundo viento
De su huerto las flores cariciaba
Mientras él las miraba
Con la vista y el alma y pensamiento,
Y en tranquilo letargo se quedaba.
Una oración sus labios pronunciaron
Y como flor sin savia se quedaron
Escuálidos y fríos;
Sus ojos suavemente se cerraron
Vidriosos y sombríos,
Las manos puso en el helado pecho
Y entre sus yertos miembros
Rompióse de la vida el lazo estrecho:
En un suspiro se escapó su aliento
Cual nota musical que lleva el viento.
El lego, al parecer, queda dormido
Sobre una tosca piedra
A la cual ha ceñido trepadora
Una sierpe de yedra.
La noche lo cubrió con su mortaja,
Las estrellas cual cirios le alumbraron;
Y al despuntar de Oriente los albores,
Esos jardines que sus manos crearon,
Al gemir de la brisa, desplegaron
El piadoso incensario de sus flores.

V X

Y cuando a primera hora
Sus hermanos le vieron,
Dolor, sorpresa y lástima tuvieron.
Rogando por el alma pecadora,
En la fosa común le sepultaron;

Tres días le sintieron,
Y después, como a todo, le olvidaron.

XVI

Supo Elvira la muerte del hermano
Procopio, franciscano,
Y ella dudaba, al escuchar su nombre,
Si acaso alguna vez conoció a ese hombre.
Nadie del lego sorprendió el martirio:
¿Qué sabe alegre el mundo,
Cubierto con un velo, en su delirio,
De esos ocultos dramas
Que en el seno profundo
Del pobre corazón se desenredan,
Y cuyas negras tramas
Como gotas de hiel al fondo quedan?

1883

IDIOMA SIN TRADUCCION (1)

I

Lo recuerdo muy bien. Era en verano.
Al cabo de diez meses de lecciones
De derecho civil, patrio y romano,
El tiempo iba a pasar de vacaciones
En mi pueblo natal, como el jilguero
Que rompe sus prisiones
Y va a buscar su nido en el otero.
La sangre a los veinte años,
Como la arena del desierto, quema,
Y es la mente escenario de un poema
Donde, volando en vértigos extraños,
Se suceden las cosas y los seres,
Los seres y las cosas,
Y en forma de ilusiones y mujeres
Pasan girando en danzas voluptuosas.

II

Al término del viaje me guiaba
Una vetusta, desigual calesa,
Y eran los compañeros que llevaba,
Un cura, una jamona y una inglesa.
Era el primero un hombre
Rechoncho, bonachón y colorado,

(1) Este poema, fué leído en una Velada solemne del Ateneo de Lima, por el ilustre escritor don Ricardo Palma.



Inocencio de alcances y de nombre;
 La segunda, una tía
 De aspecto afable, acicalada y gruesa,
 Que preguntas me hacía
 Con su vista husmeadora
 Respecto a su sobrina encantadora,
 Muchacha delicada,
 Que a ratos me observaba cual de paso,
 Con tímida mirada,
 Que se filtraba por su azul pupila
 Como la luz de un vaso
 Que con dudosa claridad oscila.

III

Las sombras del ocaso
 Bajaban en tropel a la pradera,
 Que palpitaba de la tarde al beso;
 La noche iba llegando,
 Llegaba, y muy oscura, mas confieso,
 Que viendo y viendo y viendo a la extranjera,
 Se iba el día en mi mente prolongando.

IV

No sé lo que sentía,
 No sé lo que deseaba;
 Recuerdo que la inglesa me miraba,
 Y yo, al verla, por dentro me moría.
 ¿Sois su madre? la dije
 A la que iba a mi lado, gran señora
 Con ribetes de niña,
 De perfumados guantes y basquiña;
 "Nó, nó, nó; soy su tía".
 Me contestó con prisa aterradora;
 Pues creyó, viendo al párroco reírse,
 Que mi pregunta audaz la envejecía.
 —"Su tía soy, y márchase conmigo
 Donde su padre vive"—"¿Dónde?—En Francia".
 No sé por qué, insensato,
 Me pareció infinita la distancia,
 Y exclamé en mi arrebato;

“Largo viaje”, muy largo
 —“En verdad, respondió; pero es preciso,
 Su padre así lo quiso,
 Y cumplo su mandato”.

V

Vino la noche a provocar el sueño,
 Y el párroco y la tía,
 Sin duda por la edad o por la calma,
 Sintieron antes su letal beleño
 Y la inclemencia de la noche fría,
 Pues se durmieron bostezando a dúo.
 Sentía en tanto penetrar en mi alma
 Como rayos de fuego
 Las trémulas miradas de la inglesa;
 Que me observaba en caprichoso juego
 A la luz del farol de la calesa.
 Y tanto nos miramos,
 Y tanto se encontraron nuestros ojos,
 Que necesario traducir juzgamos
 En frases nuestros íntimos antojos:
 Que es la pasión escala
 Que empieza con suspiros y miradas,
 Y terminar en lo infinito anhela,
 Porque el deseo es ala
 Con que el humano pensamiento vuela
 Al paraíso encantado de las hadas

VI

Rompiendo ese silencio fatigoso,
 “¡Qué hermosa sois!” la dije, vacilando,
 —*I dont speak spanish*, respondiome,
 Con acento, aunque claro, tembloroso,
 Que toda mi esperanza disipando
 Turbado como a un neófito dejome.
Dark nighth, dark nighth! decía,
 Y yo, que sus palabras no entendía,
 Por más que concentraba el pensamiento,
 Dentro de mí sentía
 La ansiedad horrorosa del sediento.

A mirarla tornaba, y nuevamente
 Mi afán estimulaba su hermosura.....
 Era su blanca frente
 Color del azahar y del armiño;
 Sus ojos, blancos ángeles, cubiertos
 Con un azul ropaje transparente;
 De su rostro de nieve la tersura
 Dejaba ver en sus ligeras venas
 Circulando la sangre de las rosas;
 Sus manos, ramillete de azucenas,
 De caricias de niño
 La suavidad tenían icuán hermosas!
 Toda ella era un conjunto aglomerado
 De gracia y de belleza tan completo,
 Que pusiera en aprieto
 Aun de un cartujo el corazón helado.
 Formaron su figura tentadora
 Rayos de sol y lirios orientales,
 Las perlas de Golconda,
 De Australia los corales
 Y las rosadas tintas de la aurora.
 Mezclados en un vaso de alabastro;
 Pues tenía la inglesa
 De ojos de lago y cabellera blonda,
 Olor de flores y reflejos de astro.

VII

En un momento de íntimo abandono
 A estrechar me atreví su blanca mano;
 Y *¿Wat ist that?* me dijo en serio tono,
 Mirándome de un modo puritano
 Con ojos que decían "te perdono".
 Y yo, cediendo al aguijón interno
 Que mi pasión indómita hostigaba,
 En un momento de arrebató fiero
 —"Te amo, te amo",—la dije
 Mientras su rostro tímida apartaba,
 Murmurando *I love you* con voz de queja.
 —Si mi pasión te aflige
 No he de volver a importunar tu oído,

Pero ¡ay! a mi alma deja
Que se inunde en la luz de tu mirada;
Le contesté con eco dolorido.
¿You speak english? turbada
Me preguntó otra vez, y su lenguaje
Llegaba al oído mío
Cual voz del ruiseñor entre el remaje
O como el eco de apacible río.
¡Oh! cuánto hubiera dado
Por comprender ese sencillo idioma
Yo, que tan largo tiempo he malgastado
En aprender a conjugar los verbos
O a poner en su sitio un punto y coma.
¿Acaso es necesario
Para ver de las dichas el preludeo
Saberse de memoria el diccionario
O las cejas quemarse en el estudio?
¿Por qué Dios, que es tan sabio,
No le dió, como al ave bulliciosa,
Un idioma tan sólo a nuestro labio
Para poder decir cualquiera cosa?
Así reflexionaba mi deseo,
Y oyendo las palabras de la inglesa
Era mi labio, encadenado, presa
De la angustia mortal de Prometeo.

VIII

Pero la sangre hervía
Como lava volcánica en mis venas;
Mi corazón quería
Despedazar del labio las cadenas,
Y dije en castellano
Cuanto dice el amor que se desborda:
Pero ¡ay! todo fué en vano,
Cual si yo fuera mudo y ella sorda.
No dudo que mis ansias comprendía
Y mis amantes penas sospechaba,
Mas la misma pasión que nos juntaba
Una barrera entre los dos ponía
Corta, en verdad, pero, en verdad, inmensa.

Nuestros ojos hablaron
 Lo que la voz callaba,
 Y una mirada fué la recompensa
 De otra mirada ardiente;
 Y en ese mudo y pérfido embeleso,
 Hasta entonces por mí desconocido,
 En mis labios un beso
 Temblaba, como el ave que del nido
 Quiere tender las alas,
 Para volar al cielo de su boca.
 Al fin, fuera de mí, quise atrevido
 Tentar la realidad de mi ansia loca,
 Cuando el coche, de súbito parando,
 Despertar hizo al cura y a la tía,
 Que sus pies extendieron bostezando,
 Y límite impusieron a mi antojo
 Y pena a mi osadía.

IX

Ay! cuánto los maldije interiormente:
 Ay! cuánto me quejé de mi destino,
 Al ver llegado el fin de ese camino
 Que término ponía a nuestro viaje!
 Dí mi mano a la inglesa y a su tía
 Y a bajar ayudelas del carruaje,
 Mientras ella, *thank you* me repetía.
 No brillaba en el cielo ni una estrella,
 Ningún rumor lejano interrumpía
 De aquella noche la solemne calma,
 Sólo golpear mi corazón oía
 Y una aurora boreal miraba en mi alma.

X

Entramos al mesón, y en el momento
 De ellas me despedí, todo angustiado,
 Para ir a descansar a mi aposento.
 —“Que os vaya bien”—nos dijo la señora,
 Y se marchó; *forget me not*, la inglesa
 Murmuró dulcemente,
 De una inquietud innenarrable presa,

Al tenderme su mano encantadora
Que yo estreché ferviente
"Adiós, adiós", la dije, y a mi oído,
Never me contestó; *never*, tan triste,
Que su voz no era voz sino gemido.

XI

Noche de insomnio cruel! La noche aquella
Fué claro-oscuro de tormento y gloria,
En que la imagen de la inglesa bella
Ocupó por completo mi memoria;
Fijos el alma y pensamiento en ella,
No dí lugar al sueño, y cuando el alba,
Cubierta de fantásticos celajes,
Flotar dejaba en la montaña calva
Su luminosa túnica de encajes:
Fatigoso luchar, hondo letargo
Mi espíritu cansado sorprendieron,
Y postrado caí sobre mi lecho
En un marasmo intermitente y largo
Que consumió las fuerzas de mi pecho.



XII

Un torrente de luz que descendía
Sobre mi frente mustia,
Del crecimiento me anunció del día
Y del término, acaso, de mi angustia.
Acorrí con presteza
En pos de de mi amoroso desvarío,
Y volví a todas partes la cabeza
Sólo hallando la ausencia y el vacío.
Mi corazón dejando abandonado,
Ya la inglesa ideal, el amor mío,
Para nunca volver había marchado.

XIII

Conservé largo tiempo su recuerdo,
Aunque ignoraba su extranjero nombre;
Y pasaban los días y las noches,
Pero ella no tornaba, ni esperanza.

De su retorno había; y lo más cuerdo
Era olvidarla ya. Si olvida el hombre,
A la ingrata mujer también no alcanza
Esa ley del olvido y la mudanza?
Al fin la ausencia es médico que trae
Bálsamos, amuletos y conjuros
Para curar al alma que decae.
Mis ojos la juraron
Amor eterno, de su fe seguros;
¿Sus promesas violaron,
Y a ellos talvez se les dirá perjuros
Porque asimismo en otros se miraron?
Será infiel quien no cumple juramentos
Mudamente pactados, si en palabras
No ha vertido también sus pensamientos?

XIV

Ya que la lengua inglesa
Fué de mi mal motivo, he de ignorarla,
Pues, si con ella no he de hablar, me pesa
Desperdiciar mi tiempo en estudiarla.
Han pasado diez años de su ausencia
Never repite mi alma que se queja;
Y esa palabra amarga,
Que del inglés tan sólo he traducido,
Aun me dice al oído
Lo que toda esperanza que se aleja
A morir en el seno del olvido.

1884.

¡AY DE ELLAS!

I

Era Gabriela una vivaz morena,
De corazón ardiente
Y de alma soñadora, de amor llena,
Con algo de romántico en la frente.
Y era Gabriel un mozo casquivano,
Un don Juan venturoso y atrevido,
Que definía el corazón humano:
"Vaso del desamor y del olvido",
Y a la mujer: cántarida en mixtura,
Que nació para ser nuestra alegría,
A cambio de su propia desventura".

II

En actitud gallarda y noble porte
Gabriel una mañana cabalgaba
En brioso alazán, de larga cola,
Inquieto y corredor. Tras sí arrastraba
Las ardientes miradas de las bellas,
Que buscaban las suyas como norte
Del corazón magnetizado en ellas.
Lo vio Gabriela con curiosa instancia,
Y de ello al darse cuenta, el caballero
La saludó quitándose el sombrero
Con gracioso despejo y elegancia.
Luégo perdióse sobre el ágil potro
Mientras inquieta se ocultaba ella
Detrás de la tupida celosía,

Como pálida estrella
En el ropaje de la noche umbría.

III

Gabriel amó a Gabriela
Con la pasión voraz que el gozo anhela,
Y el alma de la virgen candorosa
Amó a Gabriel con el amor más puro.
Pero él tendió perjuro
Traidoras redes a su amada hermosa;
Y tras de largas noches, largos días
De luchas y porfías,
Ella novicia en amorosos juegos,
Del seductor astuto,
Al fin, cediendo a los ardientes ruegos,
De su inocencia en flor le dió el tributo.

IV

Las horas de ventura se seguían
Cual las ondas de un lago, y nuevamente
Otras y otras surgían
De uno y otro en la mente.
"Sólo el amor encierra
La posible ventura de la tierra;
Dichoso quien que lo siente
Y encuentra el galardón de lo que anhela":
Exclamaba en sus raptos de placeres
La ardorosa Gabriela,
Con la crédula fe de las mujeres.
Y Gabriel, embriagado
De Gabriela en las lúbricas miradas,
Correr dejaba a su amoroso lado
Las horas de delirio saturadas.
Mas pasan los momentos de alegría
Y luégo llegan siglos de amargura,
Como al final del día
Vienen las sombras de la noche oscura.
¿Quién sabe lo que dura
Un año de placer que no se cuenta?
Pero un mes es muy largo

Si se lo mide instante por instante
En el reloj del desencanto amargo:

V

Pronto llegó el olvido
Al alma de Gabriel, siempre inconstante,
Y se apartó por siempre el fermentido
De la mujer amante
A quien con su traición hubo perdido.
Nada valieron de Gabriela ruegos,
Ni promesas ni tretas ni acechanzas,
Para quien eran juégos,
De la mujer promesas y esperanzas;
Y en sus labios llevando
La mueca altiva del desdén profundo,
Siguió Gabriel buscando
Víctimas nuevas por el ancho mundo.

VI

Lloró ella su partida
Desesperada y loca,
Y la esperanza se apagó en su vida
Y la sonrisa en su purpúrea boca;
Volvió la vista en torno, de ansia llena,
Y vióse sola y pobre, condenada
A la horrible vergüenza de su pena.
La caridad la rechazó indignada,
El cielo no escuchó su amarga queja.
Y sintió el hambre, el abandono, el frío.....
Parece que Dios deja
A veces de su mano a sus criaturas
Y castiga de amor un extravío
Con perpetuos tormentos y amarguras,
Mientras el vicio sigue desbordado
Su carrera de triunfos orgulloso,
Y el lujo su dorada cabellera
Extiende por alfombra al poderoso.
Gabriel, feliz, no se acordó siquiera
De la mujer que le adoró rendida
Y a quien dejó por premio y por legado

Un dolor que llorar toda la vida;
 Y en el alma un borrón nunca lavado;
 Noble y rico y escéptico y valiente
 El mundo le incensaba;
 Bellísimas mujeres le ofrecían
 Su cariño inocente;
 Los salones sus pórticos le abrían,
 La sociedad sus vicios coronaba,
 Y envuelto en el brillante torbellino
 De nuevas ilusiones
 Paseaba vencedor por un camino
 Empedrado de amantes corazones.
 ¿Y Gabriela? ¿Y Gabriela? Su destino
 Fué amar y padecer. A la pendiente
 Del vicio fue arrastrada,
 Y el hambre, la intemperie y la miseria
 Su virtud acosaron tenazmente,
 Cual fruto amargo de maldad, echada
 Fué del mundo a la feria;
 Donde perdió su fe, donde postrada
 De espíritu y de cuerpo, largos años
 Luchó en el cieno con su propia angustia;
 Y al fin doblóse como planta mustia
 Al peso de tan rudos desengaños.

VII

Un sereno crepúsculo de estío,
 Cuando empezaba a navegar la luna
 Cual blanco cisne por azul laguna,
 Y gozosa la gente recorría
 De la ciudad las calles y las plazas;
 De repente se vió que aparecía
 Un fúnebre cortejo.
 Era un pobre ataúd, humilde y viejo,
 Que llevaban sencillos
 Obreros, de ruin porte y peores trazas.
 Al trémulo reflejo
 De unos pocos blandones amarillos.
 De pronto un coche en impetuoso arranque
 En esa dirección se precipita,

Y a los ciegos caballos desbocados
 No puede el dueño contener; le grita
 La gente; pero en vano; por el suelo
 Rueda el humilde túmulo en pedazos.....
 Y la luz del ocaso macilenta
 La muerta se presenta
 Con los cruzados brazos
 Como piedad rogando todavía.
 La vió Gabriel, y apenas se dió cuenta
 De que esa sombra inanimada y fría
 Era Gabriela, la morena airosa
 Que compendió su aspiración de un día.
 Y alejándose luego del cortejo,
 Le dijo así al oído
 A la preciosa rubia, que venía
 En el coche con él, como en un ruido:
 "Qué encuentro tan casual! Recuerdo ahora
 Que de gracia y amor era un conjunto,
 Aquella pobre chica encantadora,
 Tan tonta y tan sencilla que ni un punto
 Dudó jamás de frases y promesas".
 Y mientras el crepúsculo, a lo lejos
 Borrando iba las cosas y los seres,
 Se esfumaron también los dos cortejos
 Emitiendo contrarios pareceres.

VIII

En un salón espléndido do brillan
 El buen gusto y la holgura,
 Al fulgor de cien lámparas que humillan
 Del día la luz pura,
 Así dice Gabriel a esa risueña
 Rubia de quince abriles,
 Que ama el placer y en los placeres sueña:
 "No pienses que esa imagen me contrista
 Cuando tengo a tu lado cuanto quiero;
 Esa fué una conquista
 De quien no me he acordado un siglo entero.
 Mira lo que me escribe:
 Ese amor de novela



Le costó caro a la infeliz Gabriela.
 Y, pues ella no vive
 Ni tiene su aflicción algún remedio,
 Te regalo su carta a que la leas,
 Mientras voy al Casino
 A disipar de su recuerdo el tedio
 Y sacudir estúpidas ideas."

IX

Y la rubia, que sueña en los placeres,
 Abre la carta ansiosa
 Y de principio a fin la lee, nerviosa
 Con la curiosidad de las mujeres.

"Bien conozco, Gabriel, que es importuna
 Para el placer la voz del sufrimiento;
 Culpo de tanto mal a mi fortuna
 Y mis lágrimas lloro y no las cuento".

"Mi muerte se aproxima, y al romperse
 De mi pobre existencia las cadenas,
 A mi memoria déjala volverse
 De lo pasado a recorrer las penas".

Como nadie te amé, mas tú en mi pecho
 Vertiste tanta hiel que más no cabe,
 Y a recordarte el mal tengo derecho
 Que tú olvidas, yo siento y Dios lo sabe".

"Tu ingratitud me despeñó al abismo
 Y me legaste el vicio por herencia;
 Si no tienes vergüenza de tí mismo
 Es que el placer ahoga a la conciencia.

"Voy a exhalar el último suspiro
 De un mísero hospital en lecho inmundó:
 Vuelvo ansiosa mis ojos, y no miro
 A ningún sér de los que amé en el mundo".

"¡Qué triste soledad! Hay en mi estancia
 Un lujo de miseria que da espanto;
 Ya ni mi madre, el ángel de mi infancia
 Vendrá a secar las gotas de mi llanto".

Ella murió de pena cuando supo
De su hija el deshonor y el sufrimiento;
También, Gabriel, la humillación te cupo
De amargar de mi madre el pensamiento.

“Hermosura y virtud por tí he perdido,
Y muero en el dolor y el abandono;
Pero, a mi vez, como mujer, olvido
Tu olvido y tu traición, y te perdono”.

“Tú me enseñaste a amar, tú el inefable
Consortio de las almas, tú la dicha,
Y aunque fuiste después tan implacable
No borró mis recuerdos la desdicha”.

“Ya la razón me falta, ya la vida
Se extingue como flor bajo la escarcha;
Es esta la postrera despedida
De la que en pos de su descanso marcha”.

“Cuánto desprecio por el mundo sobra
Cuando la muerte la mirada empaña!
No engañes, no, Gabriel, no sabes la obra
Que cumple el vil que a la inocente engaña”.

“Tú fuiste de mi vida en la carrera
La cruz que en su calvario se derrumba;
Adiós, Gabriel, adiós; sé tú siquiera
Quien coloque la cruz sobre mi tumba”.

X

Quedóse pensativa Magdalena
Al concluir de la carta la lectura,
Porque pensó con pena
Que le esperaba acaso

De Gabriela la misma desventura;
Pues, si el hombre inconstante a cada paso
De sus antiguas víctimas se aparta
Va otras nuevas buscando, y otras y otras.....

.....
.....
Y de sus manos se escapó la carta,
Y exclamó sollozando “Ay de nosotras!”

(1889)



TRASMIGRACION DE UNA ALMA

I

Se anuncia el alba entre impalpables velos;
Mil nubecillas de oro,
Plata y ópalo y grana
La inmensidad esmaltan de los cielos.
Apareció risueña la mañana,
Ornada de su espléndido atavío,
Y al dulce soplo de aromada brisa
Cayó de la diadema de su frente,
Cual diamante, una gota de rocío,
Que reflejó indecisa
Los cambiantes del Iris del Oriente.

II

En la hondonada de feraz pradera,
Que cubre de azahares y mimosas
El hálito de eterna primavera,
Hay un bello jardín. Con sus olores
Sueñan las mariposas,
Que, la flor al besar, mueren de amores.
Fantástico jardín, que Edén semeja
De almas predestinadas
De encantadoras rubias y morenas,
Que fueron con la muerte transformadas
En lirios y azucenas,
Y a quienes llega la sentida queja
Que las ondas del río
Les mandan con el aura vespertina.
La gota de rocío,

Que descendió de la mansión divina
Cual lágrima de un ángel temblorosa,
Buscó el jardín de la feraz pradera,
Y en un botón de rosa
Se escondió como amante prisionera.

III

Rompió su cárcel el botón ufana,
En todo el esplendor de su belleza,
La rosa, del jardín la soberana,
Movió como una Reina su cabeza.
En cántico sonoro
Las aves a la rosa saludaron
Y su amor la juraron,
Al par de mariposas, picaflóres.
Pero es corta la vida
Que dió el Hado a las flores,
Y la rosa inocente, combatida
Por la gélida escarcha de la noche,
Plegó sus blandas hojas,
Evaporó su olor, cerró su broche
Y murió entre suspiros y congojas

IV

De la flor el espíritu, trocado
En rumorosa brisa,
Volaba sobre el campo desolado
Por las brumas de invierno,
Cual, por rostro que sufre, la sonrisa,
Murmurando de amor un jayl eterno.
Ella el jardín magnífico agitaba,
Teatro de sus fugaces ilusiones,
Y las flores marchitas arrullaba
Recogiendo sus pétalos caídos,
Cual sueños de apenados corazones.
De la brisa la mística tristeza
Se exhalaba en gemidos,
Que llegaban del bosque a la maleza
A acuitar a las aves en sus nidos.

V

Y la brisa fugaz de la llanura,
 Que al ver marchitas del jardín las galas,
 Muertas fragancias y ecos de tristura
 Conducía en la sombra de sus alas;
 Quiso ganar la altura,
 Y al disiparse en impalpables ondas
 Fué en ruiseñor del bosque convertido,
 El cual conmueve las salvajes frondas
 Con la canción eterna de su vida.
 Cuando la esquiva luna,
 Sutil lluvia de plata
 Sobre el regazo de la noche bruna
 En manojos fantásticos desata,
 El ruiseñor amante
 Se baña en la luciente catarata
 De sus pálidos rayos,
 Y entona palpitante
 Sus íntimos, armónicos ensayos,
 Que lleva el eco al ruiseñor distante,
 Causa de sus querellas.
 En tanto, hablan de amores,
 Con los lagos las tímidas estrellas,
 Con el viento las flores,
 Con sus ingratas bellas
 Los dulces trovadores.....
 Halló una tarde el ruiseñor, vacío
 El nido de su amor: nostalgia y pena
 Le hirieron de tal modo
 Que sucumbió de frío,
 De ese frío interior que el alma llena
 Y todo seca y lo destruye todo.
 El fuego del amor, que el alma imanta,
 Es ley universal que al mundo rije,
 Y al hombre, al ave, al árbol, a la planta,
 La soledad del abandono aflije.

VI

El alma angelical del ave muerta
 Luégo encerróse en una niña pura,

Que a la vida despierta
Trayendo por ropaje la hermosura.
Los años de la infancia
Se van de su existencia
Sin que se desvanezca esa fragancia
Que esparcen la virtud y la inocencia.
Quince años cuenta la gentil Lucila,
Y soñando con ángeles y flores
No van a despertar su alma tranquila
Con caricias de fuego los amores.
Las formas tiene de una estatua griega,
La actitud de una diosa,
Y cuando marcha, riega
Una como aureola luminosa.
Sus grandes ojos negros de sultana
Usurparon al sol su poderío,
Pues producen, abiertos, la mañana
Y, cerrados, la noche. Cual rocío,
Que tífida en la flor de las montañas,
Tiembla a veces cautiva
Una lágrima tierna en tus pestañas,
Si acosan a Lucila pensativa
Imágenes extrañas,
Visiones de otro mundo, que su mente
Recuerda cuando sueña,
O cuando escucha, orillas del torrente,
Del ruiseñor las notas musicales.
El picarillo Amor pintó sus labios
Con sangre de granadas y corales
Y guardó amante en ellos
De nacaradas perlas dos sartales.
Son sus negros cabellos
Cascada de azabaches luminosos
Que caen en tropel sobre su espalda
Como crespos torrentes espumosos
Del monte por la falda.
Mas Lucila no ama
Con la locura del amor terreno,
Pues de ignorada llama
Su joven corazón rebosa lleno.

Hay misteriosos seres,
 Arcángeles proscritos,
 Que miran de la vida los placeres
 Como causas de penas y delitos.
 Sueñan ciertas mujeres
 En cosas tan ideales,
 Que hacen pensar en almas trasmigradas
 Por artes o celestes o infernales,
 Si fijan en nosotros sus miradas.
 ¿Quién de Lucila el corazón penetra,
 Si por ley implacable de los Hados
 El que sensible su piedad impetra
 Lloro después desdenes y cuidados?
 Ella a un amante misterioso espera,
 Que ha forjado su loca fantasía;
 Y el amante no llega, y desespera
 Cada vez que en ocaso se hunde el día.
 Inmortal desterrada,
 Que sueña con quimeras de otro mundo,
 Y tiene el alma de dolor llagada
 Porque no alcanza su anhelar profundo.
 Su vida se consume
 Entre ocultos, monótonos latidos,
 Perdiendo su frescura y su perfume.
 Y Lucila agoniza suspirando
 Padeciendo y cantando,
 Como las dulces aves en sus nidos.
 Corta es siempre la vida de las flores.....
 Matando ella de amor, muere de amores,
 Y se duerme en el seno de la muerte
 Como un astro que apaga sus fulgores.

VII

De la mujer el alma es armonía:
 El cuerpo inerte de Lucila yace
 Bajo la piedra fría,
 Al amor de la sombra
 De un lángido ciprés, que con sus ramas
 Cubre la verde alfombra
 Que viste el Camposanto.

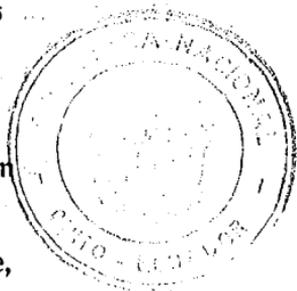
Pero vuela su espíritu a la altura,
 Convertido de amor en dulce canto,
 Que se riega en el viento;
 Y de Lucila el alma es trasmigrada
 En un himno que cruza el firmamento.

VIII

Las notas de aquel himno, en los espacios
 Por supremo poder cristalizadas
 En diamantes, zafiros y topacios,
 Cual lágrimas de luz, fueron trocadas
 En fantásticas nubes,
 Que extendiendo sus alas de colores
 Se perdieron cual coro de querubes
 En ese mar azul de resplandores.
 La frente de la aurora ellas cubrieron
 Con su velo de encaje,
 Al pálido crepúsculo vistieron
 De sus sombras de luz con el ropaje,
 Y por la noche, al fin, desaparecieron.

IX

Las nubes apiñadas
 Convirtiéronse en una solamente,
 Y fueron transformadas
 En la pálida estrella de Occidente
 Que derrama fulgores y consuelos.
 Desde ese fondo azul Lucila mira,
 Y quien alza los ojos a los cielos,
 Preso de ignoto amor, sueña y suspira.
 ¿No es verdad que son almas de mujeres
 Que soñando inocentes parpadean,
 Aquellos astros niños,
 Que el corazón saetean
 Con chispas de esperanzas y cariños?
 ¡Oh, mujeres, que sois en nuestra vida
 Flores y nubes, pájaros y estrellas;
 De amor el alma henchida
 Llevan los hombres, porque sois tan bellas,
 Tan sensibles, tan puras,



Que vais dejando luminosas huellas
 Como el astro que vive en las alturas!
 Dejad que a vuestro paso
 Os corone de rosas y azucenas,
 Y viendo las estrellas del ocaso
 Les cuente a vuestro nombre nuestras penas.

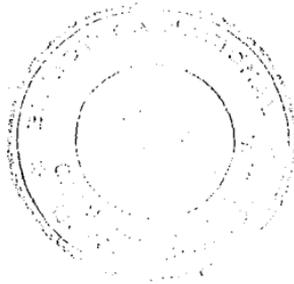
X

Tiene tanta miseria nuestra gloria
 Pero tanto poder nuestra miseria,
 Que la flor más fragante y peregrina
 Se ha formado del cieno y de la escoria.
 La fecunda materia
 El bien y el mal en confusión recibe,
 Para formar los seres y las cosas
 Que empieza y que termina,
 Y hay gérmenes de muerte en lo que vive
 Y gérmenes de vida en lo que muere.
 En mil combinaciones ingeniosas
 La ley de perfección al mundo hiere;
 Todo marcha sin término cambiando,
 Y van cada momento
 Nuevos seres y cosas germinando.
 ¿Quién no creará las sólidas razones
 En que apoyo lo cierto de mi cuento,
 Cuando hay transmigraciones
 Hasta en el mismo humano pensamiento?
 La gota de rocío
 En rosa se cambió, la rosa en brisa,
 La prisa en ruseñor del busque umbrío;
 El ruseñor en niña cuya risa
 Y cuyos ojos lo inmortal reflejan;
 La mujer, en un himno de ternura,
 El himno, en nubes que en tropel se alejan
 A cambiarse en la estrella de la altura.....
 Volvióse al cielo, al fin, su patria cara,
 Porque del cielo vino,
 Aquella alma tan pura
 Que en todos los objetos que animara
 Dejó las huellas de inmortal destino.

XI

La lágrima fugaz del amor mío,
Que brotó en horas de ventura suma,
Fué la fecunda gota de rocío
De donde nació *Ella*,
Cual Venus de la espuma:
Lágrima trasmigrada y convertida
En la divina, solitaria estrella
Que aclara el horizonte de mi vida.

1885



LA FEMENIL DIABLURA

I

De discreta te precias, Carmelina,
Pero mujer, al cabo, eres curiosa,
Y me exiges, a título de hermosa,
Que el corazón de la mujer defina.
Cumplo el mandato, pero
Como habla cada uno de la feria.....
En tu pecho clavar temo una espina.
Que no reveles el secreto quiero,
Porque no me conviene
Que se entere talvez de la materia
Cierta joven lectora, que me tiene
De amor en lances por persona seria.

II

Mas ¿qué puedo decirte
Que no lo hayan escrito otros autores,
Si corazón y amor dicen lo mismo,
Y en asunto de amores
Es la mujer impenetrable abismo?
Confuso y embrollado,
Voy recorriendo el áspero terreno,
Como quien dice el campo de batalla,
Y me siento ya casi derrotado.
Pero tú me lo mandas, y sereno
Hago de tu querer cota de malla,
Y como buen soldado,
Echo el temor a un lado,
Y en tan ardua materia entro de lleno.

III

Yo soy, aunque callarlo me conviene,
En asuntos de amor supersticioso,
Y creo que es Cupido un diablo hermoso
Que, por matar el tiempo, se entretiene
Cazando corazones masculinos
Con el arco de flechas luminoso
Que le prestan los ojos femeninos.
Mas no quiero explicarte
Mi opinión sobre el punto,
Antes de revelarte
La de un sabio oriental en el asunto.

IV

En el fondo de antigua biblioteca,
Cubierto con el polvo de los años,
Como leña reseca,
Encontré un manuscrito
En signos cabalísticos y extraños,
Y aun impregnado de morfina y opio.
Era tan raro escrito
Del corazón de la mujer la historia,
Que letra a letra copio
Y así la recomiendo a tu memoria.

V

“Cuando Dios creó al hombre,
Dicen que a imagen suya y semejanza,
(Aserción que no creo,
Porque el Señor es la beldad suprema
Y nosotros tan sólo el sexo feo),
El diablo, que perdía la esperanza
De hacer sobre la Tierra de las suyas,
Bailó un cancán de gusto
Y aun dicen que cantó cuatro Aleluyas;
Y como siempre ha sido tan ladino,
Malicioso y bizarro,
En un momento en que el Creador divino,
Absorbido y distraído, no sabía
Si bigotes y barba a Adán pondría,

El, con la punta de la larga cola,
 Robóle un poco del divino barro
 Y lo ocultó, con rápida cabriola.

VI

El hombre en el Edén, de arriba abajo:
 Se paseaba abstraído y cabizbajo,
 Y no encontrando de distraerse el medio,
 Bostezaba de tedio,
 Tendido a lo haragán como un cualquiera.
 Mas Dios, por procurarle algún trabajo,
 Le quitó una costilla,
 Y de ella le formó una compañera,
 Para así entretener sus ratos de ocio.
 A él agradóle el cambio a maravilla,
 Y aun preferido hubiera
 Hacer por diez costillas el negocio.
 El demonio rabiaba
 Porque Adán, de su esposa enamorado,
 Otra cosa no hacía,
 Que abrazarla y besarla todo el día,
 Lo mismo que otros muchos animales,
 Que se daban idénticas señales:
 De mutua admiración y simpatía.

VII

Pasó de la Creación toda la gesta,
 Y a descansar Nuestro Señor se puso:
 En una larga, bien ganada siesta.
 Luzbel, que no es de entendimiento obtuso,
 Y ocasiones propicias acechaba
 Para hacer daño al hombre,
 Y en él a cuantos múltiples Adanes
 El porvenir guardaba,
 Aprovechando el sueño del Eterno
 Quiso atrevido ejecutar sus planes.
 Una tarde en que hallábase escondido
 Tras del feraz manzano,
 Al cual era seguro acudiría
 La hermosa madre del linaje humano,

(Sólo por ser el único prohibido);
La vió que andaba sola,
Pensando distraída si algún día
Vendrá a turbar su soledad un yerno.
El diablo, con la cara satisfecha,
Muy bien peinado y reluciente el cuerno,
Vueltas se puso a dar en su contorno,
Moviendo inquieto la lanuda cola
Cual lobo hambriento que a la oveja acecha,
Hasta dejarla inerte, hipnotizada.
Sacó entonces la arcilla
(Guardada para el caso ya previsto)
Y un corazón con ella fabricando
Ejecutó lo mismo que había visto
Hacer a Dios, de Adán con la costilla.....
Y con la fatuidad de los histriones,
Gozó el placer nefando
De esa sustitución de corazones.

VIII

Antes de que Eva a despertar volviera,
El siniestro Satán abrió la boca
Y así la apostrofó: "Si yo te arranco
El corazón, mujer, no es porque quiera
Quitarte del amor el ansia loca;
Te lo cambio con otro que es mi hechura,
El uno era tan sólo un libro en blanco,
Este va escrito con mi mano impura;
Dios vence sólo cuando el hombre duerme,
Pero, si duerme Dios, el diablo gana.
Eva infeliz, en mi poder ya inerme,
Que inocente y ufana
A Dios tan sólo con placer veías,
Ya sentirás al despertar mañana
Con los ciegos impulsos del pecado,
De la pasión las rudas tiranías.
Te olvidarás de Dios y el solo dueño
Seré del corazón que te he formado.
Y si *El*, desde el Empíreo al despeñarme
Me quitó del amor el sentimiento,

En cambio, al adueñarme
 Del femenino corazón, cumplida
 Encuentro mi venganza,
 Pues en el cielo del amor humano
 Del infierno hallarás todo el tormento;
 Yo haré de la esperanza
 La eterna pesadilla de la vida;
 Ya te tengo en mi mano,
 Obra de Dios, por Satanás vencida”.

IX

Rabias de amor, delirios insensatos
 El corazón de la mujer movieron;
 Del deleite en los locos arrebatos
 El hombre y la mujer se estremecieron.
 Olvidó Adán la prohibición divina
 Y, del Edén proscrito,
 Saboreaba con ánima felina
 La voluptuosidad de su delito;
 Y, más y más del hombre enamorada,
 Exhala así de su pasión el grito,
 Del Edén la sublime desterrada:
 “Si la culpa me echó del Paraíso,
 No he de llorar su pérdida intranquila,
 Porque un Edén más bello yo divisó
 Al verme retratada
 En el cristal azul de tu pupila.
 ¿Qué vale lo perdido, comparado
 De delirante amor con los excesos,
 Si dichosa a tu lado
 Mi alma su sed apaga con tus besos?
 ¿Cómo no delinquir si el Creador mismo
 A tí te hizo de arcilla?
 ¿Y yo qué soy? la carne de tu carne,
 Parte de tu costilla.
 Yo, Adán, no me arrepiento,
 Pues, si al Edén tornara,
 La pasión se impusiera al sentimiento
 Y de nuevo pecara.

Al fin, ¿qué hemos perdido? Una existencia
Que ya nos aburría,
Pues un bien inmutable es en esencia
Sólo monotonía:
La variedad engendra a cada hora
La sed de la esperanza,
El hambre del deseo;
Y del bien y del mal la ruda ciencia
Sólo el amor alcanza,
Pues tiene la cien formas de Proteo.
Al corazón, que es fuente de la vida,
A todas horas la pasión encanta
Y es la mujer más grande, redimida
Por la fe del dolor que la levanta.
No llevamos el alma ennegrecida
Cual Luzbel por el odio que envenena;
El no puede ya amar, lleva consigo
El corazón petrificado y muerto,
Y ante la magnitud de su castigo
Que soy feliz advierto”.
(Eva no sospechaba
Que ya cambiado el corazón llevaba)
“Mientras los dos felices nos amamos
En eterno embeleso,
Del mundo las tormentas conjuramos
Con el rayo de un beso.
En el campo de abrojos inclemente
Que Dios dejarnos quiso,
Fabrica con deseos nuestra mente,
Más bello cada hora, un paraíso.
Mientras exista del amor humano
La fiebre abrasadora
Pronta para ofrecerte está mi mano.
Del deleite la copa embriagadora.
Yo siento en mi interior algo que rompe
Del alma las estrechas ligaduras
Con que Dios la ha ajustado,
Porque el amor es carne y se corrompe
Sin la sal deliciosa del pecado”.
E, igual al hierro que el imán atrae,

La madre de los hombres bambalea
Y en los brazos de Adán como ebria cae.

X

“Bien está, bien está, dijo el demonio:
Te quiero así, mujer, tu pecho es mío;
Yo alteraré la paz del matrimonio
Y enturbiaré de la inocencia el río;
Si Dios es el Señor del Universo,
Son míos el dolor, el mal, la culpa,
Y con ellos su imperio desafío.
Ya lo mismo dirán, en prosa o verso,
Los millones de seres
De instinto bajo y natural perverso
Que ese pequeño corazón de lodo
Irá haciendo brotar; ya el Universo
Me pertenece todo,
Porque desde hoy son más las mujeres”.

XI

Va sabes el origen que atribuye
Aquel sabio de Oriente
Al corazón de la mujer, formado
Por Dios, y por el diablo reformado.
Para la humanidad esa es la fuente,
De donde el mal a borbotones fluye
Mezclándose del bien con los raudales.
Entre humana y divina,
Acosada de instintos desiguales,
Toda mujer camina,
Convirtiendo los prados en eriales,
Y volviendo a sembrar en la ruina
Con un soplo de amor nuevos rosales.

XII

Pero si yo he de hablarte con franqueza.
No creo a pié juntillas
En la oriental leyenda, o mas bien, cuento.
Cual todo hijo de Adán, de la belleza

He sentido el encanto y el tormento.
 Estático he caído de rodillas
 Ante algunas morenas seductoras
 O rubias de atractivos singulares:
 Unas y otras pudieran triunfadoras
 Figurar con ventaja en los altares.
 Han llenado mis horas
 Con placeres y glorias y pesares,
 Haciendo de mi vida
 Una tela escocesa
 De pasión y de amor entretejida.
 No soy, pues, imparcial ni serlo puedo,
 Entre tantos opuestos pareceres;
 Pero el mío, esta vez, tímido oculto,
 Pues de ofender a alguna tengo miedo.
 A mí, que ángeles son se me figura,
 Dignas de eterno culto,
 Aquellas que quisimos en la tierra,
 Pues no concibo el cielo sin mujeres,
 Sin *Ella* sobre todo:
 Y ¿quién no tiene una *Ella* en quien encierra
 Su esperanza y su gloria,
 Cuya imagen de su alma es el arcano
 Y la eterna obsesión de su memoria?
 Perdona este discurso mahometano
 Y confiesa conmigo
 Que, hombre o mujer, en el amor condensa
 Su vida toda el corazón humano;
 Porque si el hombre a la mujer amada
 Consagra toda su pasión intensa,
 En la mujer también hay escondida
 Esa chispa celeste endemoniada,
 Que un hombre hace brotar con su mirada
 Y produce el incendio de la vida.

XIII

"El corazón de la mujer es fuente
 Donde se mira Dios, y el hombre en ella
 Por virtud del amor se purifica";
 Decir oí a una bella,

Que esa frase elocuente
 Con su mirada centellante explica;
 Y en mí quedó grabada íntimamente
 La sentencia profunda,
 Porque si es ella redención del hombre,
 Con la calumnia torpe se la mata,
 Si de liviana y débil se la trata.
 No encuentro el propio nombre,
 Digno de aquel osado
 Que, víctima talvez de una derrota,
 A la mujer de frívola ha tachado.
 En esa clara fuente Dios se mira
 Cuando reposa en azulada calma,
 Mas si el diablo la enturbia y alborota
 Muy fea debe en ella verse el alma.

XIV

"El corazón de la mujer es llama
 De satánica hoguera,
 Que devora y destruye y se derrama
 Cual maldición sobre la tierra entera";
 Oí exclamar a un sabio
 Que en el silencio y soledad se abriga
 Para llorar un femenino agravio;
 Y me quedé al oírle pensativo,
 Pues, siendo la mujer nuestra enemiga,
 ¿Por qué el hombre, insensato,
 Rendido ante sus pies, amor mendiga
 Y besa del esclavo las cadenas?
 Por qué de la pasión el arrebato,
 Que en su mente es ciclón, lava en sus venas,
 Quiere hacerle arrancar irreverente
 Una estrella inmortal para su frente?

XV

"El corazón de la mujer es lira,
 Que bien o mal resuena
 Según la habilidad del que la toca,
 Y el mundo anima cuando alegre suena
 O estremece las almas si suspira";

Me dijo una ocasión cierta hada buena,
Que, a fuerza de querer, se volvió loca.
Que es divino instrumento,
Nadie podrá negarlo,
De los que rinden culto al sentimiento
Y saben hábilmente manejarlo.
Mas si alguno denígralo y afea,
Es porque quiso con afán villano
Poner su impura mano
En lira que al espíritu recrea.
¿Cómo un pobre jayán, digno de enjalma,
De esa cosa celeste,
Hecha con fibras íntimas del alma,
De terrura arrancar podrá una nota?
Con músicos como este
Será la lira una guitarra rota.
Mas volved la mirada a la infinita
Región de las auroras,
Preguntad a Abelardo y a Romeo
Y a toda esa legión cosmopolita
De seres escogidos,
Que quemaron sus alas soñadoras
En la hoguera infinita
Del inmortal deseo:
Y os dirán, de ternura poseídos,
Que el alma femenina es la armonía
Que cual banda de pájaros ufana,
Va despertando la materia inerte,
Y que su dulce acento todavía
Suena a través del tiempo y de la muerte.
Ellos dirán que la existencia humana
Tejada está por la pasión entera,
Que lo que es esperanza en la mañana
Será en la noche desengaño helado;
Ellos dirán que en la áspera carrera
De todo sér, lanzado
Hacia la eterna y última barrera,
Sólo el amor suaviza nuestros duelos;
Sólo el mirar de la mujer amada
Disipa en nuestras frentes toda bruma,

En nuestros corazones los recelos
Y en nuestras almas el dolor que abruma.

XVI

Con espontánea ingenuidad confieso
Que de tan encontradas opiniones
Me rindo humildemente bajo el peso.
¿A quién debo creer en este caso,
Si la mujer al hombre echa la culpa,
Y él, por salir del paso,
Encuentra a todo trance una disculpa?
La amarga reflexión se inclina al sabio,
Que se encerró a llorar su fe perdida
En las tristes murallas de un convento,
Los ojos sin mirar, sellado el labio.
Pero pregunto al corazón, y dice
Que la mujer es la ilusión querida,
La perpetua razón del sentimiento,
Y quien osado a la mujer maldice
No conoció a la madre de su vida.

XVII

Ya puedes, Carmelina,
Tomar el parecer que más te guste
Respecto a la ternura femenina,
Pues todos son de fuste.
Pero el mío, el que pido
Grabar en tu alma con buril de fuego,
Te lo diré al oído:
*"Te amo y a tí mi pensamiento entrego,
Pues sólo desearía,
Que tu opinión coincida con la mía".*

1908

EL LIBRO DE MEMORIAS

Aunque don Carlos sin cesar corría
A caza de aventuras y de amores,
Muchas veces sentía,
En lugar de inquietudes y temores,
Cansancio del placer que, al fin, bastía;
Quien no ama a una mujer, a una tan sólo,
Encuentra en el amor de las mujeres,
Al cabo, tedio y dolo,
Pues dejan, cuando pasan, los placeres
Fosforescentes huellas,
Cual en la mente del que queda ciego,
Como flores de fuego,
Titilan por sarcasmo las estrellas.

En un secreto *Libro de Memorias*,
Que a todos sus amigos ocultaba,
Cuidadoso Don Carlos apuntaba
Sus conquistas, sus planes y sus glorias.
Al capitoso olor de esas historias
Reviven los recuerdos de su vida,
Y mientras llenan locos devaneos
Sus horas de continuas venturanzas,
Mujer a su redor las desconfianzas,
Porque siente, olvidado
Del bien perdido, en el placer colmado,
Más delirios y menos esperanzas,
Y mientras duda más, menos deseos.

De ese inédito libro los capítulos
 Refieren de su vida los percances,
 Y en separados títulos
 Do los nombres se ven de Magdalena,
 Laura, Débora, Elena,
 Y otras más de ese *santo* Calendario,
 Cuenta Carlos sus lances,
 Y llama a cada historia:
 Un girón arrancado a su *Memoria*.

Magdalena.

Cursaba yo Retórica en el aula,
 Y al estudiar la bella poesía,
 Como el ave escapada de su jaula,
 Volaba mi ardorosa fantasía
 Por el llano y el monte,
 Y en el azul del cielo se perdía
 Buscando el más allá del horizonte.
 De la niñez los años
 Pasaban poco a poco,
 Y deseos y vértigos extraños
 Iban mi corazón volviendo loco.
 Un instinto secreto
 Me impulsaba del arte a las creaciones,
 Y muchas veces esboqué un soneto
 Al margen de algún libro de lecciones.
 Un día, que recuerdo con ternura,
 Y que indeleble en mi memoria dura,
 Yo penetré en el templo.....la mirada
 De Magdalena se fijó en la mía,
 Y cual la flor al despuntar la aurora
 Latió mi corazón tan de improviso,
 Cual si una voz interna le dijera:
 "Ya la puerta se abrió del paraíso,
 Ya amaneció: de despertar es hora"
 Sentí que ella elevaba
 Una oración ferviente,
 Que hasta el altar llegaba
 Como oloroso incienso reverente.

Y yo recé.....sus preces y las mías
Me pareció que al cielo se elevaron
Cual de un laud dos suaves armonías
Y ante el Señor en una se mezclaron.....
Esa era entonces mi opinión sencilla,
Convencido que Dios un libro lleva,
Desde su eterna silla,
En donde marca en el *Haber* y el *Debe*
Todas las amorosas travesuras,
Que del mundo en la prueba
Practican diariamente sus criaturas,
A quienes su poder sacó del caos
Y les dijo: "*creced, multiplicaos*".
Desde aquel día en que cual luna llena
Apareció en mi cielo Magdalena,
La amé con el respeto
Y la ternura del primer cariño,
Y en el sencillo corazón del niño
Abrió sus alas el primer secreto.
El mundo se tiñó con los colores
Del bien y la esperanza
Y sobre él, en la eterna lontananza,
Brillaban del amor los resplandores.
Era un Edén la vida,
Lleno de luz, de cantos y de flores,
Y era alma de mi alma
Esa mujer querida.
Fué mi pasión tan tímida aunque ardiente,
Que nunca, nunca me acerqué a su lado,
Ni escuché una vez sola
Su acento enamorado.
La pasión, que bullía interiormente,
Se desbordaba en llanto
Sobre mi propio corazón, cual ola
De airado mar sobre su mismo seno.
Los ojos nuestros, de indecible modo
Se hablaban desde lejos,
Y nuestras almas se contaban todo,
Al mezclar las miradas sus reflejos.
¡Sueños de niños, vírgenes quimeras

De mi feliz adolescencia pura,
Que un tiempo fuisteis el delirio mío
Y encerrasteis mis glorias verdaderas;
Ay! con cuánta amargura
Y afán estéril os recuerda ahora,
Quien lleva el negro hastío
Cual víbora enroscada en sus entrañas,
Quien ya no puede creer, quien ya no llora!
Hojas secas, zarzales, espadañas,
Han cubierto ese lago
Que del cielo los astros reflejaba,
Y por el cual mi corazón surcaba
De las brisas de amor al dulce halago.
Un año, nada más, mi pensamiento
Vivió de la ilusión de Magdalena,
Y la olvidé por siempre, en una loca
Pasión arrebatado, cual la humilde
Hoja de otoño, que ceñudo viento
Del viejo tronco a su pesar disloca,
Para cubrir los últimos despojos
De muerta primavera.....
Y pasó esa mujer ante mis ojos
Como la imagen de mi edad primera

Laura.

Era Laura una chica de alma inquieta,
De cuerpo ardiente y corazón de hielo;
Encantadora y frívola coqueta,
Que enfermaba a los hombres de desvelo;
De nacarada tez, labios de grana,
Flexible talle y ojos de vampiro:
Bello ejemplar de la mujer liviana,
Que con gracia indecible y suaves modos
Encadenaba a todos
Como la más experta cortesana.
El tímido rumor de su suspiro,
La magia de su voz, la fugitiva
Chispa de su mirada, que cual rayo
Estallaba en el ánima cautiva;

Todo en ella era imán, todo recreo.
¿Quién no la amaba, quién, si era el emblema
Del ardiente deseo,
Que, instigado de hambriento devaneo,
La mente abrasa y las entrañas quema?
Mi juvenil espíritu bebía
Inspiración y luz y vida en ella;
Era mi pensamiento, mi esperanza,
Y ella, con lengua falsa, me ofrecía
Amarme de igual modo. Era tan bella
Y con tal arte su pasión fingía,
Que jamás concebí la desconfianza
De que albergar pudiera su hermosura
Una gota de hiel ni de falsía;
Con mi sensible corazón, perjura,
Esa mujer jugó. Quien haya amado
Con el santo delirio
Del cariño más puro y abnegado,
Ese quizás comprenderá el martirio
Que torturó mi pecho enamorado
Y cambió en un desierto
El panorama alegre de mi vida,
Antes de flores y de luz cubierto.
El primer desengaño
Que causa al alma una ilusión perdida,
Es tan triste, tan frío, tan sangriento,
Que deja siempre un incurable daño.
El loco pensamiento
Desvanecerse mira hechos girones
Sus castillos formados en el viento,
De do vuelan en raudos remolino,
Cual enjambre de abejas,
Las del amor dulcísimas visiones
Vertiendo llanto y exhalando quejas.
Halleme de repente
Sin brújula, sin plan y sin destino;
En mi abrasada mente
Prendió el delirio sus mortuorias teas
Cuyos tristes reflejos alumbraban
Cual cadáveres fríos mis ideas.....



Me aparté de su lado,
 Pero llevaba el corazón llagado,
 Mientras risueña conquistaba ella
 Del amor en la lid nuevos trofeos
 Y otras nuevas victorias.
 ¡Era tan seductora, era tan bella,
 Que sus pasos seguían los deseos,
 Hidrópicos de goces y de glorias!
 Quise olvidarla para siempre, herido
 Del desamor de su alma,
 Y sobresalto hallé buscando olvido,
 Y tedio y sinsabor en vez de calma.
 Sus ultrajes mi espíritu indignaban,
 Huía de su lado enfurecido,
 Pero sus ojos garzos acosaban
 Mi corazón do quiera
 Como buitres hambrientos
 Al cordero perdido en la pradera,
 Que llena el aire vago con lamentos.
 Pedí consejo a astrólogos y sabios
 Para echar su memoria de la mía,
 Y siempre al despertar del nuevo día
 Su nombre se escapaba de mis labios
 Y en el sueño su imagen me seguía.
 ¿Siempre ha de ser la llama
 De ese amor el dogal de mi existencia?
 Me preguntaba a veces a mí mismo.
 ¿Por qué mi pecho ama
 Si yo no quiero amar? ¿No hay un abismo
 En donde arroje el alma su demencia
 Y el peso de dolores que la abruma?
 ¿Si es la pasión del alma soberana,
 Qué viene a ser la voluntad, en suma?
 ¿Qué vale la conciencia
 Si una fuerza inconsciente la amilana?

Elena

Un médico notable, amigo mío,
 Conocedor del corazón y el mundo,

Que llegó a comprender mi desvarío
Y la gangrena de mi mal profundo;
Que curaba certero
Según las prescripciones asombrosas
Del método homeopático, apiadado
De mi larga agonía,
Me aconsejó con cariñoso esmero
Que buscara el amor de otras hermosas
Para olvidarme de mi amor pasado,
Porque logra curar la Homeopatía
Dolencias que incurables se han juzgado.
Era tan agradable la receta,
Y tan justo el diagnóstico, que al punto
Se levantaron en mi mente inquieta
Cien risueñas visiones, que soplaron
En las cenizas de mi amor difunto
Y hasta el recuerdo suyo se llevaron.
“¿Quién más propia, me dije,
Para calmar mi amargo desconsuelo,
Que Elena, esa muchacha delicada,
Cuyo amor es tan tierno que hasta aflige
La dulce languidez de su mirada
En sus ojos de cielo?
¿Quién mejor que ese dije
De beldad, de bondad y de ternura?
Son sus cabellos oro, su tez blanca,
Sus labios de jazmín, blanda su mano
Cual su garganta, esbelta su figura,
Y tan sensible y expresiva y franca
Que es preciso tener pecho inhumano
Y corazón como una roca dura
Para no ser su esclavo y cortesano.
Animo y a la lid, venga el deseo
A ser el aguijón de mi esperanza;
Es muy rico el trofeo
Y quien tiene valor todo lo alcanza”.
Parece que el amor es magnetismo,
Que dos seres confunde en uno mismo,
Sin propia voluntad y sin conciencia,
Porque ella oyó mi ruego

Con marcada alegría
Y me llamó "mitad de su existencia",
Cuando una vez en amoroso juego
Dí a su boca el asalto con la mía.
La intimidad del trato
Enlazó nuestro amor de tál manera,
Que cada uno creía
Haber encadenado una quimera.
Cuantas veces, ay! cuántas, al amparo
De la floresta umbría
A la luz de un crepúsculo de estío,
O de un amanecer de primavera,
Sin odiosos testigos ni reparos,
Se desbordaba ciego el amor mío
En deliquios ardientes y ansias locas;
Y mientras lejos murmuraba el río
Y gorjeaban las aves en sus nidos
Se unían nuestros íntimos gemidos
Al contacto febril de nuestras bocas!
Mi amor cambió en pasión, luégo en deseo,
Luégo en afecto decreciente y frío:
Porque ese misterioso devaneo
Linda con la locura o el hastío.
Ya eran siglos de hierro los momentos.
Que a su lado pasaba,
Y cuando ella su amor me demostraba
Se escapaban de mí los pensamientos
En pos de otras mujeres,
Cual se van en las alas de los vientos
Los granos de oro que derrama Ceres.
Nada pudo avivar la antigua llama
Que el tedio amortiguó con sople helado,
Porque ya no se ama
El ídolo de ayer, desmenuzado
Con la lima incesante del fastidio.
Mas su amor aumentóse de tál modo,
Que ella ganaba lo que yo perdía,
Encontrándose un día
Sólo ella dueña del antiguo todo.
¡Oh secreto misterio!

¡Oh dura ley, incomprendible arcano!
El corazón humano
Magdalena es a veces o Tiberio.
Yo seguí mi camino
De lucha y calma, tedio y esperanza,
Y ella fué en pos de olvido y de bonanza
A llorar en un claustro su destino.
Nada más supe de ella,
Que desapareció del horizonte
Como pálida estrella
Tras la inflexible cúspide del monte.

Débora

Aunque cuesta el amor duelos y penas
Y deja melancólicos recuerdos,
Romper no nos es dado sus cadenas;
Y en esto los más tontos son, acaso;
Los que en otras materias los más cuerdos;
Porque sucede el caso
De que ahoga a la razón el sentimiento,
Yéndose a cada paso
En girones de luz el pensamiento.
Era Débora airosa maravilla,
De tropical espléndida hermosura,
De mirada incendiaria,
De morena, romántica mejilla;
De su voz la dulzura
Vibraba con pasión extraordinaria
Y en el alma vertía
Raudales de ternura,
De honda melancolía.
En la hoguera infernal de su mirada
Sentíase ya el alma condenada.
No pude resistir de su belleza
Al mágico incentivo,
Y sentí nuevamente en mi cabeza
La fiebre del amor y del deseo.
En sus brazos cautivo,
Rodar dejaba de embriaguez las horas

Cual de un sueño en el dulce devaneo.
Turba de amantes, en ansioso coro,
Con palabras de miel halagadoras
Adulaban su orgullo,
Mientras ella decía: "Te adoro",
Con el más tierno arrullo.
Ningún otro podía
Alcanzar de su labio una promesa,
Porque ella para mí sólo tenía
La espiritual ternura que embelesa
Y más se estrecha un día y otro día.
El amor de mi alma,
En torno de mi pecho
En luminosas ondas se extendía;
Y en deleitosa calma
Mi espíritu soñaba satisfecho,
Al ver con creces mi pasión pagada.
Ay! cuantas veces al temblante rayo
Del astro de la noche, su mirada
Fija siempre en mis ojos,
Y en plácido desmayo
En mi abrasado pecho reclinada,
Me contaba su afán y sus enojos,
O poéticas historias
Del color de la luz y la esperanza,
Do se encerraban del amor las glorias
Y un mundo de placer y venturanza.
Entonces nuestra loca fantasía
Volaba en pos de idilios amorosos,
Y las páginas bellas recorría
De esos libros famosos
Que de flores formó la poesía:
De Atala las fugaces ilusiones,
La triste despedida de María,
Del Petrarca las íntimas canciones,
Julietta bajo el ala de la muerte,
Las cartas de Eloisa y Abelardo,
De la infeliz Desdémona la suerte,
O las jornadas del britano bardo.
Y en los libros aquellos

Nuestras almas hallaban
De gloria y de pasión propios destellos.
Cual fugaz ilusión. Débora vino
Desde climas extraños
A derramar la vida en mi camino
Y a despertar de mis primeros años
De los sueños el raudó torbellino.....
Pero una vez al resplandor escaso
De una tarde de Junio,
Dirigiendo su vista hacia el ocaso
Me dijo, ahogada en lloro:
"El destino lo quiere;
Debo volver a la mansión paterna;
Guarda en tu corazón la imagen tierna
De la mujer a quien la ausencia hiere
Y nunca ha de olvidarte".
—"Adiós Débora, adiós, si tu partida
Ha dispuesto la suerte,
No dejaré por eso de adorarte
Y serás siempre el astro de mi vida.
No dudes, no, de mí, pronto he de verte
Y vivirás a mi existencia unida".
Partió, dejando en mísero abandono
Mi corazón sensible.
Yo maldije del Hado el rudo encono,
Con el presajio horrible
De algo que se derrumba en lo imposible.
Largo tiempo sus cartas recibía
Más ardientes, más locas;
Pero, al fin, cada día
Iban siendo más pocas:
Yo me mostraba helado y ella fría:
Con razón es la ausencia
Al sueño y a la muerte comparada,
Porque va oscureciendo en la existencia
Toda la luz de la ilusión pasada.....
Y nuevamente vino
El olvido a mi pecho y a mi mente,
Y vino nuevamente
Cual de esperanzas bárbaro asesino

El hastío indolente
 A recostarse en perezosa calma
 Sobre las secas hojas amarillas
 Que cayeron del árbol de mi alma.
 Su pasión y la mía se acabaron,
 Y por todo recuerdo me quedaron
 Estas pocas cuartillas
 Que agregar a mi Libro de Memorias,
 Al cual yo llamo "mi Panteón de Glorias".

Enriqueta

Fué Enriqueta el imán de mis sentidos
 Durante cuatro meses mal medidos,
 Bella mujer, de encantos naturales,
 Realzados por la gracia y la elegancia
 Y formas en verdad esculturales.
 Yo pensé haber vencido su arrogancia
 Cierta noche de baile en que al oído
 La hablé de amor, y en imprudente exceso
 De su encendida boca robé un beso,
 A muy poca distancia del marido.....
 Mas pronto me alejé de su presencia,
 Pues me daban zozobras
 Los celos de ese Oteló hurraño y recio,
 De negros bigotazos,
 De pies enormes y nervudos brazos;
 Que me miraba altivo y con desprecio,
 Como quien dice: "Chico,
 Si no te vas, un bofetón te aplico".

Isabel

Luégo Isabel, chiquilla de colegio,
 Que al pasar por mi casa diariamente
 Me lanzaba un "*Bon jour*", como un arpegio,
 Y una mirada tál, y una sonrisa,
 Propias para tentar a un penitente
 Aun durante la Misa.

Claro que la muchacha
Me trastornaba el seso,
Con una candidez encantadora,
Digna de sus trece años mal cumplidos,
Que, en su opinión, le daban aire y peso
De importante señora.
Como era natural, ese pimpollo,
Mejor dicho, esa perla,
Que de manera tál me sorbió el meollo,
Tranquilo no dejábame un minuto:
Hasta que cierto día
De mi imprudente amor coseché el fruto,
Pues me mandó una carta que decía:
"Si es, Don Carlos, verdad que usted me quiere,
Venga a mis padres a pedir mi mano,
O rápteme en un auto, cual lo haría
Cualquiera de esos héroes del Cinema
Por quienes úna de pasión se muere.
Yo mi tiempo perder no quiero en vano:
Suya. *Isabel*". ¡Posdata!—Que me advierta
Le ruego la hora fija
En que vendrá a mi casa a proponerme,
Para yo estar alerta
Y en la sala esconderme,
Detrás de alguna puerta,
Y lo que pase ver por la rendija".

.....
Tardé de la sorpresa en reponerme,
Mas clamé, al fin, con la debida flema:
Caramba! con la chica tan prolija,
Tan precoz y sensible y apremiante,
Que tan arduo problema
Me pone de improviso por delante,
Convirtiéndome en héroe de Cinema
Y creando una aventura de estudiante.
Como me ví a la fuerza derrotado,
Opté por una fuga a la campiña,
Pero no acompañado,
Y me alejé cerrando la ventana
Donde me veía a diario con la niña.



Supongo que Isabel seguirá ufana
 Víctima de precoces calenturas,
 Por lo menos, creyéndose sultana
 En un film de terribles aventuras.

Margarita



Cuando llegó el verano, muy tranquilo,
 De una playa marítima a la orilla,
 Recordaba esta inédita aventura
 Que se cambió de idilio en pesadilla.
 Pero vino a turbarme en ese asilo,
 De repente, otra espléndida chiquilla
 Con la fuerza brutal de su hermosura.
 Recostado una vez sobre la arena,
 En la grata reacción de un baño fresco,
 Contemplaba del mar los esplendores,
 Y, sobre todo, el grupo pintoresco
 Que allí tanta beldad, rubia o morena,
 Forma, para diabólica tortura
 De nosotros, los pobres pecadores,
 Que estudiamos, sin ínfulas de artistas,
 Las formas y actitudes,
 Los saltos y temblores
 De esas encantadoras juventudes,
 Despojadas de sedas y batistas.
 De súbito una ráfaga de viento
 Barrió la playa en ímpetu violento,
 Y, al sacudir de un camarín las puertas,
 Con maligna intención las dejó abiertas.
 ¿Qué es lo que ví, Dios Santo? A Margarita,
 La encantadora flor de diez y ocho años,
 (Cuyos ojos de clara malaquita
 Eran dominadores de esos baños),
 Libre de toda veste y todo adorno,
 En la más bella desnudez soñada!
 Sólo un minuto deslumbró mi mente
 Ese bello relámpago rosado,
 Pero en mi alma quedó perpetuamente
 Con sus detalles íntimos grabado.

Sin ser un Casanova ni un Tenorio,
Le pregunto al más santo y al más viejo,
Si no hubiera cegado
Al herirle tan mágico reflejo,
Y no hubiera pecado,
Sin miedo de ir más tarde al Purgatorio.
Fué tal el incentivo desbordante
Que me produjo esa visión bendita,
Que esclavo me volví de Margarita.
Mi alma fué como un campo de Agramante,
Por donde en caprichosa zarabanda
Pasaba a cada instante
De todas las mujeres que he querido
La no pequeña banda,
Que creía ya enterrada en el olvido.
Era un diario combate,
Para el cual un Poder desconocido
Me daba mayor fuerza cada día
Y de un febril deseo el acicate.
Gasté en esa batalla la experiencia
De todas mis antiguas aventuras,
De la vida la ciencia,
Y también el dinero y la paciencia.
Mas ¿por qué no decirlo? Mis ternuras
Fueron tan expresivas y constantes,
Que, al fin y al cabo, la adorada Diosa,
Prendada de mi amor y mis desvelos,
Cayó en mis brazos, de placer ansiosa,
Sin rebozos ni velos,
Como me la hizo ver por vez primera
Una ráfaga de aire.....de los cielos.
Desde entonces viví las más divinas
Horas de mi existencia aventurera,
Y las brisas marinas
La barquilla ligera columpiaron
En que íbamos felices diariamente
De aquella costa azul por la ribera.
Mas mi suerte envidiaron
Todos los veraneantes que allí había,
Quienes me disputaron,

Como hambrienta jauría,
 Uno por uno, la anhelada presa.
 Al fin, me abandonó por uno de ellos,
 Que puso en la balanza de la empresa
 Su melena rizada. A su contacto,
 Aun más palidieron mis cabellos,
 Que ya la edad emblanquecer hacía;
 Cayendo avergonzados y vencidos
 En la más lamentable retirada.
 El amor propio, herido en la ardua lidia
 De la existencia, tórñase en venganza,
 Y muchas veces la ambición no alcanza
 Lo que logra la envidia,
 Por el odio inspirada y la perfidia.

.....
 Adiós, adiós, divina Margarita,
 Por mi propia fortuna deshojada:
 Tu memoria está escrita
 De mi vida en el libro, y tu retrato,
 Tál como te admiré la vez primera,
 He clavado con místico recato
 Sobre mi cabecera.
 Allí te siento, y tu recuerdo grato
 Protege como un símbolo mi sueño.....
 Pues tú eres mientras duermo el solo dueño.

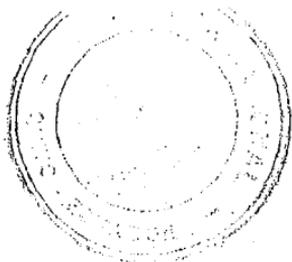
EPILOGO

El corazón no muere, sólo duerme,
 Soñando en la ilusión desvanecida,
 Y cuando yerto, inerte,
 Un cadáver parecé disecado,
 Se alza con nueva fuerza y nueva vida
 Del misterioso seno del pasado.
 A amar he vuelto yo, ¡quién lo creyera!
 Ya siendo engañador o ya engañado.
 Cual cúbreñse otra vez de frescas hojas,
 Cada año al alborear la primavera,
 Los árboles marchitos del invierno,
 El corazón sacude sus congojas

En movimiento eterno.
La mujer pasa y quedan los amores
Y son siempre unos ojos tentadores,
En donde el alma femenina brilla,
De la vida la dulce pesadilla.
Y la rubia Teresa,
La morena Raquel, de ojos azules,
La escultural Ester, la linda Juana,
Carmen, la elegantísima francesa,
Cristina, la romántica italiana,
Y alguna otra talvez, fueron mi encanto
Durante una semana,
Un mes, o acaso más.....Todas pasaron,
Pero todas dejaron
De sus labios la miel sobre los míos;
Y en el cauce de mi alma, que cavarón,
De ternura y placer profundos ríos.

.....
Coronada de nieve mi cabeza,
Aun guarda el corazón la eterna lava
Que en sus entrañas arde;
Y si oigo a la razón, que con rudeza
Me apostrofa: "Ya es tarde".
La pasión a su vez, cual fiera brava,
Del alma misma la raíz profunda
Socava con sus garras, y la inunda
De fuerza y energía,
Diciéndola: "Ama aún, vive, florece;
Quien ama no envejece,
Porque amar es ser joven todavía".

1918.



LA DANZA DE LOS COLORES

Blanco

De blancas vestiduras está cubierto el niño
Cuya culpa, que ignora, va el bautismo a lavar;
Es un copo de lino, de algodón y de armiño,
Que en su incesante rueca la existencia ha de hilar.

Es hoja inmaculada e intacta todavía,
Donde una mano oculta su sino ha de escribir:
Un idilio, un poema, talvez una elegía..... ?
¿Quién sabe? Nadie sabe lo que es el porvenir.

Lleva vestido blanco la tierna adolescente,
Temblorosa de anhelo y de dulce emoción,
Que al altar se avvicina, ruborosa la frente,
Extática ante la hostia que dánle en comunión.

También de blanco viste la bella desposada,
Que con el elegido su mano va a juntar,
Para ser de sus horas la compañera amada
Y al campo de la vida, sostaniéndose, arar.

Y la doncella pálida a quien, en amargura,
Trocóle el desengaño su ensueño juvenil,
Para pisar del claustro la pétrea sepultura
Envuelve su figura de albo velo sutil.

De blanco está cubierta la mísera cabeza.
De los que ya devoran de la vejez la hiel,
Y, aunque tarde, conocen que es sólo la tristeza
La única inseparable, la única amiga fiel.

Cuando han muerto las hojas en el invierno triste
Y esfúmanse las cosas sin color y sin luz,
La natura de blanco de castidad se viste
Tendiendo de sus nieves el cándido capuz;

Y con su vestidura de recamado argento,
Salpicada de azahares de nívido cristal,
Quiere besar la Luna, que se alza al firmamento
Como hostia alabastrina de un altar celestial.

El blanco es el desierto, el blanco el cementerio,
El blanco es el principio como el blanco es el fin.....
Y mi cabeza nívea se agobia ante el misterio
De una lápida blanca que asoma en el confín.

Verde

Heraldo de los dioses, llega la Primavera,
Cubierta con su manto de verde terciopelo;
Al sentirla, palpita de amores la pradera,
Y bajo de sus pasos, el césped cubre el suelo.

Riega sobre los campos del invierno impolutos
Su cofre rebosante de ricas esmeraldas,
Las que luégo en los montes, los valles y las faldas
Son cambiadas en mieses, en viñedos y en frutos.

Verdes están los árboles y verde la llanura
Y verdes las montañas hasta el confín lejano,
Y ese verde de savia, de vida y de frescura,
Tiñe con sus matices el corazón humano.

Sí: porque el alma atónita, al ver que reverdece
Como en feliz renuevo lo que antes era triste,
Y que el árbol de invierno se descubre y florece,
También ella de verde de esperanza se viste.

Y lo mismo que al niño, que el porvenir ignora
Y sueña con juguetes, muñecas y bombones,
La esperanza nos besa al despuntar la aurora
Y pone en nuestra frente corona de ilusiones.

De esa ilusión que tiene los ojos de esmeralda,
Dè color de esperanza que alumbró lo futuro,
Que al corazón, de flores, como al valle, engrinalda,
Y do el amor revienta como fruto maduro.

Ah! la verde esperanza, la amiga compasiva
De todos los momentos de la jornada humana:
Su color es de nido, de paz, de siempreviva,
De racimo que brota, de promesa que emana.

Bendita la esperanza, que es del alma verdura,
Y cual rica esmeralda encuéntrase escondida
Donde el dolor secreta su esencia de amargura,
Para trocarla en llama de aspiración y vida!

A z u l

La mar, de transparente lapizlázuli;
El cielo, de zafiro y de arrebol;
El azul es el manto aristocrático
Que siempre amó Su Majestad el Sol.

De franjas azuladas es la túnica
Que el alba teje en luminoso tul;
Y la tarde se duerme en el crepúsculo
En un lecho de nácar y de azul.

La luna, como tímida libélula,
Tiende en lo azul sus alas de cristal,
Y desaparece en los etéreos ámbitos,
Siguiendo su parábola inmortal.

Van dos amantes en barquilla rápida
Del lago azul cruzando la extensión;
El cielo se refleja en la agua trémula,
Y de ellos en los ojos, la ilusión.

El alma siente la nostalgia poética
De su perdido y añorado Edén,
Cuando contempla el horizonte cóncavo,
Todo luz, todo azul, sobre su sién.

Volar quisiera a la celeste bóveda,
A esa fragua de mundos sin confín,
Y demandarles a los astros pálidos
Sus secretos, su origen y su fin;

Luégo explorar el intrincado dédalo
Del infinito cielo de zafir,
Y a la estrella que márcale su horóscopo,
Oculta entre las otras, descubrir.

Acogerse a su seno como un náufrago,
Bañarse en su cerúlea claridad,
Y embriagarse por siempre en ese piélago,
De misterio, de azul, de eternidad.

Rosa

Uua imagen tan sólo llenó mi adolescencia;
De su aroma impregnada pasó mi juventud;
Y de su voz el eco aun suena en mi existencia
Cual música diluída de lejano laúd.

Para mi alma embrionaria, de ternura anhelante,
Fué un lampo repentino, del alba anunciador,
Aquel tinte de rosa que esmaltó su semblante
Cuando oyó mi primera declaración de amor.

El sonrosado tenue de su blanca mejilla
Le reveló a mi espíritu la gloria del vivir:
Es el color purísimo de la aurora, que brilla
En el espejo límpido de un cielo de zafir.

Ese matiz divino tiñó mi firmamento
Y fué de un nuevo día primera evocación;
Ella como una rosa se irguió en mi pensamiento,
Y fuí yo para Ella tierra de promisión.

La vida desplegóse como lago risueño
 De riberas floridas, de dulce limpidez,
 Do una garza rosada, del color del ensueño,
 Reflejaba en sus língas su gracia y su esbeltez.

Es el botón de rosa la niña, que atesora
 Una alma de rocío, de rosado arrebol;
 Y sus hojas entreabre la rutilante aurora,
 Cuando en mujer lo cambia, con un beso de sol.

Y es la mujer la rosa que se alza soberana
 En el campo do alienta la aura primaveral;
 La perpetua promesa que brota en la mañana,
 La eterna anunciadora del humano ideal.

Coronadme de rosas, regadlas en mi lecho,
 Yo quiero su frescura sobre mi mustia sién,
 Y aspirar el aliento de Venus en el pecho,
 En donde Eros destila las rosas del Edén.

Sembrad sólo de rosas los bordes del camino
 Estéril y monótono que lleva al porvenir:
 Teñid todos mis sueños de ese color divino
 Para engañar el tedio y engañar el morir.

Gris

Tarde de otoño opaca, que vierte como un tósigo
 En el enfermo espíritu raudales de tristeza:
 Las nubes, desgarradas por furibundas ráfagas,
 Envuelven de los montes la pálida cabeza.

Ellas semejan, rotas en los celestes ámbitos,
 Girones de banderas de olímpicas hazañas,
 De esas que Prometeo, bajo un haz de relámpagos,
 Izó con los Titanes en las altas montañas.

Gris está el cielo, grises las cosas y las ánimas,
 Capuchinos parecen los montes cenicientos;
 El Oceano, cubierto de espumas como lágrimas,
 Se retuerce en dolores y se rasga en lamentos.

De ceniza cubierto pareceme el espíritu,
Todo está gris de hastío, de angustia, de tristeza:
En lo alto, gris el cielo, nublado y melancólico,
Y está de gris vestida madre naturaleza.

Huyendo de las grises neblinas del crepúsculo,
En mi alma misma busco reposo solitario;
Y encuentro en ella al tedio, soñoliento y monótono,
Cual buho enseñoreado de un viejo campanario.

Ese tedio enfermizo, que Byron el nostálgico
En su seno sentía, tal una fuerza extraña,
Poco a poco cubrirle en sus redes recónditas
Como en los hilos tenues de un tela de araña.

La brisa vagabunda sacude de los árboles
Con hálito agresivo las marchitas melenas,
Que se inclinan temblando como cabezas miserás
Que el viento de la vida agobia con sus penas.

Tarde de otoño opaca! Invade el aire trémulo
El eco de profundo, lejano miserere.....
Y, como a los acordes de religiosa música,
La tierra se adormece y el corazón se muere.

Púrpura

El caracol hurafío de la costa fenicia,
Que los marinos ecos lograra aprisionar,
Guardó durante siglos con áspera avaricia,
Su púrpura brillante, que es de sangre del mar.

Mas Hércules el fuerte, que en ella vió el divino
Origen de la sangre, principio del vivir,
Reservó como emblema su color purpurino,
Para el cuerpo sagrado de los reyes cubrir.

Esa sangre marina de Tiro y de Sidonia,
Que fué la imagen viva del supremo Poder,
En Persia y en Asiria y Egipto y Babilonia
Los dioses y los Césares la hicieron florecer.

Quando Perseo y Danáe, huyendo del naufragio,
 En misterioso cofre echáronse a la mar,
 De Zeus el Potente salvolos el presagio,
 Porque vió sobre el cofre la púrpura flotar.

Manto de oro y de púrpura, cual insignia de gloria,
 Larguísimas centurias llevó la Humanidad:
 El ha sido el pasado, la esclavitud, la Historia,
 El triunfo, la vergüenza, la virtud, la maldad.

Ese color llevaron, librea del Destino,
 Tamerlán y Sesostris, Catalina y Nerón,
 Carlomagno y Cleopatra, César y Constantino,
 Y el último y más grande de todos, Napoleón.

Muchos vicios y crímenes la púrpura ha escondido
 Bajo la augusta sombra del dorado dosel;
 Y, en cambio, ¡cuánto noble corazón ha latido,
 Cuánto genio y virtud, cuánta luz, bajo de él!

Saludemos la púrpura, que en su soberbio ocaso
 Aun quiere del futuro la Esfinge revestir,
 Como el sol del crepúsculo, que se emboza a su paso
 Manto de rojas nubes, para hundirse y morir.

Amarillo

Ceres baja en el carro de sus yeguas aladas,
 Y extiende en las llanuras, marginadas de flores,
 El ropaje amarillo de las mieses doradas,
 Que añoran, unos y otros, aves y labradores.

Las ricas mieses grávidas sacuden en los llanos
 Al soplo de las auras sus abanicos de oro:
 Del sol los esplendores se cuajan en sus granos
 Para formar del pobre y del rico el tesoro.

El trigo es la moneda de la naturaleza;
 El pan es la esperanza, la paz y la abundancia:
 El fué, en su última cena, por Cristo consagrado
 Como su propio cuerpo y su propia sustancia.

Cual inocentes niñas llevan las margaritas
En el cándido seno su dorada medalla,
Y la clave secreta de sus amantes cuitas,
Quien deshoja sus pétalos, en el último halla.

Son de amarillo de oro las uvas moscateles
Do el Champaña destila sus risas interiores,
Son de color idéntico las perfumadas mieles
Que escancian las abejas del alma de las flores.

El oro, que fulgura como esencia de soles,
Es el símbolo y síntesis de la riqueza humana:
En joyas y en trofeos se trueca en los crisoles,
Y es Pactolo fecundo que por la Tierra mana.

La Humanidad en fiebre, cegada por el brillo
Del bíblico becerro, que elevó a los altares,
Ha hecho de él el Saturno hambriento y amarillo,
Que devora sus hijos: las dichas, los pesares.

Es el oro la brújula que el niño halla en su cuna
Para buscar con ella la ruta del Oriente,
Esa ruta trazada por la ciega Fortuna
Que regará el perpetuo sudor de nuestra frente.

El oro es la palanca que eleva y que degrada,
Es caridad el oro y el oro es la codicia;
A veces es el oro sangrienta bofetada,
Como otras es un bálsamo, como otras es caricia.

De toda alma en el fondo, cual una solfatara,
Hay un arroyo oculto, de vertiente amarilla:
Del color de la peste en la conciencia avara,
Y en la del bueno y justo, de una aureola que brilla

Negro

La tierra, embellecida de sus primeras galas
Sintió súbitamente cruzar como un cometa,
Luzbel por el espacio, desplegando sus alas,
Que la sombra crearon en mitad del planeta.

Desde entonces la noche, desconsolada y negra,
Domina el firmamento cuando el sol desaparece;
Y bajo esas oscuras alas, que el mal integra,
Los crímenes fecunda, los dolores acrece.

Cuando el alma y la vida a otro sér consagramos
Y al amor ofrecemos el juvenil tributo:
¡Cómo en profunda sombra perdidos nos hallamos,
Cuando el primer engaño nos trae el primer luto!

El negro es la tristeza que en el alma gotea;
La orfandad, que oscurece la estrella del Oriente;
La esclavitud, que lleva como marca que afea,
El color de los hijos de Cam irreverente.

Las grandes epopeyas que inspiraron al Numen,
Las luchas de los pueblos, las ansias de los hombres,
Toda la Historia humana ¿qué cosa es, en resumen?
Gotas de negra tinta, convertidas en nombres.

Negra la duda es, que en el cerebro humano
Sobre muertas ideas se cierne como el cuervo;
El desamor es negro, que en paroxismo insano
Su propia alma devora cual caníbal protervo.

Son negras esas nubes que sobre el vasto piélagos
Como fúnebres galas tiende la noche inerte;
Negro el dolor, que extiende sus alas de murciélago
Sobre el campo infinito del olvido y la muerte.

El negro es el eclipse, la negación, la ausencia:
De su sombra al contacto cierra la flor el broche,
Como se cierra el cáliz de la humana existencia
Al beso en las tinieblas de la suprema noche.



A JUAN MONTALVO

I

¿Quién como tú, Montalvo, sino la mar bravía,
Que rueda en lo insondable, que atruena en lo infinito,
Y que un millar de siglos no doma todavía,
Y en ímpetu soberbio de eterna rebeldía
Arroja hasta los astros de su protesta el grito?

II

¿Quién como tú, Montalvo, sino la mar inmensa,
Que sus entrañas mismas a los espacios lanza,
Y en lucha sin descanso mi rendición, condensa,
Sus fuerzas en rugidos para clamar venganza,
Sus iras en espumas para escupir la ofensa?

III

Viviste en la borrasca y el rayo fué tu aliento,
Perpetuo desterrado, sin goces y sin calma;
Te alzaste hasta la cumbre con épico ardimiento;
Astro, Montalvo, fuiste, pero con pensamiento;
La mar, Montalvo, fuiste, pero la mar con alma.

IV

Tú de la patria ingrata perpetuo peregrino,
A cuestras como un fardo llevaste tu destino:
De Childe Harold tuviste las hieles y rencores,
Las lúgubres nostalgias del bardo florentino,
Y de Hugo el haz olímpico de rayos vengadores.

V

Tus páginas artísticas de gracia peregrina
Sobre las almas vuelan con rítmico aleteo:
En ellas hay visiones de la inmortal Sixtina,
Rayos de sol muriendo sobre helenica ruina,
Pórfidos de la Etruria, piedras del Coliseo.

VI

Vibrar se siente en ellas al genio soberano,
Ya en el odio que mata, ya en el amor que crea:
Filósofo profundo del sentimiento humano,
Inteligencia excelsa que al corazón golpea,
En todo grande fuiste y en todo sobrehumano.

VII

Con la razón por faro, la libertad por guía,
Cruzaste como el cóndor sobre la andina cumbre,
Y cara a cara a Febo miraste al medio día:
Que del cerebro humano la fecundante lumbre,
Como él, en la alma inmensa forma su Astronomía.

VIII

Ventiscas de los páramos, bramidos de Agoyanes,
El sueño de tu cuna cual música arrullaron
Y tu gigante espíritu para la lid templaron:
Por eso hay en tus frases estruendo de huracanes
Y estallan tus ideas cual lava de volcanes.

IX

Retaste a los tiranos en ademán dantesco,
Y ante el pueblo aplicaste la cáustica invectiva
Cual hierro enrojecido sobre la carne viva,
Y en actitud olímpica, sobre el rostro grotesco
Les escupiste airado tu hiel y tu saliva.

X

De tus candentes alas Luzbel te dió una pluma
Para escribir con ella—rebelde ciclopeo—
De la razón humana la prepotencia suma,
Y en fraternal arranque rasgóse Prometeo
Las venas, para darle su tinta en roja espuma.

XI

De la natura armónica intérprete escogido,
Supiste sus secretos, sus ecos y su idioma:
Lo que a las almas dicen la risa y el gemido,
Y el viento y la montaña, y el astro, el mar y el nido,
Arrullos de paloma, de leones el rugido.

XII

Te vió la muchedumbre rasgar el legendario
Velo, que antes cubría su faz como un sudario;
Y al estentóreo estruendo de volteriana risa,
Detrás los bastidores mostraste en el santuario
Polichinelas místicos con mitra y en camisa.

XIII

Tú revelaste el fango que cubre la existencia
De quienes desertando cobardes del combate,
De la ignorancia viven, proscriben toda ciencia,
Y cotizando en Bolsa del hombre la conciencia,
Dan a las culpas precio y a las almas rescate.

XIV

Propagandista austero de la virtud cristiana,
A Jesús, el apóstol de libertad llamaste;
A los buenos y humildes en alto levantaste,
Y sobre las miserias de la existencia humana,
Del amor presentaste la caridad hermana.

XV

Pero blandiendo airado fu vengador azote
Del templo ante el sacrilego, bastardo clamoreo,
Echaste de sus muros al falso sacerdote,
Al mercachifle de almas, al hosco fariseo,
Hijos de Torquemada con almas de Iscariote.

XVI

Hidalgo generoso, de lanza en astillero,
Ceñiste del Quijote la férrea vestidura,
Y armado en el estadio de andante caballero,
Saliste al campo libre buscando la aventura,
Alzada la visera, desnudo el limpio acero.

XVII

La pluma legendaria del Manco de Lepanto
Tus dedos recogieron, para la lucha expertos;
De nuevo por los campos trotaron Rocinantes,
Malandrines de nuevo temblaron y gigantes,
Y viudas defendiste y enderezaste entuertos.

XVIII

Es tu libro panoplia de gloria castellana
Do brillan los trofeos de atlética contienda:
El yelmo cincelado, la espada toledana,
Y la coraza hercúlea, do con hirviente grana
El paladín grabara su heráldica leyenda.

XIX

Arquitecto de gloria, sobre los altos Andes,
Cuya nieve el sol dora, pero a fundir no llega,
Construiste de tus héroes los monumentos grandes;
Y de América libre la legendaria brega,
Rival mostraste al mundo, de la epopeya griega.

XX

En el palenque olímpico de la suprema gloria,
Que sólo hollar pudieron las águilas del Lacio
Y del Corso, mimado del genio y la victoria,
Marcaste con relámpagos el fulgurante espacio
Donde alzar a Bolívar el inmortal palacio.

XXI

A tu pueblo, que siempre con emoción inquieta
Escuchó tus palabras de apóstol y profeta,
El culto de la patria le diste con tu ejemplo,
Mostrástele el espacio como supremo templo
Y del hombre el progreso como suprema meta.

XXII

De tu alma en las augustas, solitarias regiones,
A hacerte compañía turnábanse constantes,
Con sus modelos Fidias, César con sus legiones,
Byron con sus heroínas, Plutarco y sus varones,
Y con Quijote y Sancho tu antecesor Cervantes.

XXIII

¡Cuántas veces tu frente, que arrugas prematuras
Marcaron, como el campo con sus mieses maduras,
Transparentar dejaba tus pensamientos grandes,
Mientras tu alma serena surcaba las alturas
Con la soberbia innata del cóndor de los Andes!

XXIV

¡Cuántas veces al borde del Agoyán salvaje,
En la florida gruta de tropical bosqueje,
O en playas extranjeras mirando al Oceano,
El alba sorprendióte, de luz con su mensaje,
Te despidió la tarde con su ósculo de hermano!

XXV

De amar el ansia incógnita que al corazón devora,
Cuando en su seno brota la fuente de la vida,
Sintió también tu pecho en brusca sacudida;
Y en la prisión de tu alma al penetrar la aurora,
De Dante comprendiste la musa inspiradora.

XXVI

Como Beatriz, por obra de amor que el Todo inunda,
Fué de aquel paraíso la santa Teología,
Tomó cuerpo en tu mente la concepción profunda
De aquella misteriosa, soñada Geometría,
De curvas y polígonos de abstracta ideología.

XXVII

Es el triángulo César, de tres grandes pasiones;
Napoleón, cuadrilátero de bronce impenetrable;
Alejandro, una esfera de las altas regiones,
Y amor, la línea recta de marcha inexorable,
Que va de los cerebros hacia los corazones.

XXVIII

En hojas inmortales, con mágicos colores,
Trazaste las leyendas de amantes trovadores,
Y del amor hiciste la escala de áurea lumbre
Que une la tierra toda con la celeste cumbre,
De allá trayendo estrellas, de aquí llevando flores.

XXIX

Son de acero tus frases, es un buril tu estilo;
 Montaigne, cuando piensas; Cervantes, cuando escribes;
 Eres Voltaire, si ríes; si conminas, Esquilo;
 Sócrates, si meditas; Virgilio, si describes,
 Y Hugo, cuando a los déspotas fulminas y proscribes.

XXX

Estoico y taciturno, subiste a la montaña
 Y a tu pueblo dictaste la liberal doctrina,
 Que justicia y derecho y libertad entraña,
 Y es leña en el tugurio y es pan en la cabaña,
 Y de bondad con lazos las almas avecina.

XXXI

Tus frases tempestuosas y de verdad, hincharon
 El popular oleaje con fuerza de mareas;
 Prendió la muchedumbre sus vengadoras teas.....
 Y las sombras huyeron, los velos se rasgaron,
 Y do cayeron déspotas se alzaron las ideas.

XXXII

Tus flechas atacaron los ídolos que adora
 El esclavo fanático a la autocracia uncido,
 Y el alma electrizaste de un pueblo, que ha vivido
 Siempre escuchar creyendo de redención la hora,
 Y siempre en las tinieblas soñando con la aurora.

XXXIII

De la patria en el ara la juventud gallarda,
 Como amuleto sacro reverenció tu nombre;
 Tú le mostraste el premio que a la virtud aguarda,
 Tú el poder intangible que inteligencia guarda,
 Y que es instruir al niño, engrandecer al hombre

XXXIV

Al hombre....., sér perdido en el inmenso piélago,
 Que cruza entre las sombras errante peregrino,
 Sin otra luz amiga que alumbre su camino,
 Que de los astros mudos el pálido archipiélago,
 Do el alfabeto aprende del tiempo y del destino.

XXXV

Al hombre....., que Natura, de la vida a la orilla
Arroja cual despojo, sin armas ni conciencia.....
Y a quien, después, vencida, doblega la rodilla,
Librando sus secretos del genio a la potencia,
Al progreso su seno, sus fuerzas a la ciencia.

XXXVI

Que en el amor del hombre triunfa el género humano,
Y el laurel alcanzado del grande por la mano,
De humildes y pequeños, al fin, es la victoria.....
Sabe el Simún que el Sahara sólo es de arena grano,
Y el ciclón, que una gota sólo es el Oceano.

XXXVII

Por eso en tí, Montalvo, cuando tu estatua altiva
Yérguese hoy en el centro de tu ciudad nativa,
Mientras la gloria graba sobre el mármol tu nombre
Y Minerva te cubre de lauros y de oliva,
El Ecuador entero en tí engrandece al hombre.

XXXVIII

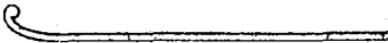
El monumento tuyo, fundido en la áurea fragua
De la romana Italia, que aun vela el Coliseo,
Patria de Dante, y Séneca, Colón y Galileo,
Se eleva hoy en las faldas del albo Tungurahua
En la actitud magnífica del genio en su apogeo.

XXXIX

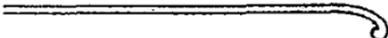
Y en la noche callada, dos férreos atalayas
Parecen dirigirse desde remotas playas
Un mensaje solemne, que lleva el viento ledo:
El fraternal saludo que manda desde el Guayas
A Don Juan sin segundo, el sin rival Olmedo.

XL

El metal que la Italia creara en sus entrañas,
Sentirá cada aurora como un nimbo divino
Rodearle el haz de lumbre de las altas montañas.....
Y el sol del Inca augusto sobre el bronce latino
Será el fanal, ¡oh, Patria!, que te muestre el camino.



RIMAS



Prólogo de la Primera Edición

En los meses del invierno de 1892 residíamos en Madrid más de veinte escritores y poetas latino-americanos con el carácter de Delegados de las respectivas Repúblicas a los distintos Congresos con que, en España, se solemnizó el cuarto centenario del descubrimiento de un mundo.

Charlando sobre literario tema, decíame en cierta tarde uno de los ingenios más culminantes de la vieja metrópoli, que, entre los cultivadores de la poesía lírica en América, le llamaba la atención el aire de melancolía dulce, resignada y exenta de sarcasmo pesimista, que caracteriza las producciones de los que escriben en pueblos situados a la falda o en las altiplanicies de los Andes. Son poetas, me decía, en los que el sentimiento supera a la imaginación. Entusiasman poco, pero conmueven mucho. Hablo con Rubén Darío, el simpático y habilísimo propagandista en América de la escuela parnasiana o modernista, que no es la mía, por cierto, y me cautiva, más que por la riqueza de su rima y el vigor sostenido de su estro, por los arranques enérgicos de su naturaleza tropical y apasionada. Busco el contraste, y hablo en seguida con Leonidas Pallares Arteta, espíritu tranquilo, nada revolucionario en literatura; y sus versos, no culturales como los de Rubén, sino de sencillez galana y de sentimental armonía, me hacen el efecto de una caricia, y son para mí como efluvios perfumados de las florestas que riega el Amazonas. Los versos de Rubén son la sultana oriental, vestida de tisú, y resplandeciente de rica pedrería. Los versos de Leonidas son la virgen americana, la creatura bella bianco vestita, que dijo el italiano, con la cabellera suelta, ornada de rosas, jazmines, violetas y minutisas.

Entristece el ánimo, añadía aquel ilustre príncipe de las letras, ver el derroche de talento que hace hoy gran parte de la juventud americana, afiliada en el modernismo, para dar vida a versos anémicos y de artificioso mecanismo, que no hacen sentir ni meditar al lector, que son pura música de vesánico vocabulario, y que sólo pueden agradar a los caquéticos y a las doncellas histéricas consumidoras de bromuro.—

Al tener hoy sobre mi mesa de trabajo, con el compromiso de borrar cuatro palabras de prólogo, el tomito de RIMAS, he creído conveniente principiar estableciendo que disto mucho de ensalzar a los decadentistas, simbolistas, parnasianos y demás especies en que se subdivide la escuela bautizada con el nombre de modernismo, y por eso hago míos, como síntesis de mi doctrina, los juiciosos conceptos de mi ilustre amigo de Madrid.

En el autor de este libro hay más tendencia al espiritualismo romántico de Becquer que a la fosforecencia pesimista de Verlaine y Richepin. Pallares Arteta es un poeta subjetivo, que expresa sus esperanzas, sus ensueños, sus alegrías y sus dolores amorosos, sus sentimientos íntimos todos, sin recurrir a fastuosa palabrería. Esa literatura de bibelots, de japonerías, literatura de neuróticos, literatura fin de siècle, está llamada a tener la vida de los infantes que nacen enfermos. De los siete-mesinos no se hacen los atletas, ni en el mundo físico ni en el mundo de las ideas.

Quiera mi joven amigo permanecer siempre leal a la buena escuela literaria, en la que se afilió con su delicioso y correcto poemita — Idioma sin traducción — poema que Campoamor, el magistral patriarca de la poesía en España, no desdeñaría suscribir, y no se deje arrastrar por la corriente de la moda a las filas de los alucinados sectarios del modernismo.

Ricardo Palma

Lima, Octubre 10. de 1894.

RIMAS.

Crepúsculo

De las quimeras que forjó en mi mente
El amor, inspirado por la gloria,
Sólo quedó la sombra de un recuerdo
Flotando como un sueño en mi memoria.

Crepúsculo del alma es el recuerdo,
Que va formando la ilusión perdida,
Cuando se pone el sol de la esperanza
Tras las doradas cumbres de la vida.

Nunca solo!

Vengo al seno del bosque silencioso
A meditar a solas,
Huyendo del humano torbellino,
Engendrador de luchas y congojas.

Quiero estar solo.....Y de la mar distante
Oigo rugir las olas,
Lágrimas van cayendo entre las ramas
Y gemidos de amor mueven las hojas.

¿A dónde solo iré, si a todas partes
Me sigue la memoria,
Y un mundo de recuerdos voy llevando,
Y me persiguen invisibles sombras?

Reflejo

En la ribera de laguna hermosa
 El sauce alza la frente;
 Y en su ilusión de amor, ella inocente
 Le retrata en el agua temblorosa.

Así crece en la orilla de tu vida,
 Lago azulado, en calma,
 El sauce melancólico de mi alma,
 Que retratas en la onda adormecida.

Tu aliento

Como la fresca brisa de la noche,
 Que llega blandamente
 A conmover el entreabierto broche
 De mustia flor, que marchitarse siente;

Viene en dulce vaivén, mujer querida,
 Tu virginal aliento
 A jugar con las flores de mi vida
 Y a refrescar mi mustio pensamiento.

Interrogación

Yo te amo? no lo sé; pero mis ojos
 Lo que padece el alma te dirán,
 Porque son las miradas como llamas
 Que se escapan del cráter de un volcán.

¿Yo te amo? No lo sé; pero en mi acento
 Oirás aquella tierna vibración
 Con que suele expresar el sentimiento
 Los murmullos de herido corazón.

Siento una llama interna que me abrasa,
 Siento como una lava de pasión.....
 ¿Conoces tú la causa misteriosa
 Que enciende el corazón?

De lo pasado

Secas están las rosas, vida mía,
Que vieron nuestra dicha en la pradera;
Está seco el torrente que oyó un día
La confidencia de mi amor primera.

Pero el recuerdo es eco de un suspiro
Y aroma de una flor desfalleciente;
Y aun de las rosas la fragancia aspiro
Y escucho aún el ruido del torrente.

A través de una lágrima

Si una lente interpones a los rayos
Que del zenit el sol vívido lanza,
Cuando salen del foco cristalino
Más intensos abrasan.

Como los rayos de tus negros ojos
Descienden más ardientes sobre mi alma,
Cuando al mirarme enamorados, brilla
En ellos una lágrima.

Mis alas

Cual negro buitre el corazón me roe
 Insaciable deseo,
Y, atado en el peñón de un imposible,
Me devora el dolor de Prometeo.

Pero la mano del pesar al alma
 A encadenar no alcanza,
Porque es dueño el amor de lo infinito
Y el ala con que sube es la esperanza.

A lo lejos

Del ocaso a los pálidos reflejos
 Tristes mis ojos ven,
Perdido dibujarse allá a lo lejos
De mi esperanza el malogrado Edén.

Como el ave en las rejas prisionera
 Contempla con dolor,
 Balancearse la lánguida palmera
 Donde colgaba el nido de su amor.

Huellas y surcos

El azulado lago se sonríe
 Cuando gotas de lluvia en él descienden,
 Y sus inquietas ondas
 Hasta la playa rápidas se extienden.

Pero se hincha su seno, y no pudiendo
 El cauce contenerlas,
 Gimiendo las derrama en las orillas,
 Convertidas en lágrimas y perlas.

Del placer la sonrisa vagarosa
 Dilata el corazón estremecido,
 Que, al chocar en el pecho,
 Exhala melancólico gemido.

Y el surco que en el rostro la sonrisa
 Nos marca cuando pasa, es el camino
 Que ella misma señala
 A lágrimas que corren sin destino.

Tu atracción

Cuando descienden de la noche bruna
 Las sombras misteriosas,
 Extiende sobre el mundo la tristeza
 Sus alas tenebrosas.

Y cuando cierras tus azules ojos
 Se anubla el alma mía,
 Y en ella vierte sus amargas ondas
 Letal melancolía.

De mi existencia en el estéril campo
 Tú como un astro brillas,
 Y cuando flores de su seno brotan,
 Son tuyas las semillas.

Luz interior

Busco la soledad, quiero la calma
 Para esconder mi amor;
 Deidad, imagen del pesar del alma,
 ¡Oh noche! ¡Oh noche! oculta mi dolor.

—Para esconder mis sombras, tu tormento,
 Poderosas no son,
 Porque aclara la luz del pensamiento
 La noche de tu mismo corazón.

Volved a mi alma

Como débiles hojas que los vientos
 Arrastran desatados,
 Así vuelan a tí mis pensamientos,
 Del árbol de mi vida deshojados.

Pensamientos de amor, hojas caídas,
 Que, del cierzo al vaivén,
 Cruzáis el mundo errantes y perdidas,
 Sin llegar de mis sueños al Edén.

Pensamientos de amor, de amor sin calma:
 El huracán retumba
 Y a destrozarnos va; volved a mi alma
 Y cubriréis su desolada tumba.

Cuerdas sonoras

De la esperanza el sol brillante dora
 Del hombre la mañana,
 Y en la áurea lira de la vida humana
 Vibra feliz la cuerda del amor.

Cuando después al corazón envuelve
 La duda con su manto,
 Y huyen los sueños que quisimos tanto.....
 Triste vibra la cuerda del dolor.

Eternas fugitivas

Llega huyendo del sol la rubia aurora,
 Pues la inunda con ósculos de luz,
 Y temblorosa y tímida se oculta
 En su manto de nácar y de azul.

Y celosa la tarde y solitaria,
 Cubierta de fantástico crespón,
 Va persiguiendo al sol en su carrera,
 Como perpetua mártir de su amor.

Flor de mi vida

La pasión, de huracanes coronada,
 Borrascas en el alma levantó;
 Mas vino la alborada,
 Y la luz la tormenta adormeció.

Y ví del seno de ese mar ignoto
 Una imagen fantástica surgir,
 Como la flor del loto,
 Que en su cáliz encierra el porvenir.

La flor brilló en la frente de la aurora
 Con mágico arrebol.....
 Y tú fuiste de mi alma la señora
 Y de mi cielo el sol.

Contrastes

Las escarchas heladas
 Queman en el jardín hojas y flores;
 Y el sol de las ardientes alboradas
 Desarrolla los húmedos vapores.

Mi llanto húmedo y frío
 Del corazón las flores va secando;
 Y el ardoroso amor del pecho mío
 De un hielo sepulcral me va matando.

El fondo del alma

Olas de luz la mente fascinada
Cercan en derredor;
Y, zahorí misterioso, la mirada,
Penetra los arcanos del amor.

El corazón abruma del deseo
El vértigo tenaz,
Y escucha en su perpetuo devaneo
Vibrar el eco de una voz falaz.

Soñar y padecer, premio que alcanza
Nuestro ingrato anhelar;
Porque sueño no más es la esperanza,
Que nos muestra el dolor al despertar.

Orbita tiene el sol, el mar cimienta
Y rumbo el aquilón,
Mas ¿quién enfrena al loco pensamiento
Y límites señala al corazón?

Lo que queda

La espalda de la mar azota el viento;
En la nube el relampago serpea;
Fustiga al corazón el sentimiento,
Y al cerebro la idea.

¿Después? Se aleja el huracán deshecho,
Brilla el cielo más puro, el mar se calma.....
Mas quedan el dolor en nuestro pecho
Y la duda en el alma.

Quizás!

Mi corazón repleto de amargura,
Palpita sin cesar,
Mirando siempre lejos la ventura
Que nunca en su delirio ha de alcanzar.

Y anhela ver la aurora sonrosada
 De un día de ilusión;
 Y cuando anhela todo.....encuentra nada:
 Padece sin quejarte, corazón.

Soporta del destino la crudeza;
 Padecer es vivir;
 Nunca el valiente inclina la cabeza
 Y sabe el mártir sin temblar morir.

Si en ansiedad eterna nunca alcanzas
 Lo que anhela tu afán;
 Quizás mañana tráigante esperanzas
 En sus alas las horas que vendrán.

✱ Ella sola

Es su imagen el sueño de mis ojos,
 Y son sus besos sueño de mis labios;
 Y cubro de mi amor con los despojos
 La triste realidad de sus agravios.

En mis ojos la miro centellando,
 Siento mis labios refrescar su aliento,
 Oigo su voz a mi alrededor cantando
 Y se baña en su luz mi pensamiento.

Lo que se va

Soñó el poeta. En la elevada cumbre
 Prendió su antorcha el día,
 Y con aureola de celeste lumbre
 Risueña la esperanza aparecía.

Pensó el hombre. La noche de repente
 Vistió la lontananza;
 Y, árido el corazón, triste la mente,
 Vió alejarse llorando a la esperanza.

La voz que el alma tiene
Es cántico al llegar, y, al irse, queja;
¡Qué bella es la esperanza cuando viene!
¡Qué triste, si se aleja!

Sed

Sombría inmensidad, Sahara desierto
Donde no hay una flor,
Y sólo se oye el tétrico concierto
Del Simún destructor!

Y fuego y sed! El ánimo oprimida
De ansiedad y calor,
No halla una gota de agua apetecida
Para calmar su ardor.

¡Oh Dante! de tu drama los tormentos
Los de la vida son:
Verdugos sin piedad los pensamientos,
E infierno el corazón.

Desbordes

El inmenso pesar del pecho mío
Amargo siento desbordarse yo,
Como torrente de copioso río
Cuando su seno la borrasca hinchó.

Derrámase el torrente sobre el prado
Y agosta las silvestres florecillas;
Y mi dolor estalla desbordado
En lágrimas que queman mis mejillas.

Remembranzas

Las hojas secas que arrebatada el viento
Cruzando el aire van,
Y cruzan en el ancho firmamento
Las nubes a merced del huracán.

Cual aves, del invierno sorprendidas,
 Vuelan a otra región,
 Así las ilusiones desprendidas
 Cruzan la soledad del corazón.

En el aire las brisas aromosas,
 Las olas en el mar,
 En el valle los lirios y las rosas,
 Pasan, y nada dejan al pasar.

Del alma huyendo van las esperanzas,
 La dicha y el amor;
 Mas dejan, cuando pasan, remembranzas,
 Y huellas imborrables de dolor.

Siemprevivas

Es el amor gusano que insaciable
 Se nutre de sí mismo,
 De la esperanza humana irrealizable
 En el oscuro abismo.

Y brotan del amor en el misterio
 Tristísimos fulgores,
 Cual brotan en el frío cementerio
 Sobre las tumbas flores.

Ola fugitiva

Tu imagen virginal, mi pensamiento
 Cruza al compás de lánguidos cantares,
 Como surca la espuma de los mares
 La blanca vela a la merced del viento.

Y tu recuerdo, con murmullo blando,
 Viene a besar el corazón que te ama,
 Cual ola de la mar que se derrama
 A morir en la playa sollozando.

Su estela

Abismo es el amor, donde se mezclan
 Congojas e ilusiones,
 Recuerdos que en el alma se sepultan
 Entre oleajes de nuevas impresiones.

Espera, corazón; hallo contento
 En tu misma amargura,
 Pues la pasión se nutre del delirio
 Y el amor nos halaga y nos tortura.

Voy siguiendo la estela de sus ojos
 En pos de una mirada,
 Y vivo este dolor que me da muerte,
 De un imposible el alma enamorada.

Hacia tí

No me mires, por Dios, porque tus ojos
 Queman mi corazón;
 Son serpientes de fuego sus destellos
 Y anublan mis pupilas, como el sol.

Mírame, por piedad; vivir no puedo
 Sin ver tus ojos yo;
 Que de ellos es mi pensamiento sombra,
 Y el pensamiento de mi vida son.

Por ellos muero yo, por ellos vivo,
 Imán de mi alma son,
 Que, fascinada de su luz, va a ellos,
 Mariposa, a morir en su calor.

La enredadera

La tormenta y el viento
 Han deshojado la robusta encina,
 Que bamboleando en carcomido asiento
 Cual moribundo gladiador se inclina.

Pero, a su tronco asida,
 Enredadera tropical la cubre;
 Y con agenas flores revestida,
 Su yerto seno y su aridez encubre.

Mi corazón helado,
 De tu fecundo amor llenan las flores,
 Y con la pompa de verdor prestado
 Oculta así sus penas interiores.

Alba y crepúsculo

Sobre el nevado altar de las montañas
 Abre la aurora sus azules ojos,
 Y de luz resplandecen en manojos
 Sus doradas pestañas.

Al verla centellar en lontananza
 Mi corazón palpita de alegría:
 Y pienso en *Ella*, y el nacer del día
 Me trae una esperanza.

La tarde se adormece en las montañas
 Como en el alma la ilusión perdida,
 Y en sus ojos la luz queda dormida
 Al cerrar sus pestañas.

En esa sombra nómada me pierdo,
 Baña mi corazón melancolía:
 Y pienso en *Ella*, y el morir del día
 Me trae su recuerdo.

La perla

Tu bella imagen mi pasión resguarda
 En lo hondo de mi amante corazón,
 Como la perla que en su seno guarda
 La nacarada concha en un peñón.

Podrán las olas de la mar bravía
La concha en su corriente arrebatár,
Pero nunca podrán, hermosa mía,
La perla de la concha separar.

Golondrinas

Abandonó la errante golondrina
Su nido en la mañana, por cruzar,
Entre el cendal de la sutil neblina,
Las encrespadas olas de la mar.

Volando sin cesar, rauda se lanza
A perderse del cielo en el confín;
Y sigue.....hasta que ya sin esperanza
Halla en la espuma su sepulcro, al fin.

No tiendas hacia un mar ilimitado
Las alas del deseo, corazón,
Que cuando caigas, de volar cansado,
Te ha de hundir en sus olas la ambición.

Renuevo

Como retorna la estación florida
Con sus cantos, sus aves y sus flores,
Torna la primavera de mi vida
Con sus sueños, su luz y sus rumores.

Pero el helado soplo del invierno
Vuelve a agostar las flores y las hojas,
Y el renacer del alma sempiterno
Va también renovando mis congojas.

Lucha ciega

Me quema el alma.....Un río de miradas,
Tempestad de suspiros y sonrisas,
Notas de amor volando entrecortadas
Y de palabras mudas la armonía.

Al vaivén de la música indeciso,
 En brazos de un rival mueve su planta,
 Semejante a una flor del paraíso
 Que el aliento de Dios aun agitara.

Refleja todo el odio que *El* me inspira
 La mirada de amor que clavo en *Ella*;
 Y la que fijo en *El*, de negra ira,
 El fuego con que la amo le demuestra.

Aparta, corazón; déjame a solas;
 La existencia contigo es un infierno,
 Y al rodar tumultuoso de tus olas
 Lucho en la sombra, delirante y ciego.

Siempre llanto

Enamorado acarició el rocío
 El cáliz de una flor.....
 Y al alejarse, en dulce desvarío,
 Vertió en ella una lágrima de amor.

Quiso besar el césped del collado
 La neblina sutil.....
 Y quedó de sus gotas salpicado,
 Que semejan allí lágrimas mil.

Quiso al cielo subir: sobre las brumas
 Alzó su frente el mar.....
 Y derramó al caer blancas espumas
 Cual lágrimas amargas de pesar.

Mi alma azotó la tempestad sin freno
 De indómita pasión.....
 Y pasó la tormenta, y luego lleno
 De lágrimas sentí mi corazón:

Tus ojos

Tu amor, cual tu mirada, es inocente;
 Se retrata en tus ojos la ternura,

Como en el agua de tranquila fuente
Se mira de los cielos la hermosura.

Pero hielan del mundo los enojos
El corazón y la pupila en breve,
Y el alma se ve entonces en los ojos
Como un árbol sin hojas en la nieve.

Aromas

Cuando al pasar el aura de la tarde
Cariciando tu sién,
Que van sientas sus alas empapadas
De aromas del Edén.

Sabe que al marchitarse para siempre
La flor de una ilusión,
Se desprende su aroma delicado
Buscando un corazón.

Pensamiento y recuerdo

Un recuerdo de amor en mi alma duerme
Cual paloma entre flores aromadas,
Y un pensamiento delicado y tenue
Lo cubre con sus alas.

Mi pensamiento tu recuerdo abriga,
Como el niño, en la noche tempestuosa,
Resguarda con la mano la bujía
Que disipa las sombras.

Y tu recuerdo el pensamiento guarda,
Como la madre cariñosa y dulce,
El perdón, el consuelo y la esperanza
Para el hijo que sufre.

Sus palabras

Te *amo*, me respondió, *te amo*; y temblaba
Cual nenúfar del lago a las orillas;

De mí sus ojos tímida apartaba,
 Y sus hermosas, pálidas mejillas
 El pudor sonrosaba

—*Adiós*, me dijo, *adiós*; y balbuciente
 La palabra en sus labios se moría;
 En mí clavaba su mirar doliente,
 Su rostro de temor palidecía,
 Se nublaba su frente.

Canto y silencio

Nace la aurora en el azul de oriente,
 Cual nace la esperanza sonriente
 Y tímida en la vida:
 Y cantan su venida
 Con mágicos rumores,
 Auras y fuentes, pájaros y flores.

Muere del sol la luz en lontananza,
 Como muere en el alma la esperanza
 Que eterna imaginamos;
 Perderse la miramos,
 Y callan sus rumores
 Auras y fuentes, pájaros y flores.

El fondo del corazón

Era una tarde del invierno frío:
 Las nubes en el cielo se agrupaban;
 Los árboles sin hojas se quejaban;
 Y, a solas con mi amante desvarío,
 Recuerdos a mi mente se apiñaban.

Me acojí al corazón; y tuve miedo
 Al ver en él un yermo desolado,
 Sin rumores ni luz, marchito, helado.....
 Y, acallando mi mal, quedo, muy quedo,
 Huí del corazón desesperado.

¿Por qué callan su voz los ruiseñores?
¿Por qué las fuentes trémulas suspiran?
¿Por qué se agostan ¡ay! todas las flores?
¿Por qué las almas convertirse miran
Sus esperanzas todas en dolores?

Lamos

Juntóse más alla del horizonte
Con un rayo de luna otro de sol;
Y su reflejo pálido en el monte
Fugitivo crepúsculo formó.

Mi triste amor y tu pasión ardiente
Confundieron su luz en lo ideal,
Y brilló a nuestros ojos débilmente
La aurora de placer que huyó fugaz.

Mi camposanto

Cual leñador que rompe la maleza
Y descuaja los árboles inmensos,
Me abrí paso a través de mis recuerdos,
Y al pasado volví.

Y, esperanzas llorosas, ilusiones
Muertas con la sonrisa entre los labios,
Incorporadas en sepulcros blancos,
Hallé sólo ¡ay de mí!

Y en este cementerio del olvido,
Son los recuerdos cárabos huraños,
La primavera invierno, tumba el nido,
Las bellas esperanzas desengaños.

Pasando, pasando

El viento mueve en rauda remolino
Las ramas apiñadas;
Y las hojas del árbol arrancadas

Van rodando en el polvo del camino;
 Y siguiendo, siguiendo,
 En la sombra y la luz pasan gimiendo.

La inmensa cabellera agita el viento
 Sobre el cristal del río,
 Y ondas de plata en caprichoso lío
 Siguiendo van su curso turbulento:
 Y pasando, pasando,
 Gemidos mil y mil van murmurando.

La esperanza fugitiva

Se apartó de mi lado. La veía
 Perderse cual visión en lontananza:
 El corazón enfermo me dolía,
 Pero quedaba en mi alma la esperanza.

Después hirió mi corazón su olvido,
 Y, sin poder llorar, gemí sin calma;
 Mas ciego recordando el bien perdido,
 La esperanza de ayer no hallé en el alma.

Sólo el pasado existe

Sólo el pasado existe. Del primitivo instante,
 Que se desliza rápido como el agua que corre,
 Queda el recuerdo apenas, como queda la sombra
 En cuanto el sol se pone.

Todas las esperanzas vencidas de la vida,
 Cubiertas con sus velos de pobres plañideras,
 Píadas acompañan el fúnebre cortejo
 De nuestras glorias muertas.

La juventud florida pasó como un ensueño
 Y el arado del tiempo nos marcó sus arrugas,
 Cercando nuestras almas, que, por desgracia, aun viven,
 Con espinas y dudas.

Sólo existe el pasado, sólo existe el recuerdo,
En el pecho encendido, cual lámpara votiva.....
Mañana nuestros hijos prenderán esa lámpara
En la casa vacía.

La poesía del dolor

Germinar la simiente no podría,
Sin que roto la tierra haya el arado,
Ni la fuente brotar de la poesía
En pecho que el dolor no haya rasgado.

¡Oh! Dante, que cruzaste el infinito
Abismo de la muerte y del tormento;
¿No sentiste en las quejas del precito
La misma inspiración de tu lamento?

Canción de amor

De las entrañas de la peña brota
En agreste silencio, gota a gota,
Oculto manantial;
Mas siente, al derramarse sobre el llano,
La gloria del vivir, y canta ufano
Sus rimas de cristal.

Los rayos de la luna en el bosque,
De la amada transmiten el mensaje
Al dulce ruiseñor,
Y en su canto derrama la ternura,
Que dió a todos los seres la natura
Cuando creó el amor.

Bajo el balcón de la beldad que adora
El noble trovador piedad implora
Con su tierno laud;
Y en la triste canción que de él emana,
Como un sartal de perlas se desgrana
Toda su juventud.

El poema del silencio

Si a hablar impulsa amor cuando desborda,
 ¡Cuántas veces, en cambio, el labio calla,
 En esas horas de tormenta sorda
 Que dentro el alma fórmase y estalla!

El silencio es la súplica en los ojos
 Y la resignación en la mirada,
 Un lampo de ternura en los sonrojos,
 Y en la sonrisa, la palabra alada.

Los arcanos

Arriba..... de las sombras el imperio:
 Abajo..... los abismos del oceano:
 Ni el proceloso mar ni el sér humano
 De su seno descubren el misterio
 Ni de la vida el infinito arcano.

Entre sombras cruzando la existencia,
 Marchamos, sin saber, hacia el ocaso,
 ¿Quién sabe la razón de su presencia,
 Quién hacia el porvenir mueve su paso,
 Quién puede penetrar en su conciencia?

La luz fecunda

Basta el rayo de luz de una mirada
 Para que brote el poema de la vida
 Con todos sus placeres y dolores:
 Pues sólo puede la mujer querida
 Como el radiante sol de la alborada,
 Con un beso de fuego abrir las flores.

Lucha creadora

La tempestad, que en lo alto el rayo crea,
 Forma la perla de la mar al fondo.....
 Del cerebro en la fragua arde la idea,
 Pero el amor, del alma en lo más hondo.

Perla y amor son frutos del abismo,
Que nacen de la lucha y la tormenta;
Sin que el hombre mirar pueda en sí mismo,
Ni el mar, de sus tesoros darse cuenta.

Olas y dudas

Ni el mar está tranquilo ni el pensamiento calma;
Tras un nivel que no halla se agita el oceano,
Tras imposibles sueños el corazón humano;
Y dudas y dolores las olas son del alma,
Y son el mar y el hombre juguetes del arcano.

Hojas y versos

Hojas secas del otoño, que esparce sutil el viento;
Versos, abejas de lumbre, que vuelan del pensamiento;
Unas y otras son mensajes que llevan el mismo nombre,
Las unas natura forma, las otras escribe el hombre.

Las hojas primaverales, que cunas de flores fueron,
De invierno vientos glaciales en cenizas convirtieron;
Los versos, que en cada página el poeta ha recogido,
Hojas son que el viento arranca y las dispersa el olvido.

Los aparecidos

Hay recuerdos que surgen derepente
De lo más hondo del cerebro humano,
Como brota del surco la simiente
A los primeros fuegos del verano.

Son ellos la vida el pobre fruto,
La ceniza indeleble de los años.....
Siervos que ofrecen al ayer tributo
Y besan de su trono los peldaños.

Recuerdos y esperanzas se confunden
En el presente, al fin, como en un vaso.....
Sueños de amor que en el abismo se hundan,
Y astros rotos muriendo en el ocaso.

El desborde

Cubre el agua de flores la pradera
 Cual fecunda el amor la vida entera.
 Pero el tranquilo manantial que fluye,
 Y las orillas de matices borda,
 Las propias flores que sembró destruye
 Cuando en hinchada tempestad desborda.
 Porque es toda pasión, iconoclasta,
 Que, al fin, sus propios ídolos devasta.

La aureola

Cuando toda ilusión se desmorona
 Y el alma el tedio y la tristeza siente,
 Aun guarda el arte esplendidez corona
 Para del genio decorar la frente.

Que en la augusta cabeza de los viejos
 Es aureola la blanca cabellera,
 Que alumbran con olímpicos reflejos
 Apolo vencedor, Minerva austera.

Mariposas

¡Quién sabe si no son las mariposas
 Almas errantes de mujeres bellas,
 Nostálgicas de empresas amorosas,
 Que bañanse en la esencia de las rosas,
 Antes de alzar su vuelo a las estrellas.

Yo amo a esos seres de volar inquieto,
 Que viven de la luz y la fragancia,
 Susurraban de las flores el secreto,
 Y escriben en el aire el alfabeto
 Del amor, la ilusión y la inconstancia.

✧ En vano huyes

¿Por qué la mía tu mirada esquiva
 Y tu eco no responde a mi pasión,

Si de mi alma en el fondo te hallas viva,
Si te llevo en mi mismo corazón?

Nunca podrás huir de mi existencia,
De tu magia el poder tanto no alcanza:
Que absorbe mi pasión tu indiferencia
E ilumina tu olvido mi esperanza.

Andaluza

Quien Carmen te llamó, supo que había
De Granada en los cármenes floridos
Claveles por el sol enrojecidos,
Que tienen tu incentivo y gallardía.

Vibren de la guitarra los rumores
Rían las castañuelas bulliciosas,
Y sobre tí derramen los amores
Cascada de claveles y de rosas.

Venus dirija salerosas danzas,
Salte la manzanilla de alegría;
Y enlazados placres a esperanzas,
Canten la gloria en tí de Andalucía.

Amor y Libertad

Rumor de alas de águila, que en el espacio flota;
León que en la selva ruge contra la presa alerta;
Furioso mar que estalla, relámpago que azota.....
Pueblos, alzad la frente, la Libertad despierta.

Auras primaverales, suavísimos murmullos,
El nido que se anima, la flor que brota y crece;
Caricias y promesas y músicas y arrullos.....
Almas, mirad a lo alto: es amor que amanece.

En lontananza

El alma humana la ilusión colora
Con la luz sonrosada de la aurora,
Como el recuerdo triste
Del color del crepúsculo se viste.....
Mas siempre de la vida en lontananza
Hay el amanecer de una esperanza.

Almas y fuerzas

Todo palpita y siente y se fecunda
En la extensión inmensa que el sol baña:
De la tierra estremécese la entraña
En gestación proficua, pues la inunda
Con torrentes de lava la montaña.

Impulsan misteriosas atracciones
A eterno movimiento el oceano,
Y surgen tempestades y ciclones,
Cual surgen tempestades de pasiones
En lo interior del corazón humano.

Poesía eterna

Como la aurora viene para anunciar el día,
Como el botón es cuna donde nacen las rosas.
El alma humana siente lo que es la poesía
Cuando el amor despierta la vida de las cosas.

Ese amor, que acaricia la bella primavera
Con cantos de ventura, con sueños de pasiones,
Es el sino inmutable de la existencia entera
Y la eterna poesía de nuestros corazones.

Es el bardo la abeja que las almas escancia
Para libar en ellas su purísima esencia,
Y fabrica en silencio con aquella sustancia
La miel de la poesía, que es su propia existencia.

Lo que perdura

Cual luna que argenta las nubes sombrías
Y deja, si pasa, más negra la cumbre,
Así los recuerdos de plácidos días
Tan sólo un instante derraman su lumbré,
Y vuelven las penas, más negras, más frías.

Sólo en los recuerdos el alma florece,
Sólo del pasado se nutre la vida,
De ayer es semilla la que hoy reverdece,
En ella el secreto de mañana anida:
Feliz quien recuerda, ingrato el que olvida.

Lo que eres tú

Como el astro de la noche que en el lago azul fulgura,
En tus ojos se reflejan tu modestia y tu ternura,
De tus labios suavemente se desprenden tus sonrisas
Cual del valle los aromas en las alas de las brisas.

Un enjambre de ilusiones acompaña tu presencia
Y una estela de recuerdos atrás dejas en tu ausencia;
Tu alma es bella porque tiene la bondad por atractivo,
Y la gracia da a tu rostro la virtud de su incentivo.

La flor del sentimiento

En su inquieto cerebro el hombre siente
Algo que sin cesar relampaguea,
Y cual astro que surge en el oriente,
O cómo ola en el mar, nace la idea.

La vida universal el alma encanta:
Y al calor del humano sentimiento
Abrese el corazón, y se levanta
De su seno la flor del sentimiento.

Tedio

Llevo en mi corazón el negro hastío;
 Cubren alas de sombra el pensamiento;
 Hay en mi alma un vacío
 Do su furor desencadena el viento.

Las lágrimas de amor que no he vertido,
 Dentro del pecho triste han granizado;
 Y me muero oprimido
 Por el monte de nieve que han formado.

Congoja, desaliento, incertidumbre;
 El tedio me devora, nada ansío;
 Negra es del sol la lumbre
 Y sus rayos de fuego me dan frío.

El vaivén de las olas

Vienen y van las olas,
 Mecidas en la cuna de los vientos;
 Y ondean a compás los pensamientos,
 Cuando el alma está a solas,
 Como al beso de Abril las amapolas.

Lanza la ola su queja,
 Al dormirse en la playa, fatigada;
 Y triste gime la ilusión pasada
 Que del alma se aleja,
 Y blanca estela en las tinieblas deja.

Del mar embravecido
 Se pierden los rugidos en el viento,
 Y se pierde en el labio el pensamiento
 Y en el aire el gemido:
 Todo tiende a morir donde ha nacido.

Olas del oceano
 Gemidos de las almas que deliran,
 Vienen y van y sollozando espiran;
 Y fuera intento vano
 Calmar el mar y el corazón humano.

A solas

Un enjambre de estrellas inocente
 Juega en el fondo azul de la laguna,
 Y la noche estival cubre mi frente
 Con un velo de rayos de la luna.

Cae el rocío en blanquecinos rastros
 Al entreabierto cáliz de las flores,
 Cual luminoso llanto de los astros
 En idéales diálogos de amores.

¡Dulce es soñar y padecer a solas,
 Cuando callan los pájaros y el viento,
 Y en urnas de cristal duermen las olas
 Y en recuerdos se aniega el pensamiento!

La sombra

Hundió el sol en el lóbrego horizonte
 Su disco de dorados resplandores;
 Pero queda a su paso sobre el monte
 Vacilando el postrer de sus fulgores.

Perdióse ya mi estrella en el ocaso,
 Tras un día de amor y venturanza;
 Y, al alejarse, me dejó a su paso
 La sombra, nada más, de una esperanza.

Sombra que se proyecta y se dilata
 De mi alma en tos abismos, al pasar,
 Como las alas de la noche ingrata
 Sobre la inmensa soledad del mar.

Mis pensamientos

Dos almas sus miradas atraviesan,
 Y en el azul de lo ideal se besan
 Con misterioso halago
 Cual dos ondas de un lago;
 Y en alas de los vientos
 Van cantando en tropel sus pensamientos.

Viene el invierno de las almas triste
En que el dolor de su crespón las viste:
Las fuentes se congelan,
Las ilusiones vuelan,
Y en alas de los vientos
Van gimiendo en tropel sus pensamientos.

La caravana

Hay un desierto inmenso y aterido,
A do las almas huérfanas se van
Cual aves desterradas:
Es la región estéril del olvido,
Que no alumbran del sol las llamaradas
Ni estremece la voz del huracán.

Aire de sueños esa pampa orea;
Despiden secas yerbas acre olor;
Brilla luz de miradas;
De negro peñascal lento gotea
Un manantial de lágrimas heladas,
Y susurran gemidos de dolor.

Caravana de sombras va cruzando
La triste soledad de esa región;
Y, en bulliciosa danza,
Bellísimas mujeres van llegando,
Que vienen a enterrar nuestra esperanza
En el mismo ataúd del corazón.

Sus ojos

El blanco de sus ojos es de aurora
Y su pupila de la noche umbría,
Y de su oscuro fondo, que el sol dora,
Nace de amor y de esperanza el día.

Si los párpados cierra por no verme,
Y hay en mi alma crepúsculo de noche,
Me parecen sus ojos flor que duerme
En la cuna de seda de su broche.

Como agita la luna enamorada
Las olas de los mares turbulentos,
De sus ojos la mágica mirada
Agita mis dormidos pensamientos.

Es su ardiente mirada de sirena,
En sus ojos el alma está esculpida;
Tósigo es su mirada, que envenena,
Es su mirada fuego, que da vida.

Flores que mueren

Del sol los rayos fecundadores
En las mañanas de primavera,
Hacen mil bellas, cándidas flores
Brotar risueñas en la pradera.

Y de tus ojos al dulce rayo,
Que fecundiza los corazones,
Como a los tibios del sol de Mayo,
Brotan en mi alma las ilusiones.

No las marchites con tus rigores,
Si mi ventura se cifra en ellas;
Cuando del alma mueren las flores
Dejan por siempre profundas huellas.

Lejos de ella

Al ver sus claros ojos,
Relámpagos lanzando de pasión,
Era de sus antojos
El esclavo feliz mi corazón.

De sus ojos que adoro
Me separó la suerte sin piedad;
Y, esclavo siempre, lloro,
Porque es su esclavitud mi libertad.

Lejos de ella, no encuentro
 Dicha ni paz, sosiego ni bonanza;
 Es de mi vida el centro,
 Forma de mi alma, imán de mi esperanza.

Mi amor pasado

Te quiero amar, pero en mi pecho yerto,
 Cual colmena irritada,
 De otro amor los recuerdos que no han muerto
 Despiertan en mi alma.

Yo te amaré con el amor pasado
 Con que quise a esa ingrata,
 Y haré de los recuerdos que he guardado,
 Mis nuevas esperanzas.

Te quiero amar con mis pasadas penas:
 Será mi pasión larga,
 Pues, rompiendo del tiempo las cadenas,
 Te amaré en el ayer como en mañana.

Sombras

La esperanza que muere sólo deja
 Sombra en el corazón,
 Y deja en la conciencia, si se aleja,
 Sombra, no más, la luz de la pasión.

Las esperanzas de mi pecho exhumo,
 Y me pongo a llorar.....
 Ha sido mi ilusión sombra del humo
 Que ví sobre mi espíritu pasar.

Está cubierto el templo de la gloria
 De fúnebre crespón.
 ¡Qué triste cementerio es la memoria!
 ¡Qué desolada ruina el corazón!

La fuente amarga

Ay, del que llora la ilusión perdida,
Que hermosa un tiempo desplegarse vió;
Ay, del que arranca al alma dolorida
Del desaliento el moribundo són!

Si fuente de amargura en mi alma brota,
¿Alegre mi canción cómo ha de ser?
Si cada verso mío es una gota
Desprendida de allí, gota de hiel?

Esfinge taciturna de alabastro,
Que se alza de mi vida en la montaña,
Los abismos de mi alma, como un astro,
El pálido dolor con rayos baña.

Y espejean, por eso, en mis canciones
Lamos siniestros, pálidos reflejos,
Como de negras nubes los girones
Con que juega el relámpago a lo lejos.

Esperanza que vuelve

Del seno de los mares, dispersando
Las impalpables brumas,
En los brazos del sol surge la aurora
Sobre cuna de espumas.

Y del fondo de mi alma, que anublaron
Dudas y decepciones,
Se levantó tu imagen, coronada
De ideales ilusiones.

El invierno trocóse en primavera,
La tormenta en bonanza,
Y volvió, de otra edad la compañera,
Más bella, la esperanza.

Y son mis pensamientos mariposas,
 Que, en raudos aleteos,
 Exprimen en los labios de las rosas
 La miel de los deseos.

Desengaño ^{xy}

Los hombres su amistad me prometieron
 Amarme las mujeres me juraron:
 Ellas y ellos mintieron
 Y el corazón a trozos me arrancaron.

¡Dichosa tú que tienes la esperanza
 Y que amar puedes con delirio santo!
 Ya para mí no alcanza
 La lumbre del amor, que quise tanto.

Las alas

Un ángel eres tú, pero las alas
 Al descender al mundo las perdiste.....
 ¡Encontráralas yo! porque deseo
 Volar a la región donde naciste:

Región de eterna luz, donde brotaron,
 De amor entre los vivos arreboles,
 Cual los astros del mundo de los sueños,
 Tus ojos, negros soles.

El beso fatal

Soñolienta la tarde se alejaba,
 Y a mi lado Enriqueta,
 Con amante cuidado me contaba
 La historia de Julieta.

De su mirada con la luz teñía
 Mi loco pensamiento,
 Vibraba al escucharla el alma mía,
 Me abrasaba su aliento.

De mi amante locura en el exceso
 La besé, por mi mal;
 Y hallé tan sólo en el ardiente beso
 Un hielo sepulcral.

Que es la pasión granítica montaña
 Donde arde fuego interno,
 Y que ostenta en la cima, que el sol baña,
 Manto de nieve eterno.

Vaguedad

Cuán triste está! Sobre su frente pálida
 Descienden sus cabellos en desorden,
 Cual nubarrón de tempestad que vela
 La cabeza de nieve de los montes.

Baña su cuerpo un rayo del crepúsculo,
 Cual de mármol fantástica escultura,
 Y de pieles de armiño bajo el manto
 El pecho ardiente estremecido ondula.

Sus ojos clava en el remoto límite
 Con la vaga atención de lo infinito,
 Y del labio entreabierto se desprende
 Aleteando tiernísimo suspiro.

¿Acaricia un ensueño melancólico?
 Su corazón el sufrimiento mata?
 ¿O mira ya las sombras del olvido
 Ir en tropel obscureciendo el alma?

La atracción del abismo

Hay en tus ojos vértigos y anhelos,
 De ternura misterios y de amor;
 Queman ellos con fuego de los cielos,
 Pero negros ¡ay! son como el dolor.

Gira tu negra y húmeda pupila,
Bañada de su propio resplandor,
Como en lóbrega noche el mundo oscila
Del cortejo de estrellas al reedor.

Son relámpagos negros tus miradas,
Que engendran en el pecho tempestad,
Son palabras de luz magnetizadas,
Que en el alma producen claridad.

En tus ojos, por mágico espejismo,
Descifro de mi vida el porvenir.....
Tienen las atracciones del abismo
Y la esperanza en ellos va a morir.

En lo azul

Como astro enfermo que amoroso sueña
Con astros de apagados resplandores,
Triste la luna y pálida diseña
Un semblante marcado de dolores.

Y de ella va cayendo silenciosas
Estrellas mil al azulado cielo,
Que en lágrimas se cambian temblorosas,
Que enjuga el sol con su dorado velo.

Ama la luna al sol: marcan las huellas
De sus besos de lumbre, que borbotan,
Planetas en botón, larvas de estrellas,
Que en los espacios infinitos brotan.

Frases de luz

Si le hablo de mi amor, no me contesta;
Sólo me mira, de emoción turbada,
Pues no halla su candor otra respuesta
Más sencilla y veraz que una mirada.

¿Quién la expresión purísima concibe
Ni puede hallar la forma de la idea,
De esas frases de luz que una alma escribe
Y otra alma enamorada deletrea?

El paso de los recuerdos

Han pasado los años cual las hoces
Que van segando mieses,
Y forman las memorias de mi vida
Una larga cadena de reveses.

Sobre escombros de muertas esperanzas,
Que el tiempo ha amontonado,
Melancólicas sombras atraviesan,
Con el semblante en lágrimas bañado.

Son los recuerdos.....Lúgubres viajeros
Que atraviesan las ruinas,
Y que el paso detienen jadeantes
Porque les hacen sangre las espinas.

Pero pasan y pasan en silencio,
Sin detenerse nunca.....
¿A dónde irá tanta ilusión que muere,
Tanta bella esperanza que se trunca?

No despiertes

Abandona mi pecho el negro hastío,
Una indecisa luz sus antros llena,
Y de un sueño de amor la dulce pena,
"Despierta", dice al pensamiento mío.

Mas no despiertes, nó; reposa en calma
Y huye la luz que su mirada envía.....
Tus ojos besará la luz del día
E irá la noche al fondo de tu alma.

La colmena de recuerdos

Cruzo en silencio el bosque humedecido,
Bajo las alas de la noche fría,
Y del viento el monótono gemido
Sólo interrumpe la quietud sombría.

Cual enjambre de blancas mariposas,
Que van volando en torno de la luna,
Cruzan el cielo estrellas temblorosas,
Que refleja el cristal de la laguna.

La imagen fiel de la mujer querida
Surge en mi corazón cual luna llena,
Y vuelven los recuerdos de mi vida
A formar en el alma una colmena.

El balcón cerrado

Bajo un arco de rosas y jazmines
Vuelve la primavera,
Y nuevas hojas hay en los jardines
Y nueva vida en la feraz pradera.

Idilios de las aves y las flores,
Más bellos han tornado,
Solamente no han vuelto mis amores,
Sólo mi corazón se halla agostado.

Está cerrada la ojival ventana
Cubierta de azahares,
Donde *Ella* oía, de mi amor ufana,
A la luz de la luna mis cantares.

En torno del balcón zumban los vientos,
Llevando en raudos giros,
Hojas de azahar, recuerdos, pensamientos,
Besos, miradas, sueños y suspiros.

Pasión que emigra

Vino la realidad, y de mi amada
El amor me robó;
No siento ya la luz de su mirada,
Y la olvidé también cual me olvidó.

Pero en el corazón nostalgia siento
De mi perdido Edén,
Y adora lo incorpóreo el pensamiento
Y el alma sueña con su antiguo bién.

Porque nos deja la pasión que emigra
Recuerdos y dolor,
Y el dolor es amor que se trasmigra
Y el recuerdo es lo eterno del amor.

Al morir lo terreno y lo corpóreo,
Revive lo inmortal;
Y vuela el alma en pos de lo incorpóreo,
Y olvida a la mujer y ama lo ideal.

Ella y yo

Loco pretendo mi amorosa pena
Del corazón en lo íntimo ocultar,
Mas la pasión que el alma me envenena
Se refleja en mi rostro, a mi pesar.

Zozobro en la inquietud, y finjo calma,
Y quiero ahogar en risas mi dolor;
Mas la indomable tempestad del alma
Baña mis ojos de húmedo vapor.

Los hijos de los hombres no perdonan
Que el sentimiento insulte su placer;
Mas mis propias miradas me traicionan
Y anuncia mi suspiro el padecer.

¡Y *Ella* también pretende en sus antojos
Que devore y oculte mi pasión,
Porque no siente el fuego de sus ojos
Ni en su pecho latir mi corazón!

Pasión y hastío

Se buscan nuestras íntimas miradas,
Se hallan nuestros suspiros,
Y en las noches de luna nuestras almas
Se unen en los espacios infinitos.

Temen hallarse ya nuestras miradas,
Se huyen nuestros suspiros,
Y en las noches de luna nuestras almas
No buscan los espacios infinitos.

La pasión nos acerca y nos abraza,
Nos desune el hastío,
Y son olas de un mar nuestras dos almas,
Que el viento las juntó y él las deshizo.

Noche de las montañas

Voy con la luna platicando a solas
Y oyendo los conciertos de los nidos;
El aire tibio en aromosas olas
Excita los deseos mal dormidos.

Y besan mi pupila
Imágenes extrañas:
¡Salud, noche tranquila,
Noche de las montañas!

Mas ya el sol se aproxima: sus fulgores
Ahuyentan de la noche el desvarío,
Y esconden en sus cálices las flores
Rayos de luna y perlas de rocío.

No besan mi pupila
Imágenes extrañas,
¡Adiós, noche tranquila,
Noche de las montañas!

Dudas y celos

Por qué tus negros ojos
Me ven en actitud siniestra y hosca,
Como Otelos celosos
Que vibran sus puñales en la sombra?

¿Por qué en tus labios, húmedos
Del virginal aliento todavía,
Dibuja tristes surcos
Del desdén la satánica sonrisa?

Ah! los celos se nutren
Del corazón humano con la esencia,
Y a la esperanza cubre
Del desengaño la mortaja negra.

¿Por qué dudas, ingrata,
Si del amor la duda es el verdugo,
Y al matar la esperanza
Hace vestir al corazón de luto?

Ilusiones que pasan

Noche llena de horror. Negros celajes
Visten la lontananza,
Cual saeta de luz el rayo avanza,
Y de ese mar de sombra los oleajes
Bailan de los espíritus la danza.

La estrella, que a los bordes se dirige
De una nube enlutada,
A ver la imagen de otra estrella amada,
No la encuentra en los cielos, y se aflije,
Y a hundirse vuelve en la tiniebla helada.

Recuerdos de dolor mi frente abrasan
 Y el corazón me hielan;
 Sombras de tempestad mis ojos velan,
 Y esperanzas sin fe gimiendo pasan
 E ilusiones de amor llorosas vuelan.

La aurora esperada

Tristes las aves en la sombra callan,
 Y en el broche la flor
 Cual casta virgen, tímida se esconde,
 Pues cantos y colores sólo tiene
 La llegada del sol.

Doradas ilusiones, esperanzas
 Que allá en tu corazón
 De la inocencia duermen al arrullo,
 Las alas abrirán cuando amanezca
 La aurora del amor.

¿Alumbrarás entonces cariñosa
 Con tu pupila azul
 De mi vida los negros horizontes,
 Y sacará mi nombre del olvido
 De tus ojos la luz?

El recuerdo que aclara

He visto un angel de semblante pálido,
 De lánguido mirar,
 Del sueño con la túnica vestido,
 Perderse entre las sombras del crepúsculo,
 Y la frente del mundo envejecido
 Con su fecundo llanto remozar.

Es el recuerdo fiel, que sopla trémulo
 Cenizas de volcán,
 Y a cuyo influjo la ilusión perdida
 Dentro del corazón surge fantástica,
 Para alumbrar la noche de la vida
 Con la luz de una aurora boreal.

Luciérnagas

Las oscuras luciérnagas
Que el manto de la noche van bordando,
Chispas de luz vivísimas
A su paso en el aire van dejando.

Y dejan en mi espíritu,
Al fundirse en las mías tus miradas,
De inspiración los gérmenes
Y de un mundo ideal las alboradas.

Flores que se abren

Rayos de sol palpitan en la espuma
De la laguna azul,
Como almas de las ondas transparentes
Que cambian entre sí besos de luz.

Brisas de primavera abaniquean
Del valle la extensión,
Y llevan en sus alas perfumadas
Mensajes de la estrella y de la flor.

Las ramas de los árboles se mecen
En ritmo musical,
Y flores niñas y recientes nidos
Viene la rubia aurora a calentar.

Y en mi alma los botones de esperanzas,
Que se entreabren al sol,
Llenan de aroma el valle de mi vida
Y de sueños de amor mi corazón.

El bardo no olvida

Solo está el bardo. La lira de oro,
Que sus tristezas siempre acompaña,
De dulces notas raudal sonoro
Riega a los vientos de la montaña.

Las fuentes callan, caen las hojas,
Del ala el ave pliega las plumas,
El bardo lleva negras congojas,
Y hay en el cielo montes de brumas.

Del bardo errante la prometida
Rompió los lazos de sus amores;
Su ausencia él llora, mas no la olvida,
Porque no olvidan los trovadores.

Son los recuerdos su compañía,
Su faz morena la luna baña,
Y sus pesares sólo confía
A los misterios de la montaña.

La odisea del ensueño

Lo recuerdas talvez? Yo llevo impresa
Del alma en lo profundo aquella historia,
De un ensueño de amor, de una promesa,
Que vibra eternamente en mi memoria.

Es la odisea de mi amor perdido,
Que el tiempo ingrato a sepultar no alcanza,
Y que lucha en la sombra del olvido
Con el rayo de luz de una esperanza.

La marchita ilusión, el desaliento
Sólo dejó en mi pecho enamorado;
Y quiere revestirse el pensamiento
Con la pompa y la luz de lo pasado.

Viene el recuerdo a eternizar la vida
De ese amor infeliz, que enfermo existe,
Y a reavivar la dolorosa herida
Del corazón abandonado y triste.

Mis visiones

Qué ambiciono, qué busco,
Con la ansia multiforme de Proteo?
Del cerebro en el dédalo me ofusco,
Del alma en los abismos bambaleo.

Soy el eterno loco;
Mi voluntad, que a batallar me lanza,
Es de guerra el clarín con que provoco
Al destino, que encierra a mi esperanza.

En mis versos hay sonos
De un mundo imaginario, llamaradas
De siniestro cometa, vibraciones
De besos, de suspiros, de miradas.

Del color de los sueños
Mis pálidas visiones van vestidas:
Ellas, tras el combate, sus beleños
Vienen a derramar en mis heridas.

Déjame solo

Si has de violar de amor el juramento,
Y hasta mi nombre has de olvidar mañana,
Como esos ecos que de noche el viento
Lleva gimiendo al pie de tu ventana;

Déjame, por piedad, si me has amado,
Sin esperanza y luz morir a solas,
Y que ruja mi pecho atormentado
Con la inquietud eterna de las olas.

Yo no quiero rocío, sol ni brisa,
Que reanime una flor ya marchitada;
No quiero en mi aislamiento una sonrisa
Ni en la noche del alma una mirada.

Joyas y pieles

Brilla entre los cabellos de tu frente
De rubíes espléndida diadema,
 Pero tus sienes quema
Cual chispas del incendio de tu mente.

Ciñe tu cuello sarta de diamantes,
Cual tu marmóreo pecho endurecidos,
 Como tu alma ateridos,
Aunque son cual tus ojos deslumbrantes.

Y de armiño la piel de tu vestido
Apaga del invierno la tormenta;
 Pero ella no calienta
Tu corazón, para el amor dormido.

Te acordarás?

Luz de mi pensamiento, casto emblema
 De esperanza y amor,
Hay en tus negros ojos un poema
 De ternura y candor.

Si yo en mis versos traducir pudiera
 Su lumbre y su pasión,
Mi fama eterna cual tu nombre hiciera
 Tan noble inspiración.

¿Más durarán en tu fugaz memoria
 Mis cánticos que yo;
Y cuando leas mi doliente historia
Te acordarás del bardo que te amó?

Muy cerca y muy lejos

Cual cándida gaviota que surca las espumas
Y busca con la noche su nido en el peñón,
Cruzando de la ausencia los médanos de brumas,
Mi pensamiento busca tu amante corazón.

Suspiros que se besan,
Palabras que se enlazan:
¡Qué lejos nuestros cuerpos,
Qué cerca nuestras almas!

Te llevo entre mis brazos, del valse a la armonía,
Deslúmbrenme tus ojos, embriágame tu aliento;
Mas ya el amor no anima la estatua muda y fría,
Ni el corazón golpea ni estalla el pensamiento.

Tu pecho sin suspiros,
Tus labios sin palabras:
¡Cuán cerca nuestros cuerpos,
Cuán lejos nuestras almas!

Los sueños huérfanos

Cual se cubren los árboles de hojas
Al volver las risueñas estaciones,
Si toca la esperanza mis congojas,
Se convierte en nuevas ilusiones.

Porque es ella la madre cariñosa
Que da calor a nuestros sueños yertos,
Y que a los nuevos hijos cubre ansiosa
Con el ropaje de los hijos muertos.

La sal del llanto

De sus azules ojos, cuando llora,
Viene a mojar su llanto el labio mío,
Como temblantes gotas de rocío
Que en el seno del mar vierte la aurora.

Su llanto es del sabor de agua marina,
Y la amargura de sus heces siento,
Porque es la esencia de esa sal divina
Que forma de la vida el sedimento.

El llanto electrizado

Penetran en el bosque, todavía
Húmedo con la lluvia de la noche,
Las sonrisas de luz que el sol le envía;
A su vital influjo se estremecen
Las gotas que la flor guarda en su broche,
Y en chispas de cristal se desvanecen.

Así del corazón, electrizado
De tus miradas al calor, gotean
Las lágrimas amargas del pasado,
Que del viento en las alas se evaporan,
En ráfagas de luz que centellean
Y en estrofas que cantan y que lloran.

Las tres perlas

Soy la perla oriental. Nací al arrullo
De las olas del mar,
Y me ostenta la hermosa con orgullo
En soberbio collar.

—Soy perla del rocío, que la noche
En su frente lució,
Y de la flor al entreabierto broche
El céfiro llevó.

—Soy la perla del alma, que fulgura
Con suave resplendor,
Al convertirse en la pupila oscura
En lágrima de amor.

—Rocío, no renacen ya mis flores;
Perla oriental, no excitas mi ambición;
Lágrima, tú fecundas los dolores,
Vén al fondo del triste corazón.

Vuelve primavera!

Cubierta de azahares, de amor palpita,
Del sol la desposada, verde pradera;
Junto a ella, como esclava morisca, agita
Su abanico de flores la primavera.

Su paleta el olvido perdió, sombría,
Y con ella mi vida ya no ennegrece;
El corazón despierta, que antes dormía,
Y, de la alondra al canto, mi alma amanece.

Vuelva a ceñir mi pecho tu blanco brazo,
Cual hiedra que se enreda de árbol amigo;
Y en el amante nido de tu regazo
Mis esperanzas yertas busquen abrigo.

Yo arrullaré tu sueño con mis canciones,
Y serán nuestras almas, dulce amor mío,
De una cítara sola dos vibraciones,
Dos rayos de una estrella y ondas de un río.

Vengan zumbando tiernas, sentidas quejas,
A labrar la colmena de los amores,
Tus besos, que de mi alma son las abejas,
Para las cuales guarda todas sus flores.

La luz de ayer

Cómo olvidar jamás la noche hermosa
En que un beso selló tu juramento?
Brotó en mi alma la primera rosa,
Y de astros se pobló mi pensamiento.

¡Qué tiempos tan felices! Deja, deja,
Que el bardo de tus sueños, de amor lleno,
Hoy derrame el acíbar de su queja
En la ánfora de mármol de tu seno.

Al separarte de mi lado un día,
 Las páginas rompiste de esa historia;
 Pero vela en las ruinas todavía,
 Eterno centinela, mi memoria.

Y con ella volviendo, loco y triste,
 Al templo del amor abandonado,
 Voy alumbrando lo que ya no existe
 Con la luz espectral de lo pasado.

El nuevo nido

Cual vuelven las errantes golondrinas,
 Después de invierno frío,
 A fabricar sus nidos en las ruinas
 Del viejo alero del hogar vacío.

Vuelve mi acalorada fantasía
 A mis primeros años;
 Y en las ruinas de mi amor de un día,
 Que han poblado siniestros desengaños;

A la sombra de un muro destrozado,
 Labra mi amor un nido,
 Sobre el mismo sepulcro del pasado
 Y en la helada ceniza del olvido.

El mundo de mi alma

Mi alma es un mundo inmenso. En él hay punas
 Y estepas que sin linde se dilatan,
 Donde las nieblas cual bacantes brunas
 Sus cabelleras de ébano desatan.

De inmaculada nieve coronadas,
 Se elevan cordilleras de altos montes,
 De ellas brotan de lava ígneas cascadas,
 Que enrojecen los vastos horizontes.

Hay mares tempestuosos do fermenta
 La rabia de las olas incesantes;
 Y forja en sus abismos, la tormenta
 Con rayos su corona de diamantes.

Viste noche polar su lontananza,
 Y a veces, en sus témpanos glaciales,
 Tiende cual áureo manto la esperanza
 La luz de sus auroras boreales.

Como águila caudal, mi pensamiento
 El vuelo tiende en la infinita calma;
 Y, estrellas de ese augusto firmamento,
 Son los recuerdos que atesora el alma.

La violeta

Sobre la tumba triste del poeta,
 Que de dolor murió
 Una modesta y tímida violeta
 Temblorosa brotó.

Y la flor melancólica gemía
 Con moribundo són,
 Porque la honda raíz ella tenía
 Dentro del corazón.

Y la mujer ingrata, a quien le diera
 El poeta su amor,
 Para adornar su negra cabellera
 Arrancó aquella flor.

Cuando del baile entre el alegre ruido
 La hermosa sonrió,
 La flor temblando murmuró un gemido
 Y las hojas plegó.



ALGUNOS JUICIOS

Popayán, 13 de Julio de 1886.

Señor don Leonidas Pallares Arteta.

Quito

Mi muy distinguido amigo:

Deseoso de hacer partícipes a algunos amigos míos de la espiritual satisfacción que me dejó la lectura de su brillante oda titulada "La Cruz en América", circulé entre ellos el número de "El Comercio", soberbiamente engalanado con tal producción; y acabo de recibir la carta y el escrito, que le adjunto, de mi amigo el señor don Simón Chaux, quien se ha impuesto, por lo que veo, la grata labor de estudiar su bella poesía: y ya por mi carácter de colaborador y corresponsal de su importante periódico, y por las relaciones que con usted me vinculan, le exijo, mi noble amigo, se digne dar cabida en las columnas de *El Comercio*, a las piezas que a esta le adjunto.

Confío en que usted accederá a tal exigencia y quedo como siempre su más sincero y leal amigo S. S.

Luciano Herrera.

Observaciones

La acabada composición del egregio poeta y atildado periodista ecuatoriano, señor don Leonidas Pallares Arteta, titulada "La Cruz en América", es una excelente prueba de los resultados felices a que puede llegar el talento bien dirigido.

Este canto arrebató y cautivó de tal modo, que es imposible suspender su lectura cuando se ha pasado la vista por la primera estrofa, y a medida que se avanza se descubren nuevas bellezas, y con el insigne vate se eleva uno por grados a las regiones luminosas de lo ideal, a las cuales se encumbra airoso el cantor para describir las grandezas presentes y vaticinar el futuro glorioso de ese mundo, *por alta ley llamado, del porvenir a inaugurar la historia.*

Conocía ya algunas composiciones del señor Pallares Arteta, en la lectura de las cuales me había detenido y deleitado por hallar siempre expresadas con corrección, gallardía y gracia las más selectas y fecundas ideas, pero no había visto de su pluma una, como la que tengo a la vista, en que, bajo la inspiración de su privilegiado numen, exhibiese con tan lujoso clasicismo la capacidad de su inteligencia, la fecundidad de su musa y donde ostentara con lírico lenguaje, enaltecido por majestuosa entonación y robusto nervio, los más sublimes y brillantes pensamientos y el más inagotable caudal de grandiosas y oportunas concepciones.

Pallares se distingue, sobre todo en esta pieza, por la más correcta elocución, por la facilidad armónica y fluida con que sin tropiezo alguno, antes bien con singular maestría, desarrolla e interpreta las más abstractas ideas. La altivez y rotundidad de sus estrofas compiten en vigor y novedad con las de su maestro y guía, el eximio literato Núñez de Arce, a quien ha logrado imitar, no como los intonsos y audaces versificadores y rapsodistas de parroquia, sino como el genio

que en su marcha ascendente temple y caldea su fantasía, da nuevos fintes a las ideas y considera por nuevas faces las ya conocidas, conquista gloria, arrebatada lauros y vacía en el molde de la inmortalidad los tipos que ensalza, o señala con indeleble marca de reprobación a quienes condena.

La severa y varonil expansión, la espontánea y genial sagacidad, la lozanía juvenil que resaltan en todo el canto; el corte cadencioso y oportuno de cada estancia, el ondulante y homogéneo enlace que hay entre ellas; la propiedad con que caracteriza el poeta el espíritu que domina en cada país y la precisión con que fija y lee en el porvenir el misterioso y espléndido horóscopo que se les espera a las naciones de América, hacen del todo una obra maestra.

Enérgico y vivificante en sus consideraciones, Pallares conmueve, deleita, se impone, hace germinar en el cerebro de sus lectores grandiosas ideas y muestra las cosas por faces que se escapan a la observación común; que sólo al talento le es dado descubrir y analizar los secretos de los fenómenos superiores.—Además, por su ardiente espíritu batallador, su perseverancia en el estudio y en las empresas que acomete, está llamado a ser en su patria el legionario de esa escogida generación que se está formando, que cuenta en su seno escritores de nota y puede seguir las huellas de reputados literatos, tales como los señores Alejandro Cárdenas, Juan Abel Echeverría, Quintiliano Sánchez, Roberto Andrade, Honorato Vásquez, Luis Cordero y muchos más. Generación llamada a renovar la faz de ese pueblo joven, entusiasta y laborioso, que dispone de los más variados elementos para el progreso en todo sentido.

Pallares es acertado en las descripciones, pródigo en bellezas, centellante en todo, si bien un poco difuso en las enumeraciones. Tiende al lirismo clásico de Núñez de Arce y a la sencillez y donosura filosóficas de Campoamor y se colocará a la altura de estos dos grandes maestros, pues nada es difícil para el verdadero talento.

Para terminar, agregaré que, considerado en general, el señor Pallares, en su calidad de poeta, descuellta también como satírico y en tal género, sin excederse, sabe ser ático, acerado y culto. A propósito de esto y para hacer resaltar la importancia de este género, por muchos malquerientes menospreciado, añadiré con un crítico distinguido que: "La sátira ocupa un alto puesto en la literatura humana. Es la Euménide de la poesía. Ella desenmascara al vicio, azota el ridículo, hace sangrar el cuerpo humano para purificarlo después. Nada más envidiable que el papel del satírico, juez al mismo tiempo que verdugo, siempre en pugna con el tirano, cualquiera que sea su nombre, siempre en guerra abierta con la maldad; triste, profundamente triste en el fondo, y haciendo asomar la risa a nuestros labios, cuando brota sangre de las heridas de sus adversarios. *Sus versos son el trueno que interrumpe la orgía.* El está de pié mientras los otros beben, y graba en el muro de la sala de los festines las proféticas palabras de Daniel. Entra en la sociedad en que vive, como un domador en la jaula de los leones. Lleva también el hierro candente y lo aplica a los réprobos, sin piedad. Y toda esta obra de castigo y de redención, se ejerce con una arma formidable, cuyos golpes son mortales: *la risa.* Ella todo lo vence y todo lo domina. Un detalle ridículo cambia de golpe la situación más patética. La risa es santa; es una compensación que Dios ha puesto a todas las amarguras. Una carcajada franca, espontánea y natural, disipa las sombras del pensamiento: es como una ráfaga de viento que arrastra las nubes y despeja el cielo. A veces, sin embargo, la sátira tiene un sabor amargo y cáustico que mortifica, y entonces reímos más con el pensamiento que con los labios. Sí, es necesario confesarlo: vivimos entre miserias, rodeados de acechanzas y de traiciones, incubando odios profundos y soñando con crueles represalias. Sobre los males físicos caen los morales y nos torturan".

Simón Chaux

Popayán, junio 3 de 1889.

Señor D. Leonidas Pallares Arteta.

Muy estimado Sr. y amigo:

Acabo de recibir y leer su donoso poema, "*Mujer y Madre*", del que me llegaron dos ejemplares. No puede Ud. figurarse cuanto le agradezco la prueba de deferencia que me ha hecho con el envío de esa pieza, que me ha proporcionado en este mi forzado retiro ratos muy agradables y el dulce sentimiento que desarrolla una manifestación tan espontánea de cariño.

En los momentos de que he podido disponer desde que recibí el poemita, lo he leído varias veces con atención y con creciente interés y agrado. Es tál la semejanza, sin dejar por eso de ser originalísimo, que tiene con las obras de la misma clase de Campoamor, que a veces me parecía que tenía a la vista y recordaría "*Los grandes problemas*" o "*El Quinto no matar*" del eximio poeta peninsular.—Así como cuando leo "*El Ricaurte*" o "*La Cruz en América*" creo tener a la mano algo semejante sino igual a la armoniosa silva del poeta laureado que cantó la Invención de la Imprenta o a la del desterrado bardo que excedió con la sublimidad de su lira a la majestad y grandeza que ostentan las aguas del Erie al precipitarse en vertiginosa confusión sobre el Ontario, o las modernas composiciones del lírico de la época, Gaspar Núñez de Arce.

El asunto que Ud. ha elegido es de lo mejor y el desempeño no deja qué desear.—Qué contraste presenta y a cuántas meditaciones se presta, esa pasión de una mujer veleidosa que *viola la fe de un juramento*, con la sublimidad de la madre que, en la incontrastable roca de su afecto, todo lo sacrifica y *va al Calvario y allí muere, víctima de su amor y su ternura!*—Qué modo de enseñar tan felizmente elegido! El bello sexo puede corregirse y no le queda lugar para quejarse.

Todo es bello y natural en el poema; las transiciones de una a otra época, fáciles y rápidas realzan su mérito, porque fecundizan el pensamiento del lector

que con la imaginación adivina lo que se ha callado apostá y en fuerza de la brevedad.

Nuestro espíritu por sí es novelero, voltario y decidioso; necesario es satisfacerlo, cautivarlo e incitarlo lo cual se logra con la originalidad, la sencillez y la unidad, condiciones que sobresalen en su poema "*Mujer y Madre*".

La parte descriptiva es viva y primorosa, pero sobresale en la VIII estancia donde:

..... el humano pensamiento
de ese color crepuscular se viste,
y el corazón como natura siente.
y.....
.....tiernas memorias
en torbellino vienen a la mente
en sudarios de amores y de glorias;
como se agolpan cuando el mar desmaya
de un navío los restos destrozados,
que llegan a la playa
de espuma coronados!

Ahora bien: cualquiera que esté familiarizado con la lectura de los clásicos españoles sabe perfectamente que para obtener en cualquier género de poesía, por medio de una cumplida ejecución, la difícil facilidad de que habla un célebre escritor, se necesita el *mens divinior* de Horacio, y la labor—aunque a primera vista no parezca—se complica en la silva llamada a ser, sin duda alguna, el tipo o molde por excelencia de la poesía castellana, o, mejor dicho, el instrumento predilecto de las Musas de Castilla. Sin regla alguna para la distribución de los consonantes, parece operación sencilla escribir en ella, porque deja libertad a la imaginación del poeta; mas, saber distribuir aquéllos de una manera conveniente; suplir con la armonía de la frase la falta de los mismos; hacer cabalgar los versos de modo que formen períodos sonoros, elegantes y correctos—es cosa que no han logrado sino poetas de exqui-

sito ingenio, por lo cual abundan tanto los cuartetos, sextillos, décimas, etc.; por eso me llama la atención y me satisface la ejecución de este poema.

Simón Chaux.

RIMAS

de Leonidas Pallares Arteta

Hoy que todavía se discute la cuestión de si morirá o no morirá la poesía,—o más bien dicho, el arte de versificar, ya que decir que la poesía morirá, es como decir que morirán el amor, las ilusiones, los sueños, las esperanzas, y todo lo que constituye el sentimiento de lo bello, de lo ideal, que puede trasportar el alma a las regiones poéticas;—pues bien, hoy es necesario estudiar aquellas obras en que vibre el alma de un poeta, para poder decir como Becquer:—*aún hay poesía*.

«Aún hay poesía» repetiremos nosotros en estos tiempos de análisis científico, de racionalismo filosófico, de naturalismo artístico, de escepticismo religioso; y en comprobación de este aserto, presentaremos un libro que, con el título de *Rimas*, acabamos de leer.

Su autor, Leonidas Pallares Arteta, es un poeta sentimental por el ardor de la pasión amorosa, por la delicadeza del sentimiento, y por el tono poético, que a sus composiciones ha impreso.

Como el dulce autor de los *yaravíes*, Pallares Arteta ha consagrado sus cantos a la mujer amada: a ese sér que la fantasía del poeta ha divinizado, y al cual el Dante y el Petrarca convirtieran en ídolo y objeto de sus sublimes inspiraciones y sus férvidas adoraciones.

Pallares Arteta es un poeta que no se ha inscrito en la lista de una escuela determinada; es poeta porque canta lo que siente, y lo canta con sinceridad y espontaneidad, que son cualidades de la musa más leal y simpática.

No es el poeta subjetivo que finge extravíos y falsifica impresiones; ni padece epilépticas convulsiones. Se adivina que sus versos, como el agua cristalina, se abren paso por la abierta roca, y manan de su pecho por la necesidad de expansión.

Después de leer sus Rimas, no se siente la sacudida nerviosa, la sobreexcitación dolorosa, siéntese más bien cierto descanso, cierta placidez de ánimo, como cuando oímos una música deleitosa, o escuchamos la plática confidencial y sincera del amigo, que nos pone a la vista su alma luminosa y su corazón, injustamente aquejado por amorosas penas. Su versificación corre dulce, acariciadora, como el murmullo de la fuente o el rumor del bosque; como brisas primaverales impregnadas del perfume de las flores.

Cierto que carece de los desbordamientos pasionales, impetuosos y vitiles de Díaz Mirón, y de las dilucescencias y de los refinamientos de Julián del Casal; pero posee esas cualidades que desesperan al crítico, como que ellas se escapan al análisis, pues que son la esencia misma, el perfume de la poesía.

En Rimas, la claridad y sencillez, no son la *platitude* del vulgarismo, y se halla la elegancia sin la ampulosidad, la fluidez y sonoridad, sin la *orquestación del lenguaje*—(que dicen los decadentes)—y la brillantez sin pirotécnica y la elevación sin saltos de acróbatas.

Sus pequeños cuadros, que son camafeos y miniaturas, no huelen a ajeno a morfina o a éter, como huele la literatura enfermiza y neurópata de los poetas *fin de siglo*.

En las composiciones poéticas que tenemos a la vista se trasparenta, al vate enamorado, que, cual los trovadores, caballeros y cruzados medioevales eleva sus cántigas a la dama de sus amores, burilando sus ideas,—

muchas veces filosóficas y sociológicas,—siempre en relación con ese predominante sentimiento.

Por cierto que a Pallares Arteta no se le puede hacer el reproche que Alejandro Dumas (hijo) le hacía a Lecomte de Lisle, cuando le decía que él le quitaba el sentimiento a la poesía, y que para vivir tranquilamente, se había desembarazado de Dios y de la vida futura.

Y, si es cierto que «pertenece al pasado» como alguien lo dice; es a ese pasado cuyo rejuvenecimiento todos quisiéramos volver a presenciar; pues que a él van mezclados los recuerdos juveniles, los afectos delicados y vehementes, la oración misma que el escepticismo y la duda han helado en nuestros labios!.....

Va antes lo hemos dicho, no debemos ser intransigentes; la poesía sentimental tendrá siempre en la vida del hombre, su hora oportuna, y esa hora es precisamente la más fecunda, la más trascendental, la más bella, en la vida humana.

Es la hora en que se vive para el Amor, para el Bien, para la Alegría y el Sacrificio; esas palpitaciones generosas del espíritu, que se agitan en nosotros, y nos elevan a regiones misteriosas y desconocidas; y cuyo presentimiento indeciso y brumoso, nos ponen sueños en la imaginación, cantos en los labios, anhelos en el alma, y luego en la hora de la decepción, regamos la tierra con nuestras lágrimas y damos al viento nuestros pesares.

La poesía sentimental existirá siempre, quizá tanto cuanto dure la vida del hombre en este planeta; ella es la expresión de una de las facies de la vida humana, de esa edad verdaderamente poética.

Todos entramos a la encantadora arca que se llama *Juventud*, llena el alma de amor, de ilusiones, y esperanzas. ¿Cómo no ha de pulsar su lira y expandir su espíritu el poeta, si mira el horizonte tan amplio, la perspectiva tan bella, y tan bonancible el cielo?.....

Y luego en otro terreno más práctico ¿quién fabrica el embrión de la idea, quién la hipótesis que más tarde

se torna en verdad científica.....? quién si no es el espíritu en sus viajes a la región ideal?.....

¿No es acaso la intuición una ciencia del alma, más complicada que todas las demás ciencias?

No queremos terminar este ligero estudio, sin que nuestras afirmaciones lleven la prueba de lo que dejamos dicho, acerca de las excelencias de las *Rimas* de nuestro ilustre amigo Pallares Arteta, y para ello copiamos algunas, tomadas al acaso.

Las *Rimas* aparecen engalanadas con un prólogo de nuestro ilustre Ricardo Palma. Esa firma es una envidiable credencial; llevarla un libro, es como llevar título de suficiencia y testimonio de honra literaria.

Mercodes Cabello de Carbonera.

París 2 de Mayo de 1904.

18 rue de Siam.

Sr. D. Leonidas Pallares Arteta

Génova.

Mi excelente y muy estimado amigo:

He estado leyendo con el mayor deleite las *Rimas* y *Mujer* y *Madre*, que ha tenido Ud. la fineza de enviarme. Por los primores de la forma y la delicadeza de los sentimientos me ha trasportado Ud. a la época en que me recreaba con Heine y Becquer, y digo *recreaba*, porque ya leo muy poco. Mil y mil gracias por este precioso obsequio, que guardaré como prenda de la buena amistad de Ud.

Mucho deseo ver el volumen que Ud. me anuncia. Una de las cosas que más necesitamos en nues-

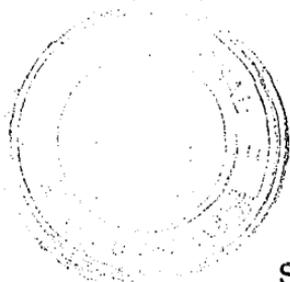
tros países de América en formar y amar nuestra tradición: ¡cuánto hicieron nuestros padres para darnos patria y honor, y cuán poco hacemos nosotros para conservarlos!

No menos deseo que pueda Ud. venir a esta ciudad y cumplir la promesa de tomar posesión de esta su casa: Ud. sabe que ella y el dueño están a sus órdenes.

Puedo decir a Ud. que mis trabajos están casi definitivamente interrumpidos. Cada día decaen las fuerzas, y los achaques neurasténicos me impiden a cada paso leer, escribir y conversar. Paciencia y barajar!

Mándeme Ud. en cuanto me juzgue útil como a sincero amigo y admirador apasionado.

Rufino J. Cuervo.



Madrid, 21—5—1913.

Sr. D. Leonidas Pallares Arteta

Muy distinguido señor y amigo:

Agradezco a usted el buen recuerdo y el envío que me ha hecho de su valiente *Oda* a Juan Montalvo.

Toda ella la he leído con deleite y releeré muchas veces las estrofas XII, XXIII, XXVIII, XXX, XXXI, XXXIII, XXXIV, XXXVI, XXXIX y XL.

Le repito a usted las gracias y le estrecho, después de aplaudirle, su mano de amigo y poeta.

Bien suyo

Eduardo Marquina.

Legación del Salvador.

París, 30 de Abril de 1913.

Sr. Dn. Leonidas Pallares Arteta.

Génova.

Mi querido amigo:

Anoche tuve el gusto de recibir sus bien escritas estrofas dedicadas a Juan Montalvo. Las leí inmediatamente, y demás está decirle que cada día me persuado más del verdadero valor literario de usted. Es lástima que su pluma esté abandonada en medio de una prosa tan monótona como la de las facturas consulares y que su cerebro tenga que ocuparse en cálculos de baja matemática y en marcas de bultos comerciales.

Su verdadero puesto es la Diplomacia. Quien representa las letras de un país puede muy bien representar a su Gobierno en las labores diplomáticas, tanto más cuanto, además de la erudición, se posee una distinguida educación y un conocimiento profundo de las cosas, de los hombres y de los hechos.

Créame siempre muy amigo suyo.

J. Gustavo Guerrero.

Buenos Aires, Noviembre 15 de 1928.

Estación Villa Calzada

Sr. Dn. Leonidas Pallares Arteta.

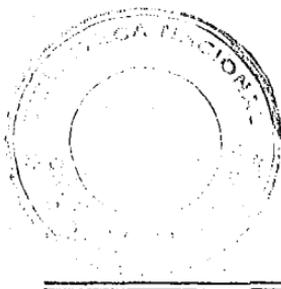
Mi viejo y buen amigo:

Aseguro a Ud. que su muy grata del 18 de Julio me ha producido una impresión como Ud. no puede imaginarse; pero lo que me ha llenado de encanto, de

la más íntima complacencia, que no podrá borrarse de mi espíritu, es la lectura de su soberbio poema *La Danza de los Colores*, matizado de bellezas insuperables. Me he deleitado una y otra vez saboreando sus versos, en los que encuentro al verdadero maestro, a quien felicito con toda la sinceridad de mi alma. Yo le ruego que si fiene, como no dudo, alguna otra producción poética suya, que ha de ser también bellísima, no me prive del placer de conocerla.

.....
Le envía un estrecho abrazo este su siempre afectísimo.

Rafael Calzada.



INDICE

	PAGNS.
<i>La Cruz en América</i>	5
<i>Buonarroti</i>	21
<i>Mujer y Madre</i>	34
<i>Flaquezas del Corazón</i>	43
<i>Página de un Poema</i>	52
<i>El Obrero</i>	58
<i>Culpas de un Angel</i>	64
<i>Ilusiones y flores</i>	76
<i>Idioma sin traducción</i>	89
<i>Ay de Ellas!</i>	97
<i>Transmigración de una alma</i>	104
<i>La Juvenil diablura</i>	112
<i>El libro de Memorias</i>	123
<i>La Danza de los Colores</i>	140
<i>A Juan Montalvo</i>	149
<i>Rimas</i>	159
<i>Algunos juicios</i>	210

Erratas sustanciales

- Pág. 35 línea 9 léase:* Pensaba, con escándalo del diablo,
„ 75 „ 3 „ Aunque anhela, indiscreto,
„ 79 „ 28 „ En tanto que la de él era una pira
„ 80 „ 35 „ Guardaba intacta su pasión de niño,
„ 81 „ 29 „ Mientras en salón espléndido bullfa
„ 101 „ 5 „ Y a la luz del ocaso macilenta
„ 107 „ 21 „ Una lágrima tierna en sus pestañas,
„ 110 „ 28 „ La brisa en ruiseñor del bosque umbrío;
„ 112 „ 10 „ Que se entere talvez de la materia
„ 131 „ 15 „ Y en esto los más tontos son acaso
„ 139 „ 22 „ Me apostrofa: “Ya es tarde”;
„ 140 „ 16 „ Y el campo de la vida, sosteniéndose, arar.
„ 181 „ 22 „ Son ellos de la vida el pobre fruto,
„ 182 „ 24 „ Susurran de las flores el secreto,
„ 184 „ 21 „ Como el botón es cuna donde nacen las rosas,
„ 194 „ 19 „ Y de ella van cayendo silenciosas
„ 205 „ 17 „ Se convierten en nuevas ilusiones.
-
-

